UN THRILLER POLICÍACO DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

BARCELONA CALIBRE 12



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Barcelona Calibre 12

Un thriller policíaco del inspector Álex Cortés

First published by BRALTON BOOKS 2025

Copyright © 2025 by Riccardo Braccaioli

© Riccardo Braccaioli 2025

Este libro es una publicación independiente y está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Depósito legal: 2506202185838

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



In memoria del grande Giorgio Scerbanenco

«Una pistola en la mesa cambia la conversación más rápido que mil palabras.»

Mario Puzo.

Querido lector,

tengo una gran notícia que comunicarte.

Si has llegado hasta quí en la serie de Álex cortés es porque te gusta el personaje y su universo de compañeros de investigación.

Al final del libro, tengo algo increible para explicarte del universo Álex Cortés, pero aún no es el momento. El suspense tiene que durar…

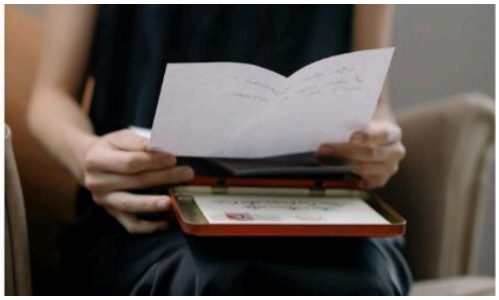
Te dejo los último capítulso del libro y luego vendrá una súper sorpresa.

Nos vemos a la última páginas.

Feliz lectura, Riccardo.

PD: Aquí tienes una pista…





Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

Antes de **Barcelona Calibre 12**, hubo



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación**

del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

¡ÚNETE AQUÍ!

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés
El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta
La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone
Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense
El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey



BIBLIOGRAFÍA

SERIE GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS
3. SPAGHETTI, ALBÓNDIGAS Y VENDETTA.
4. UN FUNERAL EN ROMA
5. TOSTADERO DEL DIABLO
6. MUERTE A LA NAPOLITANA

+ CONSPIRACIÓN EN ROMA
(CUENTO DE NAVIDAD)

SERIE BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

RICCARDO BRUSCIOLI

kindle unlimited amazon

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

PRÓLOGO (viene del libro anterior)

Por fin había llegado la noche de la ceremonia.

La prensa había hablado de ella y programas de la televisión autonómica habían especulado sobre qué personajes famosos llegarían a la ceremonia.

Cantantes, actores, restauradores, escritores y gente que, a pesar de no ser famosa, había pagado miles de euros para asistir. Pero también otros benefactores y empresarios, agentes de bolsa y deportistas.

Además, no podía faltar el alcalde, que también llegó con un coche con cristales tintados y se detuvo en la moqueta roja. Todos dejaban atrás una ola de *flashes* de los fotógrafos que se desvivían por llevarse su propia porción de la noche.

Había empezado a las ocho de la tarde, pero los invitados, cuanto más importantes, más tardaban en llegar. A pesar de no ser nada relevantes, Álex Cortés y su acompañante, Karla, llegaron tardísimo.

El esmoquin le sentaba como un pincel. Mientras se vestía como un pingüino, se habría dado cabezazos para no tener que ir. El tiempo de retraso fue culpa, precisamente, del traje, de la pajarita en concreto. Necesitaron tres tutoriales para encontrar el sistema perfecto de anudarlo.

Al final, a Álex le sentaba muy bien esa vestimenta anticuada, como decía él. Él era de *rock*, de cosas prácticas y oscuras. Eso era lo que era él y cómo era él.

Llegaron en taxi, que le costó una fortuna desde la casa del erudito.

Ellos no recibieron tantas fotos ni atención de los periodistas. Pero no les importó o, por lo menos, Álex lo prefirió así.

Karla, en cambio, lucía un vestido de gala de color verde brillante. En la cintura, la tela hacía un lazo. Al cuello le brillaba un collar elegante con un diamante, cortesía, los dos, de Ana Cortés.

Del mismo modo que Álex hubiera preferido hacer guardia en un colegio de barrio, gestionando el tráfico, a ella eso le estaba gustando. Ser observada, lucir un vestido bonito y entallado. Se sentía bien, se sentía una mujer admirada.

Dieron los nombres y enseguida los dejaron pasar. Se detuvieron delante de un espejo y la imagen reflejada les gustó, hacían una buena pareja. Hacía demasiado tiempo que no lo eran.

Fueron a buscar una copa. La primera de la noche. Tener algo en la mano siempre viene bien para desinhibirse y también porque da seguridad en un lugar desconocido.

—¿Qué miras? —preguntó ella.

—Si conocemos a alguien para ir a hablar.

—Tranquilízate, esto va como la seda —dijo Karla.

—No me puedo creer que hayamos venido —dijo Álex, justo después de haber agradecido a un camarero la copa que había pedido.

—A lo mejor no es tan malo… —replicó Karla mientras cogía de una bandeja que sujetaba un joven camarero una tartaleta de caviar.

La mujer dio un pequeño bocado y luego, otro.

Ana le había entregado con el vestido una serie de normas de comportamiento que resultaron ser más útiles de lo que creía.

Cuando el camarero le preguntó a Álex si quería una, él aceptó, no porque le gustara el caviar, sino para que dejase de rugir su estómago. No era día para hacer ayuno intermitente.

Masticando la tartaleta, notó como por detrás una mano lo tocaba. Álex se giró y se encontró al mayor Aragonés de frente.

—Sargento Cortés —saludó con tono autoritario—. Cabo Ramírez.

Álex casi se atragantó con la visión del jefe de los Mossos.

—Mayor, es un placer verle.

—Déjese de tonterías, Cortés, lo conozco demasiado bien como para que me mienta. Se ve a una legua que está aquí por compromiso.

—¿Tanto se nota, jefe?

—Déjelo, Cortés, pero gracias igualmente.

—¿Por qué nos ha hecho venir?

—Ha sido solicitud expresa de ese señor, del expresidente del Barça, ya lo conoce de sobra.

—Sí, algo recuerdo.

—Desde que le raptaron al crío, se ha volcado en la ayuda social. Quiere verle.

En el fondo, envuelto por una masa uniforme de pingüinos y damas con vestido de noche, estaba el hombre que había organizado la fiesta.

—¿Ahora?

—No, tranquilo, cuando sea el momento. Ya le llamaré más adelante.

—Gracias.

Aproximándose desde una esquina, llegó Mario, de la científica.

Álex abrió los ojos de par en par y se dijo a sí mismo que estaba salvado.

—Mayor Aragonés, Álex, Karla —dijo el *mosso,* también con esmoquin.

—Sargento Mario Català. Un placer.

—El placer es mío, mayor —respondió, y le estrechó la mano.

—Espero que se diviertan —dijo a Mario, y luego se giró hacia Álex—. Le llamaré más tarde.

Álex asintió y el jefe se fue.

—Madre mía, Karla, estás radiante —dijo Mario, y ella se sonrojó debajo del maquillaje—. Hoy, todos los esmóquines de alquiler de Barcelona están agotados.

—Me alegro de que estés aquí —comentó Álex, levantando la mano.

—Yo también, por veros a vosotros dos —dijo, y levantó la copa.

Brindaron y tintinearon las copas. Los tres bebieron y Álex se acabó el *champagne,* así que dejó la copa y fue a pedir otra. Mario lo detuvo.

—Espera, pide el *champagne* allí, en esa isla, donde sirven ese de la etiqueta amarilla. Ese sí que es bueno —recomendó Mario.

Álex asintió.

—¿Tú quieres una copa? —preguntó a Karla, y ella contestó que sí—. ¿Y tú, Mario?

—Voy servido.

Álex dejó al compañero y a Karla para dirigirse a la isla donde daban la marca de la etiqueta amarilla. Nunca la había visto, tenía que ser muy cara o

exclusiva. Cuando llegó, había un chico que parecía un modelo sacado de una pasarela de moda y una chica guapísima. Ella se lo quedó mirando.

—Dos copas, por favor —pidió Álex.

—Enseguida —contestó después de tomarse un segundo para observar al invitado con rizos y ojos verdes.

Álex sonrió, pero se giró hacia Karla para no echarse a reír por la situación embarazosa. En ese momento, una persona tropezó y acabó tocando a Álex, pisándole el pie.

Este se giró sonriendo y, debido a la tipología del evento, pidió él perdón.

Cuando se giró, se encontró a un hombre de frente.

—Disculpe.

—No se preocupe —contestó con amabilidad.

Álex se quedó de piedra. Observándolo.

Nunca lo había visto antes. Era un absoluto desconocido, pero algo le llamó la atención.

Se quedaron en silencio, estudiándose.

Álex, sorprendido y desplazado, como si una parte de él ya lo hubiera visto antes. Su cerebro, su parte racional, le decía que era una persona como muchas allí dentro. Su corazón no.

—¿Nos conocemos? —preguntó Álex.

El otro no contestó enseguida.

—No creo —replicó—. ¿Debería?

Álex se calló, abducido por esos ojos que su corazón juraba que conocía.

La chica de la isla de *champagne* con etiqueta amarilla carraspeó. Álex se giró y ella sonrió. Le pasó las dos copas y Álex las cogió.

Se dio la vuelta mientras el hombre pedía una copa para él.

—Entonces, adiós —dijo Álex.

—Hasta nunca —respondió, cortante.

Álex arrugó el ceño y el maleducado le dio la espalda.

Se giró y caminó hacia Karla y Mario. Pero cuando estaba a medio camino, se dio otra vez la vuelta.

No daba crédito a su corazón, pero algo en el fondo creía que tenía razón.

Esos ojos no eran normales. Los conocía. Los había visto y arrestado varias veces. Esos ojos, si eran de la persona que creía, estaban perseguidos por la ley.

No podía ser él. En medio de gente tan distinguida.

Se equivocaba.

Se dio la vuelta y llegó donde estaban Mario y Karla.

—Ya estará caliente casi —dijo Karla, refiriéndose al alcohol.

Álex no respondió, mirando hacia el desconocido.

—¿Estás bien, Álex? —preguntó Mario.

Álex fue a hablar y valoró que decir lo que pensaba era absurdo. Sobre todo, porque si le hubieran preguntado que explicara quién era o cómo era, solo habría podido responder que: «No sé, un hombre con esmoquin», cuando todos los hombres iban con ese atuendo.

—No, nada —respondió sonriendo—. Todo bien.

—Ah, bueno. Pues, Karla, lo que te explicaba, la otra noche me pasó… —dijo Mario, y siguió hablando.

Mientras, Álex no podía dejar de regresar con la vista a la isla del *champagne* y al recuerdo de esos ojos.

Solo con el pasar de los días supo que ese encuentro fortuito marcaría de nuevo a Álex. Sin saberlo, los dos se habían encontrado de nuevo. Y esa no sería la última vez.

Como una mañana fría y de lluvia de hacía años, en Travessera de les Corts. Él caminaba por el paso de cebra y el otro conducía con gafas de sol una furgoneta blanca.

Como en esa ocasión, sus vidas volverían a cambiar.

I

Parte uno, Álex Cortés

«No hay nada más silencioso que una ciudad que teme el próximo disparo.»

01

Barcelona.

Para la señora Gil, esa fue una tarde diferente, desde luego.

Había salido de la oficina antes de tiempo y recogido a su hija de la guardería. En lugar de ir directamente a casa, decidió acercarse al centro comercial a por unas cosas que le faltaban.

Dejó el Volvo en el parquin subterráneo y se fue a comprar. Nada especial. Colocó a su pequeña copia en el carrito de paseo y se adentraron en Diagonal Mar. Madre e hija eran rubias y de ojos claros. La madre siempre mostraba una sonrisa y contagiaba a la pequeña. Intercambió un par de palabras con la cajera y con el resto de dependientes.

Su misión no era comprar una tarta de cumpleaños o un regalo específico. Nada extraordinario, solo unas medias, un brik de leche, unas bolsas de ensalada y unas cápsulas de café. Una compra como muchas.

Mientras hablaba con su hija para ver qué hacían de cenar y le preguntaba qué había hecho en la guardería, pagó y se dirigió al Volvo. En su fuero interno, pensaba que el parquin era casi más caro que la compra que había hecho. El centro comercial Diagonal Mar estaba al final de la Avenida Diagonal. Zona de oficinas de lujo y residencias de clase media y alta.

Le pillaba de paso, pero no podía permitirse hacer toda la compra de la semana en ese centro. Por ese motivo, iba el fin de semana con su marido a un hipermercado de las afueras.

Justo cuando sacó el coche del aparcamiento, con un cierto retraso y prisa por volver a casa, un coche le cortó el paso. Era un viejo BMW que se detuvo delante. Color gris oscuro. El movimiento fue tan rápido que apenas le dio

tiempo a la señora Gil de frenar. Enseguida miró a su criatura para ver si el frenazo la había afectado. Se alegró de ver que seguía sonriente en su asiento.

Pero su sonrisa duró poco.

Al girarse, vio cómo unos hombres encapuchados salían del coche. Sujetaban un fusil de asalto y apuntaban al vehículo que les precedía, parado delante del BMW.

Gritaban. El tiempo se detuvo. Tomó una velocidad extraña, más lenta, fruto del miedo y de las circunstancias.

La señora Gil intentó retroceder, pero no pudo. Una fila de coches que se había formado tras ella en pocos segundos le obstaculizaba el paso. El conductor del coche de detrás mostraba la misma expresión de incredulidad.

Se giró y lo entendió: el coche que había parado el BMW era un furgón blindado de color amarillo canario.

La señora Gil bajó la ventanilla y los gritos de los encapuchados entraron en el habitáculo.

Se quedó con la boca abierta por unos segundos, incapaz de reaccionar.

Por su cabeza, pasó la idea de salir, escapar. Coger a su pequeña, abandonar el Volvo y llamar a la policía. Pero, en vez de eso, eligió la decisión más atrevida y valiente. Sacó el móvil y comenzó a grabar.

Mientras tanto, afuera, los agentes de seguridad del furgón blindado no dejaban de recibir amenazas y gritos. Al ver que estos no reaccionaban como querían, los asaltantes tomaron la vía rápida. Colocaron un artefacto incendiario debajo del vehículo y lo hicieron explotar sin miramientos.

Todo sucedió en pocos segundos, el tiempo de un par de parpadeos. Los hombres estaban coordinados y bien entrenados.

Cuando el calor y las llamas alcanzaron a los agentes, estos no pudieron evitar abrir las puertas. Al volver a respirar el aire fresco, la mano de un asaltante cogió del cuello al conductor y lo arrastró al suelo.

—¿Dónde está la llave? —gritó el encapuchado.

El conductor no paraba de toser y se cubría la cara, tapándosela con las manos, como si pudiera defenderse de ese animal.

—¡Las llaves, cerdo capitalista!

—No tenemos llaves.

—¡Sí que las tenéis!, si no, ¿cómo abrís las puertas? —gritó.

—No tenemos llaves. Desde los últimos robos, nos abren desde la central cuando llegamos al destino, no podemos abrirlas nosotros. ¿No lo entiendes?

El encapuchado apoyó la boca del rifle en su frente.

—Escúchame bien, como no me des el dígito, te reviento. ¡Habla!

—Te lo juro por mis hijos, no tenemos la clave. Créeme, por Dios —gritó llorando.

El encapuchado esperó un segundo y levantó la mirada. Controló que los otros hombres estuvieran donde estaba programado. Se giró hacia el BMW y vio el Volvo detrás. Su envenenada mirada se cruzó con la de la señora Gil.

Luego, hizo un gesto a un hombre vestido de militar también encapuchado. Este fue hacia la parte trasera del furgón.

—Te creo, pobre diablo —dijo al conductor, y levantó la vista hacia el otro lado del furgón, donde había otro hombre apuntando al copiloto.

Asintió. Eso era un gesto con un mensaje en clave.

Bajó la mirada y se deleitó con el espectáculo. La escopeta liberó toda su potencia de fuego al accionar el gatillo. Los perdigones alcanzaron al guardia y lo dejaron sin vida en pocos segundos.

Su disparo y el del compañero al otro lado del furgón resonaron en el parquin y en las inmediaciones del centro comercial. Todas las personas que estaba mirando, en estado de *shock*, gritaron por el horror y escaparon.

El encapuchado se giró hacia la parte trasera del furgón, donde las puertas reventaron con la fuerza de una carga controlada. La deflagración se amplificó por el hormigón que había alrededor.

Dio la vuelta al furgón y ayudó a sus compañeros a cargar en el maletero del BMW las bolsas de billetes. Cuando ya solo quedaban un par de maletas, sacó una plancha y con un espray dejó un mensaje en la chapa amarilla del furgón blindado.

El furgón estaba vacío, lo habían limpiado, no quedaba más que algún billete en el suelo y la desolación.

El jefe encapuchado se acercó los dedos a la boca y emitió un silbido tremendamente fuerte. Era la señal de irse. La mitad del comando subió al coche que tenían preparado y la otra mitad, al BMW. Cuando el jefe fue a subir, vio a la señora Gil grabando.

Eso le molestó y cambió de opinión.

—¡Vamos, jefe! —gritó uno—. ¿Qué haces?

Este dio la vuelta y llegó frente al Volvo. Subió la escopeta al mismo tiempo que la señora Gil bajaba el móvil, consciente de que el criminal se había percatado de lo que había hecho.

La nube de perdigones atravesó la chapa del Volvo y el cristal.

Cuando el jefe subió al coche, la mujer movía la boca como un pez para intentar seguir respirando. Las heridas no le dieron más que un par de minutos de vida agonizante.

Ni siquiera escuchó cómo su hija gritaba de miedo. La grabación del móvil siguió mientras ella se apagaba como si se quedara sin batería.

Lo último que pasó por su cabeza fue la amarga sensación de haber decidido grabar el robo en lugar de escapar.

02

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —preguntó Karla con un tono que rozaba lo molesto.

Álex puso los ojos en blanco.

Estaban comprobando unas viejas carpetas en el archivador. Buscaban una información que les había pedido el jefe. A pesar de que el caso Néstor Luna estaba oficialmente zanjado, el mayor Aragonés quería un dosier recopilatorio de todo lo que había pasado en los meses anteriores. Las peripecias de los *mossos* y los crímenes de ese hombre no podían morir junto a sus víctimas, quería que fuera un caso de estudio para futuros agentes. El proyecto, que se desmarcaba de todo lo que la prensa y los libros de la criminóloga Ana Cortés habían escrito y que tanto se seguían vendiendo, entraría como parte de la formación de la academia de policía.

—Porque pensaba que me tomarías por loco —respondió Álex.

—Pues has acertado.

—Eres muy graciosa, Karla.

—Maldita sea, Álex, soy tu pareja. Hay ciertas cosas que deberías decirme. Confiar en mí, ¿no?

Álex bufó.

—Si es lo que estoy haciendo, por eso te lo he dicho.

—Ya, pero… ¿cuánto ha pasado desde la gala? ¿Cuatro meses?

—Seis.

Ella levantó las manos al cielo y puso los ojos en blanco.

—Pues por eso. ¿Cómo puede ser que tuvieras ese presentimiento y no me lo hayas dicho antes? ¡Has esperado a que volvamos al tema! —exclamó ella mientras mostraba todas las cajas de documentos archivados que tenían a su alrededor.

—Mira, no quiero que me tomes por loco ni que nadie lo haga.

—Lo sé, pero… —Ella sacudió la cabeza y con una mueca casi divertida le pidió—: Explícame otra vez qué pasó…

Álex tragó saliva y se levantó de la silla. Movió la cabeza de un lado a otro, estirando el cuello. Llevaban casi toda la tarde allí metidos. Tenían cosas más importantes que hacer, pero habían postergado demasiado esa tarea y el mayor ya no quería esperar más.

—Me fui a buscar una copa para mí y otra para ti, ¿te acuerdas? —preguntó, señalando a la mujer, y ella asintió—. Bien, pedí al camarero que me diera *champagne*. Ya sabes, el de la etiqueta amarilla que nunca recuerdo el nombre.

—Sí, me acuerdo, pero era una camarera jovencita y te hizo tilín.

Álex se quedó mirándola con una sonrisa maliciosa que delataba que eso era verdad.

—Soy mujer, ciertas cosas no se me escapan —dijo, y levantó al aire el índice—. Y eso que estaba lejos.

Álex suspiró.

—En fin, pedí dos copas de *champagne*. Y, no sé cómo, no me acuerdo cómo fue, me giré y tenía enfrente a un hombre que no sabía quién era. Tenía las proporciones de Néstor, pero, sobre todo, lo que tenía era su mirada. Sus ojos negros y hondos como pozos infinitos. Esa mirada de psicópata la reconocería en medio de millones de personas.

—Pero no era él, ¿verdad?

Álex arrugó el ceño.

—No tenía su rostro. Era más joven, más bronceado, con más pelo. No sé, era diferente. ¿Y si Néstor se hubiera hecho una cirugía plástica y se hubiera quedado en Barcelona?

Karla bufó.

—¿Cuántas veces hemos hablado de esto? ¿Cuántas probabilidades hay de que ese tío se haya quedado aquí?

—No me vengas con esas, Karla. Ya sabes que Ferrer nos ha querido vender que quemaron a Clara en un parque. Demasiadas coincidencias y evidencias. Eso fue un montaje y lo sabes.

—Lo sé, pero de eso a decir que Néstor sigue por aquí… —dijo con retintín —. ¿Y por qué no hablaste con él o lo buscaste después?

—Karla, iba vestido con esmoquin, igual que todos los asistentes. ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Buscarlo como un perturbado entre todos los asistentes? Encima, poco después, vino el presidente del Barça a saludarme —refunfuñó, descartando la idea.

Ella no contestó. Solo lo observaba razonando y valorando lo que le estaba contando.

—Álex, ¿sabes las consecuencias que tiene eso?

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Néstor Luna, o bien, el nuevo Néstor Luna, rodeado de *la crème de la crème* de Barcelona. ¿Qué hacía allí?

Álex se sentó al lado de Karla en medio del mar de papeles que los rodeaban.

—Lo he estado pensando. ¿Te acuerdas que Néstor estudió ADE y Derecho a distancia en la Universidad de Barcelona? —preguntó Álex, y ella asintió—. Quizá ha encontrado trabajo de eso.

—Pero, perdona, no asistes allí si no eres alguien que pueda permitirse donar unos diez mil euros por una noche.

—Lo sé, lo sé. Pero es lo que pienso, no sé. Llevo varios meses con esta idea en la cabeza —dijo él, casi molesto por no encontrar la solución—. Hasta he pensado en pedir la lista de los invitados a esa gala.

—Eso sí que es de ser psicópata. Controlar uno por uno los trescientos y pico asistentes.

—Más precavido que psicópata.

—Lo que tú digas, Álex —dijo ella, acercándose y dándole un beso en la frente, provocando una sonrisa al policía.

Mientras estaban abrazados, alguien entró.

El rostro de Iván apareció entre las estanterías.

—Karla, Álex. Siento molestaros.

Ellos dejaron de abrazarse y le indicaron que se acercara.

—¿Qué pasa, Iván?

—Ferrer. Es urgente, tenéis que subir inmediatamente.

El sargento y la cabo se miraron.

—¿Qué ha pasado?
Iván abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea.
—Mejor que subáis.

03

El despacho de Ferrer emanaba energía negativa.

El hombre, después del revés sufrido tras adoptar como nuevo vasallo a Iker Santamaría y que le saliera tremendamente mal, se había convertido en una persona aún más irritable.

—Entren —ordenó a Karla y a Álex—. No hace falta que se sienten, será rápido.

—¿Qué pasa, jefe? —dijo ella.

—Algo terrible. Tienen que ir al centro comercial Diagonal Mar.

—¿Qué ha perdido allí? —preguntó Álex con los brazos cruzados.

—Hace dos semanas hubo un atraco a una furgoneta de PortaSegur y mataron a dos agentes de seguridad. Hace una semana hubo otro, a otra compañía parecida, también mataron a los dos guardias. Millones de euros y cuatro víctimas. Pero es que ahora —informó el jefe, mirando el reloj—, hace cosa de una hora ha habido otro atraco en Diagonal Mar.

—¿Heridos?

—No, heridos no. Tres muertes. Los dos hombres de la compañía PortaSegur y lo peor… —dijo, dejando unos segundos de silencio—. Hay una tercera persona, un civil, nada menos que la mujer del concejal de Urbanismo de Barcelona.

Karla se acercó la mano al rostro y se tapó la boca. Eso le llegó hondo.

—¿Cómo? —soltó, horrorizada y estremecida.

—No tengo detalles. Deben ir allí ahora. Me acaba de llamar el mayor Aragonés y me ha confirmado que el caso lo llevará usted, Álex —dijo, y esas palabras llamaron la atención del sargento, que estaba pendiente de la reacción de la compañera.

—¿Cómo? ¿Por qué? Es un caso de robos, no de homicidios.

El jefe suspiró.

—No quiero enfadarme, le he dicho que el mayor Aragonés quiere que lo lleve usted. El grupo de robos no ha conseguido nada. Tendrá que liderar la investigación, como si de un asesino en serie se tratase, no como un ladrón.

Se formó un silencio en la sala.

Álex estaba indignado y no quería un caso que no fuera de su competencia. ¿Por qué tenía que perseguir ladrones cuando tenía cosas más importantes que hacer? ¿Quién se ocuparía de sus casos? El riesgo de dejarlos aparcados era que, cuando no se resolvían rápidamente, la probabilidad de que se convirtieran en un caso frío era exponencial.

Él negó.

—No, no es un caso nuestro, es de robos.

Ferrer no contestó.

—Una víctima inocente. Una señora indefensa y que no tenía nada que ver con eso, Álex, ¿lo entiende?

Álex arrugó la frente. Sabía cómo acabaría aquello: en una discusión inútil. Karla casi siempre tenía razón a pesar de que discutieran y que él se pusiera como se pusiera; solo era alargar la agonía.

—Karla, no tenemos competencias de robos, solo de homicidios.

—Da igual. Hay que hacerlo. Si los jefes lo quieren, tenemos que ayudar a los compañeros de robos. ¿Es que no lo ves? ¿Crees que nos asignan este caso por gusto? Si el mayor lo ha hecho, es porque no tienen nada, ¿me entiendes?

Álex, que cada vez tenía la frente más arrugada, no se perdía nada de lo que le estaba diciendo.

La situación se había convertido en kafkiana. Karla convencía a Álex y no al jefe. Si no fuera porque era una situación límite con víctimas, sería para reírse.

Álex miró al jefe buscando una ayuda o un apoyo que nunca había tenido por parte de ese hombre.

Ferrer señaló a la cabo Ramírez.

—Lo ha dicho ella…

Álex se lo pensó unos instantes más.

—Está bien. Nos haremos cargo. Pero quiero tener libertad absoluta.

—Quieto, Cortés, pare el carro. No es un vengador de la noche a quien se le permitirá todo. Está bajo mis órdenes directas —dijo el jefe, sacando pecho y marcando territorio como hacían los perros.

Álex no se lo pensó. Se apartó del dintel de la puerta y se acercó al escritorio. Apoyó el dedo índice de la mano derecha en la mesa y lo miró a los ojos.

—Voy a dar cuentas al mayor y haré lo que considere pertinente. Estas son mis normas o no hay trato. Lo toma o lo deja, usted decide.

El jefe emitió un sonido gutural parecido a los que se producen al tragar lo que uno no quiere.

Bajó la mirada y miró el teléfono fijo que había en la mesa. El mismo a través del cual había recibido la llamada de su jefe. En su cabeza, pensaba en lo idiota que sería si no conseguía convencer a Cortés de hacerse cargo de la investigación. Eso le produjo sarpullido y un escalofrío.

—Está bien. Vayan cuanto antes a Diagonal Mar. Allí estará el sargento Puigverd, del grupo de robos, les indicará qué ha pasado y les dará el testigo del caso, documentación y demás —dijo el jefe mientras Álex quitaba el dedo índice de su mesa con una cierta satisfacción—. Otra cosa, Cortés. Trátelos bien, sean compañeros, no sea un capullo como siempre. Estamos en el mismo barco —concluyó Ferrer.

Karla se acercó a Álex y lo empujó hacia la puerta con una mano en el pecho.

—Vámonos o esto no terminará —advirtió mientras lo sacaba de allí.

Álex prefirió morderse la lengua a seguir con la discusión.

Salieron del despacho. Álex, con una coloración rojiza, a punto de explotar. Karla lo había conseguido, lo había sacado antes de que explotase.

—No vale la pena, Álex. Tenemos que irnos.

—No soporto más a ese idiota.

Karla se giró y le tapó la boca.

—¡Para, eres peor que él!

—Pero…

—Pero nada. ¿Es que no puedes desconectar tu ego o tu macho alfa y centrarte en lo importante? ¡Han matado a tres personas por un puñado de euros! —dijo, casi sacudiendo al compañero—. No es el momento de hacerse el

gallito. Te has salido con la tuya y él te ha contestado. Fin —espetó Karla, mirándolo a los ojos—. ¡Vámonos! Nos están esperando.

04

Desde aquella vez que Álex se cayó en la colonia Albertí, no había tocado una motocicleta.

Pero, como con casi todo, el tiempo es el mejor cicatrizante. El tiempo cura, el tiempo olvida. Así que, a pesar de haber malvendido la moto que tenía en esa ocasión, se compró otra.

Vivir cerca de Collserola y trabajar en el centro ayudaba a no tener que buscar en todo momento un aparcamiento.

En su interior, un gusanillo lo animaba a que se comprara otro de esos vehículos de dos ruedas.

Una tarde de domingo en casa, mientras Karla leía uno de esos libros aburridos del erudito, cometió un error. Por casualidad, entró en una aplicación de venta de segunda mano.

Comenzó a buscar, por matar el tiempo, de la misma forma que se hace cuando se entra en una red social.

Encontró una oportunidad más suculenta que otra hasta que delante de él se presentó la moto que había soñado desde hacía mucho tiempo.

¿Cómo podía haber olvidado su pasión por las motos y más en concreto por las Ducati?

Delante de él relucía una 999 Biposto.

Ese domingo, miró y remiró las fotos y, como si estuviese ligando con una mujer en Tinder, envió un mensaje.

Esas pocas palabras lo llevaron a tener ese bólido italiano entre las piernas, sorteando el tráfico camino del centro comercial Diagonal Mar.

Bajo el casco, y concentrado, agradeció enormemente serpentear el tráfico. Una vieja costumbre que había perdido.

Las transversales de la Avenida Diagonal estaban todas colapsadas. Era hora punta y se imaginaba cuánto habrían tardado si no hubiesen ido en moto.

Llegaron a la avenida, que también estaba colapsada. Los semáforos funcionaban, pero los conductores, desesperados, no podían avanzar siquiera.

La guardia urbana daba soporte con su presencia, pero su trabajo resultaba casi inútil.

La velocidad con la que conseguían adentrarse era tan lenta que llegarían para el telediario de la noche, después de los periodistas. Se metió por el carril bici y fueron avanzando por allí.

Las miradas inquisidoras de los guardias y de los transeúntes le resbalaban.

Aceleró hasta que el tráfico se centró en la plaza de Les Glòries y continuó hacia el centro comercial, y hacia el norte, por la Avenida Meridiana.

Poco después, vieron una concentración de bomberos y de policía. Unos compañeros habían cerrado el paso a los coches.

Álex se detuvo delante del cordón, donde estaban también los periodistas. El sargento enseñó la placa y enseguida los dejaron pasar.

—¿Dónde ha sido, agente?

El agente le indicó adónde tenían que dirigirse. No había pérdida, solo había que seguir las luces y la concentración de las sirenas de los vehículos de socorro.

Aceleró por la calle de Josep Pla y bajó a poca velocidad. Llegado al primer cruce, dejando el centro comercial a la derecha, giró hacia la izquierda, cogiendo el Paseo del Taulat.

Al ver tantos coches, intuyó que allí era el lugar del suceso.

Aparcó la moto al lado de la barandilla de cristal de la salida del parquin. Karla y Álex dejaron los cascos apoyados encima de la moto. Se dirigieron al compañero que estaba más cerca y Álex indicó que estaban buscando al sargento Puigverd.

El agente le indicó a un hombre que estaba hablando por teléfono a pocos metros.

Los dos se acercaron. Llevaba uniforme: camisa y americana con los grados y gorro del cuerpo. Ese atuendo le daba un aire de más autoridad de la que tenía. Álex ya ni siquiera se acordaba de cuándo había sido la última vez que se había disfrazado de ese modo.

Al acercarse, el hombre lo identificó y aceleró la llamada hasta terminarla.

Guardó el móvil y le tendió la mano.

—¿Sargento Cortés?

Álex asintió mientras le estrechaba la mano y presentó a su compañera.

—Sargento Antoni Puigverd. He seguido vuestras hazañas como compañero y como civil.

—¿A qué te refieres?

Antoni, que tenía un rostro curtido por el sol y una barba espesa, lo miró analizando si la pregunta era sincera o le estaba tomando el pelo.

—Néstor Luna.

Álex asintió y dijo que se sentía halagado, quitándose importancia.

—Vamos, tenemos mucho trabajo. —Después de dar un par de pasos, se detuvo y volvió a buscar la mirada de Álex—. Que sepáis que no me gusta que vengan de otros departamentos a meterse en nuestros casos —dijo, e interrumpió a Álex, que iba a decir algo—. Pero entiendo que las órdenes son órdenes y tenemos que acatar. Así que seguidme.

El hombre comenzó a bajar por la rampa.

Álex se quedó quieto.

—Un momento —lo llamó, y esperó a que el otro se detuviera y se girara hacia él—. Que sepas que yo tampoco estaría aquí si no fuera por el mayor Aragonés. Ni siquiera quiero estar aquí, esto es cosa vuestra.

El sargento Puigverd asintió y siguió caminando hacia el fondo.

El ambiente estaba cargado de humo y humedad, provocados por los bomberos que habían apagado el incendio del furgón. Las llamas habían dejado un vehículo que parecía hijo del doctor Frankenstein: mitad quemado y mitad entero. La cabina, donde había empezado el fuego, era la parte más dañada.

En el suelo, aún estaban los cuerpos de los dos guardias. Unas lonas brillantes los cubrían.

Álex se detuvo delante de ese campo de batalla urbano. Un ejército de criminales bien preparados acababa de hacerse con un botín considerable. Detrás de esa hazaña, solo había destrucción y, lo peor, habían dejado a su paso la muerte.

Observó el furgón.

El parabrisas estaba fundido y el habitáculo, consumido por las llamas. Se apreciaba el olor del plástico quemado. Sobresalían los hierros que pocas horas antes eran los asientos del furgón blindado de la empresa PortaSegur.

Dentro del parquin no quedaba ni un solo vehículo.

La desolación de un lugar que se había transformado de repente en un cementerio.

—Álex, ¿vienes? —dijo Karla, sacudiéndolo de sus pensamientos.

El sargento Puigverd se había detenido delante de un cadáver y lo estaba esperando.

Álex avanzó hasta el compañero, regresando a la conversación a la que no había prestado atención.

Sentía la presión de la situación; a ese hombre no le gustaba que ellos estuvieran allí. Le estaban pisando los pies. Era una deshonra en parte, a nadie le gusta que se metan en su parcela. Su actitud afable y cortés, pero en el fondo molesta, lo demostraba.

Álex pensó que eso era normal, ¿a quién le gustaba que cuestionaran su trabajo?

Pensándolo mejor, si esa situación hubiera sido al revés, él, seguramente, no se habría portado tan bien.

—Este es el conductor —explicaba el sargento Puigverd mientras levantaba la manta brillante—. No hace falta que os diga con qué brutalidad lo han matado, ¿verdad? —preguntó, indicando el cadáver.

Tenía la boca abierta y en la cabeza y en todo el cuello, pequeños orificios negros con brotes de sangre ya coagulada.

El espectáculo era nefasto, casi de película de terror. Pero con la diferencia de que eso era real.

Karla apartó la vista y el sargento volvió a cubrirlo.

—Unos animales. Despiadados. Este es el tercer ataque que han realizado —aseguró el sargento.

—¿Cuánto llevan robado? —preguntó Álex.

El hombre lo pensó un momento.

—Si es cierto que con este golpe se han llevado cuatro millones y medio, el total asciende a una cantidad de diez millones de euros.

—¡Fiuu! —silbó Álex—. ¡Por el amor de Dios!

—Y no parece que quieran dejarlo.

—Eso es una montaña de dinero.

Puigverd asintió y se giró hacia el fondo de la furgoneta.

—¿Cuántos muertos han dejado? —preguntó Karla.

El sargento señaló el Volvo que estaba detrás.

Karla, que lo seguía, lo entendió enseguida.

—Han dejado siete guardias muertos y una mujer. ¡Una civil! Esta es la primera vez. No sabemos qué ha pasado para que los criminales abrieran fuego contra una señora.

Álex se colocó al lado del sargento.

—Han roto las reglas —dijo Álex.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Antoni.

—Hasta el momento, solo dinero y agentes del furgón blindado.

—Exacto.

—Esta mujer rompe las reglas. Si hasta ahora no se habían atrevido a matar a los civiles, puede que tenga solo una explicación… —argumentó Álex con un tono de haberlo entendido.

—¿Y cuál es? —preguntó, girándose hacia él y con un aire molesto que no supo esconder.

—Se sienten invencibles —contestó Álex, enseñando lo que habían destrozado.

Álex, sin decir nada, se acercó al Volvo para ver el habitáculo. Se acercó a la puerta, que estaba mal cerrada. El cadáver de la mujer estaba tapado con una manta reflectante.

No miró el cuerpo, lo que le llamaba la atención era esa muerte, esa ruptura de las normas. ¿Por qué?

Miró dentro del coche. Al abrir la puerta con un guante de látex que guardaba en el bolsillo de los tejanos, se acercó al volante y al parabrisas agujereado.

—¿Tus hombres han revisado este coche? —preguntó al compañero.

Puigverd sufrió un golpe de tos.

—Sí, claro. Por supuesto.

Álex dibujó una mueca.

Se agachó y cogió un objeto que estaba apoyado a los pies del asiento del copiloto.

Lo levantó y vio que el móvil de la señora Gil seguía grabando.

Álex apagó la grabación justo cuando en la pantalla aparecía el volante del Volvo.

Pulsó el *stop*.

Y el móvil empezó a guardar toda la grabación.

Tenía una pista, la más concluyente de esa pesquisa.

05

Tardó casi un cuarto de hora en almacenar la grabación.

Las tres cabezas de los *mossos* estaban expectantes por ver lo que se había grabado.

Cuando acabó, el vídeo resultó ser de varias horas. El móvil de alta gama había conseguido seguir grabando durante todo ese tiempo sin detenerse, sin perder batería, ni quedarse sin memoria.

Álex pensó que era más un milagro que otra cosa. Luego, pensó que era un error muy considerable que los hombres del grupo de robos no lo hubiesen encontrado. Pero no quería juzgar, eso habría sido demasiado fácil. Además de injusto y poco respetuoso. A él no le hubiera gustado que se lo hicieran. Su silencio y la falta de comentarios ya eran un mensaje en sí mismo y esperó que el sargento Antoni Puigverd lo captara.

Pero esa falta, ese desliz, llevaba a Álex a tener otra consideración más importante. ¿Qué se habrían dejado en las investigaciones anteriores? Ese era el punto clave.

Cuando pudieron mirar el vídeo, se centró en eso y dejó de pensar en conjeturas y consideraciones.

—Venga, Álex, dale al *play*.

Álex tragó saliva ruidosamente.

El móvil ya estaba en modo ahorro de batería. Tenían que procurar que no se apagase o necesitarían el pin de acceso.

El vídeo empezó con ruido y gritos.

La voz de un niño se sobreponía al resto de los sonidos.

La imagen se estabilizó cuando un encapuchado apuntó a la puerta del conductor y con fuerza sacó al hombre. Después de varios gestos, y al ver que no colaboraba, le disparó a bocajarro.

Cuando la deflagración alcanzó al guardia vestido de amarillo, como el furgón, la mujer que grababa y Karla soltaron un grito ahogado. A la vez, al unísono, como si estuvieran en el mismo espacio-tiempo.

El hombre cayó al suelo en el mismo punto en que estaba aún.

Luego, explotaron las puertas traseras del furgón y sacaron todas las bolsas de dinero.

Cuanto más avanzaba la grabación, más se movía la imagen.

—Estaba temblando —comentó Karla.

—Claro, ¿quién no lo estaría? —dijo Álex.

El BMW se veía en la imagen como un holograma, un elemento invisible que faltaba entre el vehículo blindado y el Volvo.

Álex detuvo la imagen.

—CS8421VM. Tenemos que buscar esta matrícula. A ver dónde nos lleva.

—Seguro que es robada —afirmó Puigverd.

—Seguramente, pero no podemos darlo por sentado, a lo mejor nos da algún detalle interesante. La difundiremos por todas las unidades de tráfico, gasolineras, párquines, puertos con ferri. Quiero la matrícula de este coche en todas partes.

—Ya lo hemos hecho con los vehículos anteriores y no hemos tenido éxito —se excusó el sargento.

—Seguiremos probando —insistió, y volvió a darle al *play*.

En medio de los gritos y los encapuchados que se lanzaban las maletas llenas de dinero, se escuchó por primera vez la voz de la mujer que estaba grabando.

—¡Madre mía! —dijo en voz baja, y siguió más alto—. Cariño, no llores.

Álex volvió a detener el vídeo.

—¿Qué pasa? ¿No quieres verlo hasta el final?

Álex miró en los asientos traseros del coche y apuntó a la sillita.

—Los gritos —dijo, indicando el móvil— eran de un niño.

—Sí, la hija de la mujer.

—¿Dónde está?

—Vino su padre, el concejal de Urbanismo, a buscarla. Me han dicho que los presentes la cuidaron hasta que llegaron las fuerzas del orden y el padre.

Álex asintió y volvió a poner el vídeo.

Cuando la imagen se activó, un detalle resaltó: el mismo encapuchado se separó de la tarea de cargar las mochilas. Se acercó al coche. Subió la recortada y disparó sin pensárselo. La mujer solo tuvo tiempo de dejar el móvil y que no quedara dañado.

Los gritos de la niña y el color negro de la moqueta fue lo único que siguió regalándoles de ese momento.

Álex lo detuvo. Los tres se miraron a la cara.

—Nos llevamos este móvil. Quiero que nuestro informático forense lo estudie. Aquí hay una información muy valiosa —afirmó Álex.

—¿Ha muerto por grabar? —preguntó Karla.

—Me he equivocado. No ha sido por lo que yo pensaba, que se habían hecho grandes, confiados. Ha sido porque los estaban grabando.

—No querían testigos —intervino Karla.

—¿Y por qué no se han llevado el móvil? —preguntó el sargento Puigverd.

—A lo mejor lo buscaron y algo los distrajo… —dijo Karla.

A Álex, esa teoría no lo convenció.

Pidió una bolsa de la científica y metió el móvil en ella. Lo hizo añadir a la lista de pruebas y en la cadena de custodia, de la que él mismo se hizo cargo.

Luego, se lo guardó en la cazadora.

—Venid, tenéis que ver esto —dijo el sargento.

Álex y Karla lo siguieron. Fueron al lado del furgón que no se había quemado del todo. El sargento señaló una zona.

—Han marcado el furgón con esto —indicó—. Los dos anteriores tenían el mismo grabado.

Álex se quedó mirándolo con perplejidad y Karla, con una mano delante de la boca. Eso decía mucho de lo que estaba pasando.

—En algún momento, sacaron una plancha o algo que hiciese de plantilla, y con un espray le han dado a los agujeros.

—Sí, sé cómo se hacen —interrumpió Álex.

—Me recuerda el arte callejero de Banksy —afirmó Karla.

Álex se giró hacia la compañera.

—Cierto, buen ojo.

—El otro día me leí un libro de tu librería. Era sobre el arte de este artista callejero.

Las gotas de la pintura negra habían resbalado, creando un aire dejado y realizado con prisa. Las letras negras resaltaban en la pared del furgón amarillo.

No tenía ni idea de que lo querían transmitir con eso, pero desde luego aquello no había sido puramente un robo.

—Es un mensaje. ¡Seguro! —afirmó Álex.

Sacó su móvil y le hizo una foto. En la pantalla, aparecieron las cuatro letras que abrían un camino muy distinto al que se había imaginado hasta el momento.

«Hoy, dinero; mañana, caos».

Esas palabras empezaron a resonar en su mente y con la intención de no irse tan fácil.

06

Karla rompió los pensamientos que tenía Álex sobre la frase.

—¿Y si fuera para despistar?

—¿Cómo? —preguntó Álex.

—Quiero decir si fuera una trampa. Nos dicen que no es por el dinero. Es como un *black clock*. No lo hacen por dinero, sino por algo más, un ideal.

—Menuda chorrada —insinuó Puigverd—. Estamos ante asesinos y ladrones de manual. Lo que quiere esta gente es dinero, joder. No nos vayamos con tonterías de pensar que… —dijo con la mano en el aire, volteándola por la cabeza— tienen ideales. Joder. Estos tíos están preparados para lo que sea. No tienen escrúpulos y solo quieren pasta, ¿me entendéis? —espetó Puigverd, que ya no pudo reprimir que pisotearan su jardín.

Álex se contuvo ante la salida de tono del compañero, miró a su alrededor y cambió de tema.

—¿No hay cámaras por aquí?

El sargento Puigverd, que estaba visiblemente preparado para recibir una respuesta, arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—Me imagino que este lugar está repleto de cámaras y que todo habrá sido grabado. Quiero las grabaciones. Mira, una allí y otra allá.

—Están lejos, pero… —dijo Karla.

—Que hayan elegido este lugar no es al azar. Seguramente, porque no tiene mucha visibilidad y no está en la calle. Fuera hay mucha gente que podría haber avisado a la policía rápidamente y habrían grabado el ataque —añadió Álex.

Luego, le dio una palmada en la espalda a Puigverd.

—Un placer conocerte. Esperamos hoy mismo las grabaciones y la pericial de la científica, ¿sí? —preguntó Álex.

—Y toda la investigación de los otros dos casos. Sin falta —añadió Karla.

—Cierto. ¿Dónde tendré yo la cabeza? —confirmó Álex.

—Procuraré hacéroslo llegar cuanto antes.

—Mañana por la mañana los necesitamos, sin falta. A las nueve en la comisaría de Les Corts. En Travessera de les Corts —dijo, y alargó el brazo para indicar a Karla que se marchaban.

El sargento Puigverd no añadió nada más, había perdido el control de la investigación. Álex contaba con que seguiría buscando por su cuenta, como para demostrar que él era el único y merecedor de la investigación. Sin embargo, el timón lo había perdido.

—Si esos animales no hubieran matado a la mujer del concejal, hoy no tendríamos en la mano este caso. Pero solo es una conjetura.

—Eso es mover un avispero… Han pisado mierda. ¿Cómo se puede matar a una mujer de esa manera, con tanta frialdad y dureza? Es una vergüenza. No sé qué piensa un hombre cuando mata a una mujer así cuando él mismo ha nacido del vientre de una —dijo Karla mientras sus palabras eran cada vez más duras hacia el criminal.

—Los vamos a coger, tranquila, y van a pagar por esto —aseguró Álex mientras subía por la rampa del aparcamiento del centro comercial.

Cuando regresaron a la carretera, el sol había ya desaparecido detrás de los edificios y rascacielos de Barcelona.

El Passeig del Taulat estaba cortado al tráfico. Muchos vecinos estaban asomados a sus balcones y ventanas. Esa escena la había vivido muchas veces. Demasiadas. Era una instantánea grabada en su retina y en su memoria por culpa de muchos criminales y asesinos.

Aparcaron en la misma Travessera de les Corts y entraron en la cafetería. Karla lo había propuesto, necesitaba unos minutos de tranquilidad.

Tomaron una infusión y se sentaron en una esquina de la mesa alargada.

La cafetería estaba desierta, solo había un camarero que, después de servirles, pasaba el mocho.

—¿Qué piensas? —preguntó Álex.

—Esa violencia no es habitual.

—Lo sé. Llego a saberlo y no te enseño el vídeo.

—Esa no sería la solución —respondió Karla, después de un trago al brebaje.

—Pero estas cosas te afectan, Karla. Hubiera sido mejor que no lo hubieras visto —insistió Álex.

—Porque no mires las noticias, no significa que las atrocidades no se cometan, Álex —espetó—. Si tengo que ayudarte con esto, quiero saberlo todo.

Álex bajó la vista. Removió con una cucharilla la infusión. Se le hacía raro no tomar un café a esa hora, pero Karla había leído que era mejor no tomar cafés después de las cinco para mejorar la calidad del sueño. Para él eran patrañas, pero respetaba lo que le decía Karla.

—Mañana, *briefing* con los chicos de este caso, tenemos que dividirnos las investigaciones. Mientras se lo dices, yo le llevo el móvil a Alan. A ver si consigue depurar el audio y la imagen y tenemos una foto más nítida de ese hijo de perra.

Karla no lo miraba, estaba centrada en algo que estaba pensando.

—¿Me escuchas? —preguntó Álex.

—El caso lo tenemos porque el marido de la mujer es quien es. Si hubiera sido un donnadie, seguiría en manos de Puigverd.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que vivimos en un mundo injusto, que solo los importantes merecen justicia.

—Te equivocas, nosotros tratamos todos los casos por igual y resolvemos los casos de todos, ya sean jueces o personas de a pie. Da igual.

—No quieres entender —contestó Karla, frustrada.

—Si estás cabreada, no la tomes conmigo.

—¡Claro que estoy cabreada! Esa niña crecerá sin madre por culpa de ese ladrón que se vende como idealista. Y que solo por ser la mujer del concejal se permite una investigación con todos los medios a disposición.

—Te equivocas otra vez —espetó Álex.

Ella bufó y se empujó con los pies hacia atrás.

—¿Solo yo me equivoco?

—No, en absoluto, amor. Lo que te quiero decir es que esa mujer murió por ser valiente.

Ella afinó los ojos y levantó las manos.

—¿Pero qué dices?

—Sí, si no hubiese grabado con el móvil para saber quién y cómo actuaban esos criminales, hoy no tendríamos nada y ella estaría viva. Pero no fue cobarde, como los demás que escaparon. Ella, a pesar de tener miedo y que su hija llorara, se quedó y siguió grabando, ¿me entiendes?

Karla se mantuvo callada, reflexionando sus palabras. Ese silencio era una manera de darle la razón.

—Mañana tendremos que ir a ver al marido.

—Me parece bien.

—Decirle que estamos con el caso y que vamos a encontrar a ese malnacido esté donde esté, aunque se esconda en el culo más oscuro y profundo del mundo. Le vamos a dar justicia a la señora Gil.

Álex asintió y levantó la taza con la infusión.

Ella hizo lo mismo y realizaron un brindis improvisado para dar más peso a su promesa.

Era oficial, había comenzado la caza al comando y, más en concreto, al hombre que había matado a la señora Gil.

Pero, a pesar de no buscar pensarlo, Álex daba vueltas a esa maldita frase: «Hoy, dinero; mañana, caos».

07

Esa mañana se despertó Barcelona bajo una nube gris.

A pesar de que las previsiones no daban lluvia, desde la habitación de Álex, en la colina de Collserola, parecía que estaba a punto de caer una buena tormenta.

Mientras sorbía el café, pensó que esa nube representaba el comando del blindado. Unos criminales que, después de tres muertes más del día anterior, lo habían despertado con una resaca emocional.

La prensa no daba abasto a hacer reportajes y conjeturas de quiénes eran o de dónde procedían. A qué habían venido a Barcelona y por qué robaban aquí.

Los periódicos y las noticias no hablaban de otra cosa. En los matinales de ese día, incluso aparecían Álex y Karla acudiendo al lugar de los hechos con la moto. Lo habían reconocido y ya se supo que él estaba involucrado. La chica, desde el estudio, decía mientras se mostraban las imágenes del centro comercial:

—Las investigaciones de los tres atracos han tomado una bifurcación importante. Desde hace unas horas, justo después del tercero, se ha producido una nueva incorporación a las investigaciones. Como podéis ver en las imágenes, el famoso inspector Álex Cortés entraba en el recinto. Recordamos que en el atraco de ayer resultó herida mortalmente la mujer del concejal de Urbanismo del Ayuntamiento de Barcelona —dijo la periodista, y, seguidamente, apareció la fachada de la bolsa de Barcelona—. Seguimos con los valores de hoy…

La prensa arrancaba la portada con titulares y fotos sobre el gravísimo suceso.

En titulares internacionales, se cuestionaban si Barcelona era un lugar adecuado para viajar o para vivir.

Álex cerró el periódico y se fue a la ducha. Karla ya se había preparado. Tenían que salir ya o llegarían tarde al *briefing* con el equipo.

Aparcaron el coche en el parquin subterráneo. Debido a la posibilidad de lluvia, optaron por el viejo Mazda MX-5 descapotable.

Todas las veces que Karla ponía un pie en ese coche, su primer comentario era sobre venderlo y comprarse uno más cómodo y moderno. Álex, después de haberse comprado la moto, estaba ya bastante convencido de cambiar el coche y adquirir un utilitario más cómodo.

Al llegar a su escritorio, los dosieres de los atracos anteriores y los vídeos del centro comercial Diagonal Mar ya habían llegado.

Los ojeó un par de minutos y luego se fue a la sala de *briefing*.

Cuando todos llegaron, Álex pidió silencio. Delante de él estaban Karla, Iván, Víctor, Laura, unos cuantos nuevos y, a pesar de no ser de su equipo directamente, también Alan.

—No hace falta presentaciones del caso. Sabemos por qué estamos aquí, así que iremos al grano. Nos han asignado este caso. No son asesinos en serie como tal, sino una organización criminal que deja una estela de muerte a su paso. No sabemos —dijo, levantando la foto de la frase que llevaba en su cabeza como un martillo neumático: «Hoy, dinero; mañana, caos»— si estos criminales son unos anárquicos, unos filósofos o unos embusteros, eso nos da igual. Lo que tenemos que hacer es descubrir dónde se esconden estos cabronazos y meterlos para siempre en la cárcel. ¿Preguntas antes de seguir?

Todos se miraron hasta que Iván se atrevió.

—Jefe, ¿por qué nosotros?

—El equipo que lo ha llevado hasta el momento no ha dado muchos pasos adelante y necesitan más cabezas pensantes —dijo, y se calló un segundo, bajó de la tarima y miró a los chicos de su equipo; después de un silencio largo mirándolos a los ojos, siguió—. Esta mañana he escuchado en el telediario que el «famoso» inspector Álex Cortés se unía a la investigación —afirmó con un tono más irónico, recreando las palabras de la periodista, mientras alguno de los chicos sonreía—. ¿Y sabéis qué pienso? ¡Que son bobadas! Ellos, allí afuera, no saben que lo que logramos con este equipo se ha conseguido con las cabezas privilegiadas de esta sala. De todos vosotros. De todos y cada uno de vosotros. Si no fuera así, yo no habría ido mucho más lejos y Néstor Luna nunca habría

pisado la cárcel. Por eso, necesito que esta vez también nos volquemos a tope porque, en caso contrario, esos animales seguirán matando y robando a sus anchas —dijo, y siguió mirando a los ojos a sus compañeros—. Bien, ahora es el momento de comenzar. Alan, arranca con lo que has descubierto.

Álex se sentó y dio paso al informático forense. Todos los ojos se centraron en él.

Apoyó en el escritorio de la tarima su portátil, que parecía un televisor de salón con teclado, y apareció el vídeo.

Se aclaró la voz.

—Ayer, Álex me trajo este vídeo. Lo grabó la víctima —dijo, mirando la pantalla, y se giró hacia Álex—. ¿Quieres que lo enseñe completo?

Álex asintió y todos los componentes del grupo lo vieron.

—Esa es la violencia contra la que tenemos que luchar, chicos —advirtió Álex, poniendo en guardia a su equipo.

—Bien. No he podido cotejar las grabaciones de las cámaras de vigilancia de los otros atracos, pero de momento nos enfocaremos en esta —dijo, y lo interrumpieron.

—Me las han entregado esta mañana.

—Bien, luego seguiré con ello. He limpiado el vídeo y he separado el audio —explicó, indicando la pantalla—. Tenemos al jefe, que lleva una escopeta recortada. Lo confirmará balística, pero parece un calibre 12. Este es el que mató a un guardia y a la señora Gil. Todos hablan con un acento claramente español. Con los altavoces de este ordenador, no se aprecia, pero con auriculares se distingue muy bien.

—Por lo tanto, podemos descartar las bandas extranjeras —afirmó Karla.

Álex asintió mientras la miraba. Se levantó, llegó a la pizarra y escribió que la banda era de origen español.

—Puede que sean italianos o franceses o de donde sea y que hablen entre ellos con el idioma del lugar. ¡Típico! —comentó Álex, arqueando las cejas.

—No, cada uno tiene un acento de un lugar específico de España. No lo imitan.

—Bien, confirmado —dijo, subrayando el origen en la pizarra.

Luego, añadió debajo que el jefe llevaba una recortada y el calibre indicado con una interrogación, al lado del número doce.

—¿Qué más, Alan?

El joven informático forense se aclaró de nuevo la voz y, mirando la pantalla, le dio al *play*. Miró un par de segundos más y detuvo de nuevo la imagen.

Karla estaba sentada con el cuerpo dirigido hacia adelante para ver mejor la pantalla del ordenador, hambrienta de detalles.

—Tenemos la matrícula del BMW, que habrá que rastrear.

—Sí —dijo Álex, y lo apuntó en la pizarra—. Iván, ¿pasaste un comunicado de búsqueda? —preguntó, y este asintió—. Bien, sigue, Alan.

—Bueno, yo no soy ningún especialista, pero en este vídeo se ve cómo en pocos segundos consiguen abrir el furgón y sacar toda la pasta. Eso es muy poco tiempo. Esos tíos, aunque vayan encapuchados, son gente preparada. Yo me atrevería a decir que paramilitares. Parece una peli de los americanos. ¿Os acordáis de *Heat*? —preguntó Alan, y algunos se acordaban y otros no—. Da igual.

—¿Algo más, Alan?

El informático se giró y asintió con una expresión perpleja.

—Sí, una cosa más. He conseguido detener la imagen de cuando el jefe dispara a la mujer. La he filtrado y pulido.

—¿Podemos verla? —preguntó Karla.

Alan se colocó delante de la pantalla impidiendo que los compañeros la vieran. Álex bajó de la tarima y se puso a la altura de la primera fila, al lado de Víctor.

Se dio la vuelta y, antes de separarse de la pantalla y enseñar lo que tenía preparado, hizo la siguiente advertencia:

—Hacía tiempo que no veía nada parecido.

08

La frase del forense informático le apretó el estómago a Álex.

Creó una expectación y una conmoción en el *briefing*. Todos se acercaron para ver lo que el joven de la científica había preparado.

Alan suspiró y se apartó dejando vía libre a los compañeros.

En la pantalla, había un fotograma, uno solo, pero dejó sin aliento a todos.

No era de sangre ni de entrañas.

Ni era de un cuerpo mutilado ni de una sierra sangrienta.

No era un niño muerto ni un miembro suelto en medio de una calle.

No era escalofriante.

Nada de todo eso.

Nada de todo lo que sus estómagos estaban acostumbrados a ver, digerir y tratar en su día a día.

Solo eran dos ojos.

Dicen que los ojos son el espejo del alma. Con esa imagen, ese fotograma que Alan había conseguido, había capturado un segundo transcendental y un claro ejemplo del alma de ese monstruo.

Dos ojos azules. Muy azules. Tremendamente azules, tanto como el hielo más puro del Polo Norte. Frío y despiadado.

Pero no era el color de sus iris lo que asustaba, sino su expresión. Una expresión que puso los pelos de punta a todos los asistentes.

En su expresión de venganza mezclada con demoníaco placer, se entreveía un ser despiadado con unos ojos muy abiertos y teñidos de rabia incontenible.

—No tenemos la foto de este hombre, el pasamontañas nos lo impide, pero sí una foto perfecta de sus ojos. Esto es todo lo que tenemos por ahora —concluyó Alan, y se sentó, dejando el ordenador encendido con la foto del hombre.

Karla se levantó y se acercó a la pantalla.

—¿Qué ves, Karla? —preguntó Álex.

—Esta mirada es la peor que hemos conocido. Incluso es peor que la de Néstor. Este es el mismísimo diablo personificado —afirmó ella, y después de mirarlo atentamente, en el silencio más absoluto, regresó a su asiento.

Álex esperó a que Karla se sentara para verle la cara. Conocía su expresión y sabía lo que pensaba. No necesitaba hablar con ella.

«Vamos a pillar a este hijo de perra, no te preocupes», pensó Álex.

Álex repasó los detalles que tenía apuntados en la pizarra. Uno por uno. Pero cuando los leyó todos, sintió que faltaba una cosa.

—Creo que tenemos que darle un nombre, tenemos que saber de quién hablamos —dijo Álex—. Un nombre en clave hasta que no sepamos cómo se llama este hijo de perra. Fijaos, no hablo del grupo, hablo del jefe, del líder, del ojos de hielo —calló, y dejó un momento de espera—. ¿Alguien tiene una idea de cómo llamarlo?

—Rambo —intervino Víctor.

Álex movió la cabeza, no le gustó. Hizo un gesto con la mano para que dieran más opciones.

—Joker. Acumula dinero —dijo Iván.

—¿Y si no le llamamos nada, simplemente, el jefe o asesino? —dijo Karla, y Álex torció la boca.

—¿Qué te parece Cazador? —propuso Laura—. Como tiene una escopeta de caza, aunque recortada, podría ser adecuado: Cazador.

Álex asintió. Ese sí le gustó.

—Me parece bien. Cazador —afirmó, lo apuntó en la pizarra y comenzó a dividir los trabajos—. Iván, necesito que revises todos los informes anteriores de los dos casos precedentes en Diagonal Mar. Tienes que buscar diferencias y similitudes, *modus operandi*. Lo que sea. Si han cometido un error, cómo actúan y patrones de conducta u operación. Por dónde han llegado y por dónde se han ido. Todo. Un informe completo para esta tarde. Víctor, lo ayudas, ¿está claro? —exigió Álex mientras miraba a los dos.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Laura.

—Rastrear los vehículos y buscar las matrículas. Iván, Víctor, dadle enseguida las matrículas de los coches, quiero saber dónde los han conseguido.

Todos los vehículos que han usado. Sus trayectos y por dónde han huido. ¿Está claro, Laura? —preguntó Álex, y la chica asintió y se lo anotó todo—. Alan, creo que tú, si nos pudieras ayudar a controlar todos los vídeos de las cámaras y cotejarlos con los del móvil, sería genial. —El forense asintió—. Gracias —confirmó el jefe.

—¿Y vosotros? —preguntó Iván, refiriéndose a Karla y al jefe.

—Nosotros iremos a hablar con el señor Mora el concejal, el viudo de la señora que grabó este vídeo. Y luego iremos a hablar con la empresa PortaSegur. A lo mejor podemos sacar algo de ellos. Parece que estén gafados, o tienen un topo que se está haciendo millonario.

El *briefing* parecía acabado, pero no fue así, de repente, Laura soltó una pregunta que había pasado por la cabeza de Álex y se le había olvidado comentar, un tema importante y transcendental.

—Jefe, si el Cazador y su banda han conseguido diez millones de euros…

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Álex.

—Lo dijo la prensa… ¿Es correcto?

—Así parece, sigue.

—Si alguien tuviera ese volumen de dinero con billetes de corte pequeño, que es lo que parece que han robado, recaudaciones de comercios, ¿dónde guardan esa montaña de dinero?

Álex asintió.

—Buena pregunta. Ese es un punto que no sé responder. Es un tema importante. Hay que calcular el volumen y averiguar dónde podrían guardarlo.

—Según mis cálculos, ocuparían casi un metro cúbico… —intervino Alan, y se quedó esperando una respuesta de los otros compañeros—. Un palé de cajas, más o menos.

Álex se quedó perplejo.

—Pensaba que más.

Alan se encogió de hombros.

—Gracias, Alan. En fin, a trabajar. Tenemos que encontrar al Cazador antes de que sea demasiado tarde. Antes de que él encuentre su próximo blindado para desvalijar. Antes de que tengamos en esos archivadores más muertes.

09

Álex nunca se habría imaginado que buscaría a un cazador por el centro de Barcelona.

A pesar de arrancar el día con nubarrones que amenazaban lluvia, no acababan de soltar su carga.

Dejaron el coche en un parquin cerca de la casa del concejal de Urbanismo de Barcelona.

Recorriendo el Carrer d'Otger, a Álex le dio la sensación de estar en alguna calle de un pueblecito de la Costa Brava. Pals, Castell d'Aro, Palafrugell o incluso L'Escala.

No supo por qué la mente lo llevó allí, solo tuvo la sensación de estar paseando por esos lugares.

Nada más lejos, estaba en el centro del barrio San Andrés de Palomar.

Karla y Álex caminaron por esa calle hasta llegar a una plaza pequeña con un quiosco de venta de periódicos.

En la esquina, comprobó el nombre de la calle que buscaba: Carrer Gran de Sant Antoni. Ya estaban.

Karla señaló el edificio que creía que era, uno moderno, recién construido, que se diferenciaba mucho de las construcciones de alrededor. El número 256 de esa calle céntrica era el domicilio de la familia Mora Gil.

Llamaron al timbre y una voz femenina los atendió. Pasaron y subieron por las escaleras los dos pisos. Encontraron la puerta abierta. Justo después, con la mirada perdida aparentemente dirigida a sus zapatos, había una mujer, la misma que les había abierto.

—Sargento Cortés y cabo Ramírez —se presentó Álex.

Ella le estrechó la mano, sin fuerza, húmeda.

—¿Usted es?

—Soy la cuñada de Júlia —dijo con un tono de ultratumba, y seguido les indicó que pasaran.

Antes de que llegaran a una estancia que parecía el salón, Álex la detuvo.

—¿Cómo está?

—Un duro golpe. Mi hermano se está haciendo el fuerte por la niña. Pero, por dentro…, lo sabe solo él —afirmó, y les dijo que la siguieran.

—Gracias —dijo Álex, y pasó al salón.

Estaba sentado al lado de una anciana que supuso que tenía que ser la madre de la mujer, por el parecido.

Los dos policías se presentaron. El político, Andreu Mora, estaba mejor de lo que imaginaban. Sujetaba la mano de la señora. La dejó y los invitó a sentarse.

Los dos *mossos* se sentaron en un sofá. El salón era moderno y bonito. Un televisor grande, fotos de viajes, libros, revistas *National Geographic* y juguetes por todos los rincones de la estancia. Una planta al lado de la ventana rompía con los colores blanco y pastel. El ambiente, en cambio, estaba cargado con la energía de un velatorio.

—Concejal… —dijo Karla.

—Llámenme Andreu, por favor.

Karla asintió.

—Díganme que han conseguido coger a ese criminal.

Ella se quedó por un segundo con la palabra en la boca.

—Hemos venido para darle el pésame —dijo Álex—. No hemos conseguido coger al asesino de su mujer, pero le aseguro que vamos a poner todos los medios para hacerlo.

El hombre asintió.

—Ya, estas cosas van para largo, me imagino.

Álex miraba al hombre con ojeras y pelo desaliñado. Seguramente, llevaba el mismo conjunto de traje y camisa del día anterior. Tenía que haber movido todos los hilos posibles después de ese trágico suceso.

—Su mujer fue muy valiente —comentó ella.

El hombre sacudió la cabeza.

—¿Valiente? Tenía que haber escapado. Ponerse a salvo con nuestra hija en lugar de quedarse quieta.

Los dos *mossos* se miraron.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—No. Júlia grabó el atraco con su móvil. Veo que no le ha llegado la información —explicó Karla—. Su mujer quiso ayudar. Es una heroína.

El hombre bufó.

—Pues mire de lo que ha servido ser una heroína, para que la mataran —gruñó el marido.

—No diga eso, Andreu. Entiendo su enfado y su dolor, pero nos ha ayudado. Tenemos una grabación valiosísima de todo lo que pasó.

—Vaya. Han encontrado el móvil de mi mujer. Quiero que me lo devuelvan.

—Es una prueba, de momento, no se lo podemos devolver, pero lo haremos lo antes posible. Se lo aseguramos —dijo Álex.

El marido bajó la vista. Entre sus manos estaba la de la anciana.

—No se merecía morir.

—¿Era habitual que fuera al centro comercial de Diagonal Mar? —preguntó Álex.

El hombre se tomó unos instantes antes de responder.

—Bueno, a veces, cuando faltaba algo para la cena, paraba allí.

—Mientras veníamos, he visto un supermercado de barrio. ¿Por qué no se paró allí? ¿Prefería Diagonal Mar?

—Júlia era de centros comerciales. Ya sabe, aparcar, sacar el carrito, por si llueve, surtido. En fin, manías suyas.

—¿Cada cuánto iba a ese centro entre semana?

—¿Qué tiene que ver esto con la muerte de mi mujer?

Álex suspiró, esa era la parte que menos le gustaba de su trabajo. Informar o preguntar a los parientes de las víctimas. Si hubiera podido, habría cedido ese trabajo a otra persona.

—Por nada, concejal. Queremos entender si el asesino la había visto antes, la había reconocido o, simplemente, la mató de forma impulsiva porque estaba grabando.

—No me lo puedo creer. Júlia era una superfan de Marvel y de los superhéroes. No se perdía una película. Creo que grabó porque se sintió un

poco protagonista. Su momento de ser importante. Ser la heroína de la historia. Pero le salió mal, desde luego.

—Puede que hubiera visto antes a los atracadores, ¿me entiende? Solo tenemos hipótesis, creemos que el asesino reaccionó porque lo estaba grabando, pero cabe la posibilidad de que ese hombre se cruzara con ella antes, otro día, mientras estaba siguiendo el furgón blindado, ¿me explico?

El hombre arrugó el ceño. Esa teoría no le entraba en la cabeza, no tenía el cerebro para entenderlo.

—No entiendo por qué, pero no sé cuándo ella iba al centro comercial. No me informaba. Júlia era bastante anárquica, hacía lo que quería cuando le apetecía sin decir nada a nadie.

—A lo mejor podemos buscar en el móvil para triangular sus movimientos —susurró Karla al oído de Álex, y este asintió.

—No queremos molestar más. Gracias por atendernos y volvemos a darle el pésame —dijo Álex, y se levantaron.

El hombre asintió y los dos policías salieron, dejando el espacio a una peregrinación de parientes que recién empezaba.

Bajaron y regresaron al coche. La siguiente etapa era la central de PortaSegur, donde Álex y Karla esperaban encontrar alguna respuesta más.

10

Encontrar la Ronda Litoral despejada era siempre una alegría.

Pasaron por el puerto y Karla le sonrió a Álex.

—Sí, me acuerdo de nuestro crucero. Que sí —dijo Álex con tono divertido —. Cada vez que pasamos por aquí me lo dices.

—Lo sé, pero es que fue bonito. ¿Te molesta que te lo recuerde?

—No, Karla. Me encanta —dijo con tono complacido.

—Deberíamos repetirlo.

—Sí, claro. Con la suerte que tenemos, nos encontraríamos involucrados en un asesinato en el crucero y nos cargarían las vacaciones.

Karla sonrió.

—Sí, como esa vez con Gildo, ¿recuerdas? Que encontró el cadáver en el horno.

—Imposible de olvidar.

Los dos se quedaron en silencio un par de minutos.

—Por cierto, ¿te acuerdas que luego…? —preguntó Karla.

—Sí, cuando salgamos del centro, nos vamos directos, para que no nos pase como la última vez, que encontramos tráfico y perdimos la cita.

Ella sonrió y se recolocó sobre los viejos asientos de piel.

No volvieron a hablar durante el resto del trayecto hasta la salida de Bellvitge.

Pasaron por delante de las instalaciones centrales de los supermercados Caprabo y el viejo Mazda entró en la calle que marcaba el GPS.

No hacía falta ver el enorme edificio con una pared amarilla para entender que allí se encontraba la central de la empresa y, conforme se iban acercando, los coches con la rotulación de PortaSegur aparecían por los lados.

Encontraron un lugar donde aparcar y se presentaron en la caseta del acceso.

Tuvieron que sacar la placa, el DNI y les hicieron una foto. Imprimieron una tarjeta con sus caras y sus nombres. Se la colgaron al cuello y un hombre salió a recibirlos.

Cruzaron las instalaciones hasta una sala de espera y, después de media hora, apareció una señora elegante. Falda ceñida y americana gris con un tejido de Príncipe de Gales y una camisa amarilla. Para Karla, esa camisa llevaba un botón desabrochado de más. El escote era demasiado generoso. La mujer de unos cincuenta años, rígida y con tacones, lucía un bronceado envidiable a pesar de la época del año.

—Buenos días —saludó, y les apretó la mano a los dos con firmeza—. Núria Figueres, directora de zona. Lamento haberles hecho esperar, pero he estado en una reunión operativa y antes he tenido la visita de un compañero suyo. Pensaba que les informaría él de todo lo que hemos hablado —comentó con un ligero tono molesto.

Álex levantó una ceja.

—¿Compañero? No entiendo, ¿me puede decir el nombre?

Ella lo pensó un segundo.

—Sargento Antoni Puigverd —contestó ella con una cierta sorpresa—. Es quien lleva el caso, ¿verdad? —preguntó, dando por sentado que el caso era el de los furgones asaltados.

—Quienes llevamos la investigación somos la cabo Ramírez y yo. Puigverd nos da soporte. Ayer, el jefe de los Mossos d'Esquadra, el mayor Aragonés, nos confirió el caso.

Lo que le dijo el sargento Cortés no le gustó y le resultó decepcionante, pero consiguió disimularlo.

—Me disculpo por el malentendido, señora Figueres, pero necesitamos hablar con usted y saber qué ha pasado y cómo están respondiendo.

Ella asintió y les indicó que la siguieran a su despacho.

Cruzaron varios pasillos donde muchas personas en un laberinto de escritorios se centraban en responder al teléfono y en trabajar en ordenadores.

El despacho de la directora tenía unas ventanas luminosas que daban a la calle principal. Estaba decorado de forma moderna con colores muy claros

salpicados de unos toques de amarillo, el color corporativo de la marca. Un cojín, unas sillas, unos cuadros, bolígrafos.

Ella se sentó en un sofá en una parte del despacho. Karla lo hizo en una butaca al lado mientras Álex se asomaba a la ventana. Señaló el portón verde que cerraba el recinto de la instalación.

—¿Por esa puerta salen todos los furgones de la empresa?

La mujer sonrió y cruzó las piernas.

—Creo que están un poco confundidos. Esta sede es de oficinas y del personal administrativo, comerciales e instaladores de las alarmas. Los blindados están en otra nave, no es pública su ubicación y es totalmente privada, no hubieran podido acceder. Ni siquiera siendo policías.

—¿Tanta protección y les han robado tres furgones? —preguntó Álex.

Ella sonrió con amargura.

—Uno es probable. En nuestros costes anuales, es lo que tenemos en los balances. Tres es un evento extraordinario.

—Me lo imagino, pero esos hombres seguirán. ¿Qué medidas han tomado?

La directora, que tenía una mirada afilada y algo vengativa, siguió observando al sargento hasta que se sentó al lado de Karla.

—No volverá a suceder. Ahora hemos adoptado normas de choque. Cada furgón blindado va acompañado por otro que hace de centinela. Llevan más personal y armas a la altura de la situación. Si vuelve a pasar, nos ocuparemos nosotros mismos —dijo, jactándose de sus medidas de seguridad—. Somos una empresa de seguridad internacional. Un comando del tres al cuarto no nos volverá a hacer esto. Como si tengo que ir personalmente con una bazuca.

Álex, que la estudiaba desde que apareció en la sala de espera, había entendido cómo esa mujer de armas tomar, nunca mejor dicho, se sentía superior a todos los demás, no demostraba más de lo que consideraba oportuno. Por su cargo, era posible que la situación la hubiera llevado a ser el hazmerreír de la empresa. Viendo cómo era, anhelaría seguir trepando y ese percance en su carrera podría ser un inconveniente terrible.

—Han perdido a cuatro de sus guardias, ¿no están de luto? —preguntó Karla.

—Mucho —mintió—. Pero la vida sigue y nuestros clientes no tienen por qué verse afectados por esto.

—Diez millones de euros son una suma importante. ¿Siempre llevan tanto dinero sus furgones? —preguntó Álex.

La directora tragó saliva.

—No. Esos camiones llevaban jubilaciones, cajas de clientes importantes. En fin, cargas relevantes.

—Y con su experiencia e información, ¿cómo sabían esos criminales qué furgón atacar?

Núria Figueres se quedó unos segundos en silencio. No supieron si era un silencio de evaluación, si decir la verdad o no, o cómo mentir sobre lo que iba a decir.

—Mi equipo y yo suponemos que los siguieron. Llevaban mucho tiempo siguiéndolos y supieron cuándo atacar y en el momento más idóneo.

—Ya…, pero me pregunto, con una situación así, ¿no han pensado que puede haber un topo en su empresa?

La pregunta la molestó y se sintió casi ofendida, descruzó las piernas y las cruzó del lado contrario, en la dirección opuesta a Álex. Eso, en el lenguaje no verbal, significa que se estaba cerrando a la pregunta del sargento. No quería responder.

—En nuestra empresa, no hay ningún topo. ¡Se lo aseguro! Todos los altos cargos y el resto del personal se someten a controles y rígidas normas de seguridad. ¡Imposible! —enfatizó con tono firme—. Aun así, el protocolo de la empresa marca unas normas de evaluación y de investigación de nuestros empleados, que estamos llevando a cabo. Si lo hubiera, cosa que no creo, se lo haremos saber.

Álex se levantó y le acercó una tarjeta suya con su número de teléfono.

—Si lo encuentra, seremos discretos, pero ya nos ocuparemos nosotros. Me entiende, ¿verdad?

Ella cogió la tarjeta y se la guardó en un bolsillo de la americana.

—Otra cosa. Que sepa que el cuerpo de los Mossos d'Esquadra está dispuesto a incorporar a un agente de los GEI en cada furgón si hiciera falta.

Ella negó.

—Mire, yo creo que, con diez millones de euros, se han comprado un barco en alguna parte y se lo llevarán a algún país tropical a vivir la vida. Nosotros cobraremos el seguro, ya no habrá más altercados y esto se acabará.

—Yo no estaría tan seguro, señora Figueres.

—Yo sí, ¿algo más?

Álex tenía muchas más preguntas e ideas. Como la de tener un helicóptero disponible solo para cuando hubiera otro atraco que siguiera los furgones. Quería saber las rutas, pero se quedó solo con una pregunta más.

—Han sucedido tres atracos con dos semanas de diferencia, cada lunes. ¿Encuentra un patrón ahí? ¿Cree que el próximo lunes habrá otro atraco? ¿Qué ruta o qué furgón llevará más dinero el próximo lunes?

—Mire, esto de cuándo serán los próximos atracos es una quiniela… —contestó la directora.

—No, directora, lo que pregunta el sargento no es una quiniela. Llevamos un periodo complicado como sociedad, hace seis lunes murió el papa. Hace cinco, hubo un apagón general en toda España y Portugal. El siguiente, los trenes de toda España se detuvieron por un robo de cobre. Los siguientes tres lunes, el atraco de un furgón rocambolesco de película con paramilitares. ¿Y el lunes que viene qué?

—Esto se ha acabado. Se lo aseguro. Ni tenemos topos ni tenemos mala suerte. Ayer fue el último —afirmó, se levantó, miró el reloj y sentenció la reunión—. Hemos acabado. Tengo que marcharme.

Álex se levantó.

—Una pregunta más, directora. Puede que tengan algún exempleado cabreado o que fuera despedido por ser violento o algo por el estilo. Saben muchas cosas y actúan como paramilitares. Saben dónde y cómo atacar. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí, entiendo, pero nada de todo esto ha ocurrido. Ahora, si me disculpan —dijo, indicando la puerta para que los policías se fueran.

Los dos *mossos* se miraron a la cara y Álex dejó que Karla pasara primero.

La directora no los acompañó a la puerta, solo fue a sentarse en su escritorio.

El mismo chico de la entrada los llevó de vuelta a la salida. En cada pasillo, había una puerta por la que tenían que pasar la tarjeta magnética para avanzar. Una vez fuera y devuelto el pase, ya en la calle, Álex se atrevió a hablar.

—¿Qué te ha parecido?

—Engreída, arrogante, falsa y mentirosa.

Álex levantó una ceja y la miró de reojo.

—¿Nada más?

—¿No te parece bastante?

Álex dio la vuelta al Mazda, que no tenía cierre centralizado. Abrió la puerta a la compañera. Esperó que entrase y la cerró cuando ella ya estaba sentada.

—Me da lástima vender este coche —dijo ella.

—¿Quieres que lo venda y ahora me vienes con estas?

—Bueno, en un coche normal se abrirían las puertas con el mando y esto seguro que lo dejarías de hacer.

—Nunca dejaré de abrirte la puerta… —afirmó Álex en tono teatrero.

Ella rio y le dio un beso.

—Vamos o llegaremos tarde esta vez también.

Álex arrancó el descapotable y se fueron directos al centro de Barcelona. La lluvia tan anunciada comenzó a caer, como una premonición de lo que estaban a punto de saber.

Dejaron el coche en un aparcamiento subterráneo de un centro comercial y caminaron hasta el edificio de estructura moderna y muy cuidada. Cuando estuvieron sentados delante de la persona con la que tenían la reunión, después de rutinarias preguntas sobre el tiempo y cómo estaban Álex y Karla, soltó la noticia.

—Karla, hemos hecho todos los exámenes pertinentes y tengo una mala noticia para ti —dijo el médico—. Nuestros informes dicen que, después del segundo aborto que has tenido, no podrás tener hijos. Lo siento.

11

Se creó el silencio en la estancia.

Álex arrugó el ceño y bajó la cabeza por un instante. Luego, se dio cuenta de que la peor parte se la había llevado ella. La noticia fue un tren de mercancías que arrolló a Karla.

Intentó contener la primera lágrima, pero solo lo consiguió por unos instantes.

Se acercó las manos al rostro y se dejó llevar.

La tristeza se difundió más rápido que el ambientador de la sala del médico con aroma a flores. Como pareja, tenían muchas esperanzas en esa clínica de fertilidad para que les hicieran un estudio. Karla era persona de riesgo, ya lo sabía, y después de lo que había pasado quería tener un hijo con la única persona que siempre lo había deseado. Pero la naturaleza dijo que no, que ya no era posible. Ese era el veredicto que tenían en la mesa. La peor de las noticias para dos jóvenes enamorados: enfrentarse a un destino mezquino. Una bifurcación tremenda que podía tambalear los cimientos de las relaciones más fuertes.

Álex se aproximó a Karla, reduciendo la distancia entre las dos sillas. La abrazó y se la acercó a su pecho. Ella se dejó arropar.

El llanto no daba tregua. El médico estaba acostumbrado a esas situaciones, así que se levantó y les dejó unos minutos de intimidad.

—No puede ser, Álex, tiene que ser una pesadilla —dijo entre sollozos.

Él se sintió sobrepasado por la situación. No podía ser, no tenía sentido. ¿Por qué ellos?

Álex sintió el mismo dolor que probó cuando Clara, la novia de Néstor, le disparó.

Habría preferido recibir otro balazo antes de que Karla pasara por esa situación. Hubiese sido más fácil, más arriesgado, pero habría tenido más soluciones.

El dolor se transformó en odio contra todo y contra todos.

¿Por qué Karla?

Ella no había hecho nada.

Quería destrozarlo todo. Habría gritado si hubiese servido de algo. Habría pactado con el diablo para hacer que Karla fuera madre y él, padre.

Álex jadeaba. Respiró hondo e intentó volver a centrarse.

Tenía que dejar de lado su enfado, su ira, sus ganas de romperlo todo, y ayudar a la persona que quería.

—Karla… —dijo, y se tomó un instante para seguir—. Lo siento, seguiremos probando. Iremos a otro médico, a lo mejor con la medicina natural, no sé cómo se llama, homeo… algo. A lo mejor lo conseguiremos por ahí. Nada está perdido, ¿me oyes? —la animó mientras ella seguía llorando con las manos tapándole la cara.

Entonces él le giró el rostro y le separó las manos.

Tenía los ojos rojos y las lágrimas seguían bajando. Cogió un pañuelo que había en la mesa y las secó.

No tenía ni idea de lo que tenía que decir.

Le habría gustado saberlo, saber lo que necesitaba oír, saber lo que estaba pensando.

—Estoy a tu lado, pase lo que pase —dijo él para tranquilizarla.

No sirvió para mucho, ya que ella siguió con los ojos cerrados y apoyó la frente en su hombro.

Cuando el médico entró de nuevo, ellos ya estaban más recompuestos.

Al final, no era culpa de ese hombre que Karla no pudiera tener hijos, solo había comunicado la noticia.

El médico se sentó y alargó una tarjeta de visita a Álex.

—Me han hablado muy bien de este médico. Pueden acudir allí para tener una segunda opinión. No es barato, pero es una eminencia —dijo el hombre.

Álex cogió la tarjeta de visita y, sin mirarla, la guardó. Lo que quería ahora era irse de esa cara y exclusiva clínica en el centro de Barcelona, irse muy lejos.

Le hubiera gustado haber ido en moto e irse a toda velocidad. No sabía dónde, pero tan lejos que los problemas no los siguieran.

Pero, en cambio, salieron de la clínica y se metieron en el aparcamiento. Se mojaron casi sin darse cuenta, la lluvia era el último y el menor problema que tenían.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó él.

—¿Qué quieres que haga en casa, que me coma las uñas? Me voy a deprimir allí —espetó con un tono muy enfadado.

—De acuerdo, amor. Vamos a comer algo y luego iremos a la comisaría.

Álex la llevó a un restaurante en el Eixample, donde ofrecían un menú muy bueno para trabajadores. Karla se fue al lavabo a secarse el pelo con el secador de aire para las manos y se recompuso.

No hay sales de frutas para tales noticias. Solo el tiempo diluye la tristeza.

Hablaron poco y comieron rápido, como una pareja que lleva muchas décadas juntos y no saben qué más decirse.

Mientras estaban sentados esperando los platos, consiguió el número de Antoni Puigverd, el sargento del Àrea Central de Robatoris Violent. Luego, le envió un mensaje para que no se atreviera a volver a hacer una entrevista sin hablarlo antes con él. Eso de ir a interrogar a personas involucradas ya no era de su competencia, solo podía hacerlo él.

Si Álex no hubiera tenido la pésima noticia del médico, no habría sido tan contundente. Pero ya estaba hecho, ya lo había enviado y la única respuesta que obtuvo del sargento fue su indiferencia.

Eso no le gustó, es más, lo encendió como una bengala.

Cuando regresaron a la comisaría, el equipo estaba esperándolos en la sala de *briefing*.

Iván, Víctor, Alan y Laura.

En cuanto entraron, en la sala se creó un ambiente extraño, propio de una pareja que se ha peleado.

Ellos no podían saber qué les había pasado, pero se imaginaban que era algo personal.

—Muy bien, chicos, ¿qué tenemos? —preguntó Álex como si nada.

Y mientras miraba a los compañeros y ver que nadie decía nada, eligió lo que más le podía ayudar en esa situación.

—Que empiecen Víctor e Iván. ¿Qué habéis descubierto?

Estos dos se miraron a la cara e Iván se aclaró la voz.

—Hemos estudiado los casos anteriores y vemos unas ciertas similitudes, jefe.

—¿De qué hablas, Iván?

—Hablo de patrones, de métodos, de cómo reaccionan y qué buscan. Cuanto más los estudiamos, más los conocemos y, por lo tanto, más probabilidades de anticiparnos.

Álex asintió con una pizca de orgullo de tener a ese equipo que trabajaba con él. Pocos pero muy buenos y selectos en varias disciplinas.

—Venga, dime, ¿qué habéis descubierto?

12

—Polígono industrial de la Zona Franca. Lunes por la mañana. El furgón de PortaSegur recoge toda la recaudación del fin de semana y se dirige hacia su última parada. Cuando está por salir de la Zona Franca, un tráiler entra por la derecha y le cierra el paso cerca del aeropuerto. El furgón no puede seguir. Los guardias accionan la alarma y, cuando meten marcha atrás, se encuentran con una autocaravana que les impide el paso. Baja el comando del Cazador, revienta las ruedas y prende fuego a la cabina. En pocos instantes, salen los agentes por falta de aire —explicó Iván—. Álex, un comando militar o un grupo de los GEI no lo haría tan rápido. Lo hemos estudiado y hemos visto las imágenes con Alan.

El informático forense miró a Álex y asintió.

—Impresionante, Álex. De película de *Misión Imposible* —confirmó el friki.

—Sigue —añadió Álex a Iván.

—Luego, aparece un todoterreno de gran cilindrada. Los agentes dan las llaves y entonces los matan.

Álex lo interrumpió.

—¿Fue el Cazador?

—Exacto. A uno lo mató el Cazador, se ve perfectamente la escopeta recortada. Sin miramientos, ¡bum! —gritó Iván—. En fin, lo cargan todo y se escapan por la salida menos concurrida, la del *carrer* Transversal, donde está Mercabarna.

—Pero date cuenta de que todo esto que te está contando Iván sucede en menos de un par de minutos, es decir, fulminante —advirtió Alan.

—Sigue —indicó Álex con un gesto de la mano mientras un ojo lo tenía puesto en Karla, que estaba físicamente en la reunión, pero no con la mente.

—Bien. Patrones: violencia, rapidez, vehículos robados, furgón de PortaSegur y dos muertes.

Álex se quedó en silencio unos instantes, reflexivo.

—¿Cuántos tíos eran?

—Seis —respondió Iván.

Álex asintió y se giró hacia Laura.

—¿Todos coches robados?

—Sí. El todoterreno era de un empresario de Sant Cugat, la autocaravana estaba estacionada en un aparcamiento de la Costa Brava, de unos turistas franceses.

—Me temo que los turistas franceses no volverán a España.

El equipo rio por lo bajo, no tanto por los pobres turistas, sino por el chiste del jefe.

—¿Y el camión?

—Robado en Badalona.

—¿Huellas, objetos, materia orgánica del comando del Cazador?

Iván cogió el informe y buscó la página.

—Todos los vehículos fueron vaporizados con lejía, por dentro y por fuera, y abandonados.

—Malditos cerdos. La lejía lo destruye todo. Limpiaron todo tipo de traza que pudieran dejar.

—Encontraron un vaporizador de jardinería como los que se usan en los viveros cargado de lejía con aroma a limón.

—¿A limón? —preguntó Álex, arrugando la frente.

Iván dudó, buscó el texto y lo leyó.

—En la pericial está claro: lejía aromatizada con limón.

Álex se giró hacia la compañera.

—Karla, no tengo ni idea de lejías, ¿crees que podríamos trazar la procedencia de una lejía? ¿Hay varias empresas que producen este tipo de producto químico?

Karla negó.

—Callejón sin salida, Álex.

Él lo sabía, pero se lo preguntó solo para volver a conectarla con el caso.

—Entiendo. ¿Y el todoterreno?

—Desaparecido —contestó Iván.

—¿En serio?

—Sí, lo habrán destruido o quemado.

—¿No podemos seguirlo? Cámaras de la DGT, lo hemos hecho otras veces. Necesitamos saber dónde van, hacia dónde se dirigen estos hijos de perra. En qué dirección tienen la guarida.

—Lo estamos averiguando —dijo Laura con una mirada de complicidad con Alan.

—Bien. Es prioridad máxima saber eso. ¿Y el segundo atraco, dónde fue?

Iván cerró una carpeta y abrió la otra.

—El segundo fue en pleno centro de Barcelona. Se puede pensar que les gustan los lugares aislados para atacar a una furgo blindada, pero no. Estos tíos tienen todo el morro del mundo para hacer lo que quieren a plena luz del sol y en pleno centro. El segundo se realizó en Passeig Sant Joan con Travessera de Gràcia.

Los ojos de Álex se abrieron de par en par.

La información no solo lo dejó sin aliento, sino que también lo dejó perplejo y preocupado a partes iguales. En el centro de Barcelona. Se habían atrevido a golpear en pleno meollo de la ciudad.

¿Cómo podía ser?

La teoría de que se sentían invencibles cobraba más fuerza por momentos.

Y la segunda consideración era la siguiente: a pesar de haberlos grabado con muchas cámaras y rastreado, ¿cómo podía ser que no los persiguieran, los detectaran y capturaran? Era inconcebible.

El Cazador era más inteligente de lo que pensaba. Era hábil en elegir a sus presas y en cómo atacarlas.

Entonces mencionó a su equipo las mismas preguntas que se había hecho.

—¿Suerte? —preguntó Víctor siendo el primero en responder.

—No, este tío es feroz, hábil, inteligente. Destaca en la preparación, en la habilidad, en la táctica, en el estudio de la misión. No es el factor suerte.

—Me he hecho las mismas preguntas, jefe —dijo Iván—. ¿Y si tuviera acceso a nuestras radios y supiera dónde estamos y lo que hacemos?

—Buena idea, Iván, pero debería pinchar nuestra radio, que no es como cuando el canal estaba en abierto y todos podían escucharlo. Pero también la

de la Guardia Urbana, la Civil y la Nacional. Es muy complejo, ¿no te parece?

Iván asintió y los demás bajaron la vista.

—Alan, ¿alguna idea?

—Puede que hayan estudiado las patrullas y las rutas que hacen. Se saben los patrones y saben cuándo pueden tener vía libre para poder atacar el furgón —añadió el informático forense.

Álex asintió, pero no le confesó que tampoco eso lo acababa de convencer.

—En fin, Iván, ¿qué pasó en Passeig Sant Joan con Travessera de Gràcia?

Iván bajó la vista a sus papeles.

—El furgón llevaba unos cuatro millones que estaba repartiendo y cambio para varias entidades bancarias. Recién había salido de una entrega en Travessera y giraba por Passeig San Joan cuando un camión de mudanzas se quedó en medio con unas cajas tiradas por el suelo. El furgón de PortaSegur se acercó y por detrás apareció otro camión. Así que se quedó atascado. El procedimiento fue el mismo. Lo abrieron y se llevaron el contenido en un coche berlina robado de gran cilindrada y desaparecieron por el tráfico.

Álex se dio una vuelta por la estancia. Buscaba algo y no sabía encontrarlo, se sintió como un animal enjaulado.

13

—Iván, necesitamos un mapa de la ciudad, grande. Y de la provincia. Que ocupe una pared —pidió, indicando el tamaño con sus brazos estirados y el lugar donde lo quería—. Tenemos que averiguar si hay patrones de fuga. Necesitamos saber cómo narices se escapan. Cómo demonios se esfuman sin que nade los encuentre. ¿Entendido?

Iván y Víctor asintieron.

—Estamos trabajando con las cámaras e intentando hacer el trayecto de la huida e incluso de la llegada de los coches —dijo Alan, mirando a Laura con una pizca de complicidad.

—Más cosas —dijo Álex, cortando la mirada de los dos—. ¿Habéis identificado de dónde provenían los vehículos?

Laura buscó en sus papeles.

—El camión de mudanzas, de Girona; una empresa de la capital que había denunciado el robo pocos días antes. El camión de detrás era de una empresa de reparto de cerveza de Castelldefels. Y, por último el coche, un Mercedes negro, de una señora de Vic.

Álex afinó la mirada.

—Todos bien esparcidos. No roban el vehículo en Barcelona para dar el golpe aquí, lo roban lejos para que quien lo busque no sea de Barcelona.

—Esto nos indica —siguió Iván— que son muy hábiles en el robo de coches y vehículos. No es moco de pavo.

—Cierto. Tendrán a alguien especializado en esto. Quizá el mismo que tiene habilidades de conducción. Tenemos que buscar un perfil con estas características. Hay que mirar todos los antecedentes de gente con estas habilidades en nuestros registros, dónde están, si han salido de la cárcel recientemente, lo que sea.

Karla levantó la mano para hacerse cargo de eso.

Álex sonrió, alegrándose de que esa tarea la hubiera cogido ella misma, ya que eso la mantendría distraída de la mala noticia que habían recibido pocas horas antes.

—Habladme de las víctimas.

—Los dos agentes de PortaSegur y un transeúnte.

—¿Cómo? ¡No sabía nada!

—Un chico que pasaba por allí grabó con el móvil y le dispararon. Pero no ha muerto, se ha salvado.

—Otra vez. Esto es claramente un patrón.

—Desde luego.

—¿Cómo está el chico? —preguntó Karla.

—Recuperándose.

—¿Tenemos la grabación?

—Está disponible en una red social. El problema es que alarmó a la opinión pública y comenzaron a hablar los periódicos con más insistencia, por la ubicación, por el hecho y por la brutalidad de los asaltantes.

—A Júlia Gil no le fue tan bien. Me pregunto por qué la gente tiene la manía de grabar con el móvil y no de huir o llamar a las autoridades —comentó Álex, algo indignado, y siguió con un tono más reflexivo—. Siempre me acordaré del atentado en las Ramblas. Cuando la furgoneta atropelló a todas esas personas. Por WhatsApp, compartieron vídeos de gente que había grabado los cuerpos tirados en el suelo gritando y gimiendo. Pobres personas con miembros amputados y otros que no se movían. Siempre me pregunté cómo podía ser que la gente, en lugar de ayudar, hiciera yincanas entre los cuerpos, grabando con todo detalle esa tragedia humana. A este chico le pasó igual.

—La señora Gil hizo lo mismo, pero supongo que por ayudar —indicó Karla.

—Quizá haya que dar un comunicado a los medios diciendo lo que está pasando y advirtiendo de la ferocidad de los asaltantes.

—Si lo hacemos, Álex, estaremos demostrando que vendrán más y que no lo tenemos controlado —añadió Karla—. Tenemos que sopesarlo muy bien y hablarlo con Ferrer.

Álex se quedó callado, pensativo. Karla tenía razón, había que medir muy bien las palabras. Un tema así se tenía que meditar y no lanzarlo a pecho descubierto a la prensa.

De repente, se sintió defraudado, como un agente recién llegado a la comisaría y sin experiencia.

—Maldita sea, no tenemos nada. ¿Qué hemos encontrado? —espetó Álex—. Nada. Tenemos que seguir buscando en las cámaras, rastrear, buscar en las denuncias de robo que hay ahora para adelantarnos a ellos. Estamos yendo a remolque.

Dicho eso, Álex se separó del escritorio de la sala.

—Volved al trabajo. Cualquier novedad, día o noche, me llamáis. En caso contrario, mañana por la mañana, de nuevo *briefing* para ver cómo evoluciona esto. Tenemos que encontrar al Cazador. Seguro que quiere más dinero —aseguró.

Y entonces cayó en lo que había dicho: dinero.

Recordó la frase.

«Hoy, dinero; mañana, caos».

Era un cable suelto. Ese mensaje tenía más miga y simbolismo del que le estaban dando.

Se sentó en su escritorio y Karla, detrás de él, se sentó en el suyo.

Esperó unos segundos y levantó el teléfono. Marcó el número interno y esperó a que respondiera.

—Agente Bosch —respondieron al otro lado.

—Jordi, soy Álex.

—Dime, Álex.

—Tengo una urgencia.

—¿En qué puedo ayudarte?

—¿Conoces el caso de los atracos a los furgones? Pues lo llevamos desde aquí. Quiero solicitar al Área de Cooperación Internacional que activen a la Interpol. Saber si en sus archivos hay un tipo que ya haya atracado con fuego en otras ciudades.

—¿Quieres que solicite ficha roja para personas buscadas o la azul solo para información?

—Quiero todo: roja, azul y el historial completo. Si ha movido armas, bancos o cadáveres por Europa, y saberlo antes de que vuelva a disparar.

Del otro lado se escuchaba como un lápiz surcaba el papel mientras apuntaba los detalles.

—Muy bien. ¿Cómo se llama ese criminal?

—Ahí está el problema, Jordi, no sé cómo se llama. Solo sé que tiene los ojos azules, lleva una recortada calibre 12, actúa como un militar o paramilitar y trabaja en grupo, como si tuviera un comando. Seguro que ha operado en alguna otra parte de Europa.

El agente paró de escribir y bufó.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Hay que intentarlo, Jordi.

—Bueno…, lo miro y te digo algo.

—Te paso una foto de él…

—Bueno, algo es algo, ¿por qué no me lo has dicho antes?

—Es que lleva un pasamontañas.

Jordi bufó de nuevo.

—En fin, mándamela, a ver qué puedo hacer.

Álex se la mandó por *mail* y preguntó a Karla si le apetecía un café del Sirena. Ella dijo que una tila.

Así que fue a buscarle la tila y aprovechó para tomar aire fresco.

Cruzó Travessera y entró en el local.

Estaba distraído, metido en sus problemas.

Cazador.

Escopeta calibre 12.

Ojos de hielo.

Hoy, dinero; mañana, caos.

Lo último no tenía sentido. Pensó que podía preguntárselo a su hermana. Siempre lo ayudaba con sus cosas. A pesar de estar metida en su gira de promoción del libro que había escrito sobre el Rey y el Príncipe del Foro, el caso del cadáver en la *suite* del hotel Rex, necesitaba verla.

Le habría enviado un mensaje en cuanto se hubiera sentado de nuevo en su mesa.

Pero, después de haber pedido la tila para Karla, en un reflejo de la cafetería, vio una figura que reconoció al instante.

Un misterio, una intuición, algo inexplicable.

No tenía bastante con todo lo que soportaba en sus hombros que se añadió eso también.

Se dio la vuelta de golpe.

En la tele, en el informativo, aparecía la noticia económica de la semana: Global Next salía a bolsa y su presidente hacía sonar la campana. Pero eso no fue lo que le llamó la atención a Álex, sino la persona que estaba al lado y aparecía en las imágenes mientras el presidente daba un discurso. No se escuchaban las palabras del director general, ya que la periodista estaba explicando la noticia. Pero no había margen de error, era él, el hombre que se había cruzado en la gala benéfica organizada por el expresidente del Barça.

Tenía sus ojos a pesar de que se llamaba Napoleón.

Por fin lo había encontrado.

14

Se quedó de piedra viendo a ese hombre en la televisión.

Los otros clientes de la cafetería lo sorteaban mientras lo miraban mal, incluso uno le dijo alguna palabra fuera de tono. Pero Álex no se inmutó, estaba absorto.

La escena, la típica cuando una sociedad salía a bolsa, lo había dejado atónito por la figura de ese hombre.

Napoleón no era Napoleón.

Aunque pareciera una paradoja, no lo era.

Para él, no lo era.

En absoluto.

Ese hombre tenía los ojos del diablo. Los conocía bien. Se le había escapado de las manos como se te escapa una anguila entre el barro.

Pero lo había encontrado otra vez.

—Perdone, ¿me deja pagar? Tengo que pagar con tarjeta —dijo una señora con un tono molesto.

Álex regresó a la cafetería.

Se apartó por inercia, como un acto reflejo. Cogió los dos vasos y se fue a una mesa.

Cuando la noticia fue sucedida por otra, despegó los ojos del monitor y buscó la empresa en el móvil

El buscador mostró la empresa, Global Next S. A., y Napoleón Deulofeu.

Un río de información sobre esas dos búsquedas.

¿Cómo podía ser?

¿Qué estaba fallando?

No tenía ningún sentido. Parecía una persona normal, pero estaba seguro de lo que había visto, de lo que había sentido al ver esos ojos, ese hombre. El

diablo, pensó.

El diablo se puede esconder detrás de una máscara, pero siempre es el diablo.

Uno lo siente.

Uno lo reconoce.

Y él lo había encontrado esa noche, en la gala. Otra vez en su camino.

Pero el buscador de su móvil no le daba la razón.

¿Cómo podía ser?

Entonces pensó una sola cosa, una fulgurante y tremenda concienciación de sí mismo.

¿Se estaba volviendo loco?

No podía ser. ¿Tanto se había calado Néstor Luna en su ser, en su alma, en su subconsciente, que no podía dejarlo? ¿Tanto que no podía desligarse?

Sintió que esa sensación era similar a lo que pasa con una ex. Cuando se consume un acto sexual con otra persona, se crea un vínculo. Se crea una conexión invisible que no se rompe jamás. Siempre queda ahí. Y se enciende cuando los dos se unen otra vez. Una conexión que jamás se pierde.

Eso es lo que sintió con Néstor y con esos ojos que lo crucificaron esa noche.

Tenía que seguir con su vida, no podía permitirse el lujo de perderse en teorías conspiranoicas como esa.

No, no podía.

Pero, a pesar de lo que le decía la razón, sintió como una piedra más se acumulaba en la mochila.

La respuesta del médico con la imposibilidad de tener un hijo.

La búsqueda del Cazador, como pollos sin cabeza, sin trazas, sin detalles. Buscaban un fantasma con una escopeta del calibre 12.

Y, por último, ahora tenía un tercer ruido mental, una tercera preocupación, Napoleón Deulofeu, se había materializado en su vida.

Fue a levantarse cuando el móvil vibró.

Era Jordi Bosch, del Área de Cooperación Internacional. Tenía la respuesta de la Interpol.

Agarró los vasos y regresó al despacho.

—¡Está frío! —se quejó Karla, sorprendida—. Ya sabes que me gusta caliente. ¿Por qué has tardado tanto?

Álex arrugó el ceño y miró el reloj. Había pasado casi media hora en la cafetería desde que había puesto un pie en ella. Lo que había visto en la pantalla lo trastornó e hizo que perdiera la noción del tiempo.

—Lo siento, Karla. ¿Quieres que te lo caliente en el microondas?

Ella hizo un gesto con la mano, como diciendo que lo dejara estar.

Álex, sin añadir nada al desastre, subió al despacho de Jordi Bosch.

—¿Novedades?

—Los compañeros de Madrid, que hacen de puente con la Interpol, nos han contestado —dijo Jordi mientras se crujía los nudillos.

Ese gesto, y el consecuente ruido, Álex no lo soportaba. Le producía grima, como si mordiera una servilleta de papel o si alguien con las uñas rascara una pizarra de las que se escriben con tiza.

—¿Qué dicen? —preguntó para que dejara de hacer eso con las manos.

—Que tienen pocos datos para confeccionar el perfil —dijo mientras le hablaba por encima de la pantalla.

Jordi era un hombre con el pelo corto, muy corto, casi cortado a un centímetro. Camisa remangada en invierno y verano y unos bíceps trabajados que resaltaban con una talla de camisa menos.

Álex le tenía envidia. Hacía meses tenían la misma dimensión sus músculos que los de Jordi. Luego, su vida cambió y se mudó a la casa de Collserola y el gimnasio se fue alejando de sus rutinas. Ya no pasaba tanto tiempo entre pesas, solo salía a correr. Le iba muy bien, pero eso no hacía que mantuviera sus músculos como antes, como los tenía Jordi.

—¿Nada más?

—Me han dicho también que solo los italianos coinciden con el historial que has mencionado. Tienen cuatro personas que pueden responder a ese perfil con los ojos tan claros.

A Álex se le encendió de nuevo la esperanza.

—Y, entonces, ¿tienes los nombres?

—Sí. Salvatore Mancuso, Filippo Carbone, Domenico Spatola, Rocco Ferraro.

—¡Excelente noticia! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Jordi hizo una mueca que no le gustó.

—Verás, Salvatore Mancuso está en una prisión de máxima seguridad en Nápoles. A Filippo Carbone lo mataron hace unas semanas. Domenico Spatola está en su ciudad natal de Caserta y Rocco Ferraro está en un centro de desintoxicación por consumo de cocaína.

Álex cambió de expresión, apareció en su rostro una decepción profunda.

—¿Y entonces?

—Nada. Con una foto con pasamontañas, no pueden ayudarnos más.

—Pero… —gritó Álex—. Si tuviera una foto entera, ¿crees que no se la hubiera enviado? ¿Pero son imbéciles estos de Madrid? ¡No la tenemos!

—Lo sé, Álex, no te enfades. Ellos dicen que, cuando la tengamos, se la enviemos.

Álex se mordió un labio y salió del despacho. Se detuvo fuera y volvió a entrar.

—Jordi, gracias por todo —dijo Álex finalmente, y se marchó del despacho del agente.

La Interpol resultó ser un callejón sin salida. Se dio cuenta de que bailaba en una jungla de pistas vacías y estériles que solo le producían dolor de cabeza y desorientación.

Llevaban en el caso pocas horas y solo tenían en la mano un puñado de moscas. No podía continuar de esa manera. No podía ser que fueran tan y tan buenos esos tíos como para no dejar ni rastro ni huellas ni testigos.

Cuando llevaba media escalera para regresar a su despacho, se encontró a Laura. Su rostro anticipó sus palabras. De repente, en el corazón de Álex se encendió una pequeña llama de esperanza.

—Hemos encontrado el Mercedes del segundo atraco. Los tenemos.

15

El convoy salió de la comisaría de Travessera.

Eran dos coches camuflados y una patrulla que abría paso.

En el primer Altea, iban Karla y Álex y, en el segundo, Iván y Víctor.

El resto del equipo tenía que quedarse en la base por si había necesidad de un apoyo logístico informático.

La dirección era la de un aparcamiento de una cadena de párquines subterráneos. Una empresa que tenía las cámaras de detección de matrículas de sus establecimientos conectadas con la policía. El sistema registró la entrada del Mercedes. Y Laura la reconoció.

Tenían el coche. Estaba a pocas calles del segundo atraco, Carrer de Siracusa. Desde la comisaría de Travessera de les Corts, tardarían unos veinte minutos, según el GPS. Pero el tráfico estaba feroz. La lluvia que estaba cayendo desde la tarde no ayudaba. La gente quería llegar a casa y la Avenida Diagonal era lo más parecido a un infierno.

Las sirenas del coche patrulla que abría paso conseguía que los coches casi parados se apartaran.

Álex, en medio del tráfico, miraba de reojo a Karla. Pensaba en la visita al médico. No era justo que estuvieran allí, en esa operación, deberían estar en casa, descorchando una botella de vino y ahogando las penas en alcohol y sexo. Fantaseando con que el futuro podía mejorar y que, al fin y al cabo, estaban juntos. Les quedaba una carta, la eminencia, el supermédico que les había recomendado el doctor de esa mañana. Pero no pudo decirle nada de eso, la vida de un policía no era como quería, sino como venía. Por eso estaban en la misión y no en casa.

No tenía ganas de hablar. Debía concentrarse.

Pensó en decirle lo de Napoleón y por qué llegó tarde a la comisaría y, en consecuencia, con la infusión fría. Pero no lo hizo, por miedo, por cobardía, por pereza. No lo sabía.

Entre divagaciones, llegaron al Carrer del Penedés, dos calles antes de donde estaba el coche.

Habían quedado allí con los GEI. No había mucho espacio para detenerse y hablar en ese barrio, que era un entramado de callejuelas.

Cuando llegaron al punto de encuentro, el capitán bajó del coche y fue a buscar al sargento Cortés.

Era un compañero que nunca había visto antes. Parecían hechos con moldes, un tío alto, pelo corto, ojos atentos e inteligentes y un cuerpo trabajado a base de proteínas y Kettlebell.

Acordaron acercarse rápido y sin sirenas.

Los todoterrenos arrancaron con el equipo especial encabezando el convoy. Llegaron a la barrera y la encontraron abierta. Subieron hasta el número del aparcamiento que les había indicado el chico de guardia. Número 1322.

Cuando lo vieron, lo rodearon y los GEI salieron. El Mercedes era el mismo del atraco, no había error. Reventaron las cerraduras y comprobaron que el coche estaba vacío. Las bolsas de dinero se habían esfumado.

Álex, que se había detenido al principio, fue a hablar con el responsable de la garita.

—¿A qué nombre está alquilada la plaza 1322?

El hombre buscó en el ordenador y le dio el nombre. Joan García i Cadafalch, seguido de la dirección.

Una vez tuvo la información, se fue directo hacia los compañeros del cuerpo especial. Solo le quedó comprobar que el Mercedes estaba limpio. Advirtió que no contaminaran el vehículo, a lo mejor los compañeros de la científica encontraban pistas o pruebas interesantes. Pero cuando asomó la nariz y olió el fuerte olor a limón, se esfumó toda posibilidad.

Lejía perfumada con limón.

Habían limpiado todo.

Solo le quedaba una carta, ir al piso del inquilino de esa plaza.

Salieron por una puerta trasera que daba al Carrer de Puigmartí. El número 38 estaba casi al lado. Delante, un solar donde antes se levantaba el viejo mercado de L'Abaceria Central; ahora estaba descuartizado, quedaban solo las columnas y la estructura de hierro que sujetaba el techo.

Aprovecharon que salía un chico para entrar en el edificio. Todos pasaron, menos Iván y Víctor, que se quedaron para controlar documentación.

Los GEI subieron por las escaleras, seguidos de Álex y Karla. Llevaban su pistola en la mano y chaleco antibalas. Sus corazones latían fuerte por los nervios. Álex tenía sus dudas de encontrar algo, pero tenían que comprobarlo todo. El Mercedes robado había acabado allí y no era por casualidad o por algún juego del destino. Solo había que cruzar la puerta C del segundo piso y averiguarlo.

Los GEI se colocaron y esperaron la orden del capitán.

El ariete con el primer golpe reventó la puerta de madera. Los agentes especiales se internaron con la misma agilidad que hace una ráfaga de viento con la ventana abierta.

Álex los escuchó gritar por cada habitación «policía» y «despejado» hasta que un agente encontró a alguien.

Álex y Karla se miraron y enseguida él entró sin esperar a que le dieran permiso. Karla no pudo esperar, fue detrás.

El piso era modesto y olía a polvo y moho, casi a cerrado.

Recorrió el pasillo y siguió las luces. Los halos de las linternas salían de la habitación con nerviosismo.

Cuando asomó la cabeza, vio a un hombre de mediana edad con pelo canoso, de rodillas, con las manos detrás de la cabeza, maniatado. A su lado, una mujer más joven, rubia y esbelta, arrodillada en la misma posición.

La cama estaba deshecha y los dos estaban desnudos. Al hombre aún se le podía ver una erección que iba bajando.

Álex sacó su móvil y proyectó la linterna hacia sus ojos. Los tenía de color marrón oscuro. No sabía quién era Joan García i Cadafalch, pero de una cosa estaba seguro: no era el Cazador.

16

Una vez que Álex apartó la linterna, dijo a los demás que se fueran de la estancia.

Solo aceptó que se quedara Karla en la habitación. Ella era su *alter ego*, su freno de mano, su red de protección por si la cosa se torcía y se le iba la cabeza.

Muchas veces le impidió no cometer barbaridades.

El señor Joan García i Cadafalch estaba jadeando.

—¿Qué queréis? —preguntó, y siguió soltando un par de palabrotas en catalán que Álex repitió en su cabeza.

Karla cogió la camisa blanca que estaba en la silla junto al resto de ropa del hombre y se la acercó a la mujer. Esta, con los ojos bien abiertos y el miedo en su mirada, no se atrevió a preguntar nada, ni siquiera al hombre con el que había compartido la cama.

—¿Por qué has cerrado la puerta? —insistió el hombre, señalando la puerta con la cabeza mientras sus manos estaban esposadas.

Álex hizo lo mismo, viendo al hombre desnudo, le tiró una camiseta que estaba en un ropero y se la apoyó en los genitales ya desinflados.

—¿Quién es ella? —preguntó Álex.

El hombre se giró con la cabeza y pensó un segundo.

—Una puta. Una *sex worker*.

A Álex no le hizo falta ver la reacción de la mujer para entender que era mentira.

—Señor García, ¿por qué me miente tan descaradamente? —dijo Álex.

Mientras, Karla se había apoyado en la pared con los brazos cruzados, mirando la escena. Los muebles eran de madera maciza. Las típicas habitaciones de los abuelos, con mesilla de noche, cabezal y armarios del mismo estilo hechos por un ebanista. Nada de muebles de montaje. Algo

robusto y con historia. Los típicos muebles que se encuentran en el Mercat dels Encants de Barcelona.

—Sí, lo es —insistió.

—¿Es su costumbre acostarse con prostitutas sin preservativo? —dijo, encogiéndose de hombros, dando a entender que cada uno podía hacer lo que quisiera, pero ese comportamiento no era muy habitual.

—Es que soy cliente habitual… —se excusó.

—Eres un maldito cretino, Joan, me has llamado dos veces puta, esto es demasiado.

—Lo he hecho por ti, cariño, no quería meterte en esto.

—Pues deja de lloriquear y cuenta a estos señores lo que quieren saber —dijo con una voz fina, aguda y muy afilada.

—Escuchadme, amantes de Teruel. Nos da igual que seáis amantes, socios, folladores ocasionales o la relación más bizarra de esta ciudad. Queremos saber qué diablos hace el Mercedes en su plaza de parquin. ¿Es suyo?

El hombre, que seguía mirando a su compañera sexual, se giró con las cejas enarcadas.

—¿Cómo?

Álex suspiró, mirándolo con rabia.

—¡Que si el Mercedes es suyo, señor García! —intervino Karla con tono tajante—. Deje de pensar con la polla y céntrese en las preguntas de mi compañero.

—Ejem, sí, no, quiero decir que no, no es mío.

—No, señor policía. Joan no tiene un Mercedes —añadió ella, burlándose, como si esa opción fuera lo más remoto que pudiera permitirse—. Él tiene un Seat Ibiza azul.

Álex, al escuchar esas palabras, recordó que justo al lado estaba ese coche. Al ver su plaza ocupada por el Mercedes, había aparcado al lado.

—Cómo puede ser que justo haya aparcado ese coche en su maldita plaza de garaje —dijo Álex, y se acercó al hombre apretando las mandíbulas; lo agarró del cuello sin apretar.

—¡Álex! —gritó Karla.

Él, sin girarse hacia ella, soltó la mano que había puesto en el cuello del hombre.

—Hable.

—Yo qué sé. Me lo he encontrado esta mañana. No sé nada más. A mí también me ha jodido, ¿por qué ese tío tiene que aparcar en mi plaza?

—Ese coche es el vehículo que usaron los atracadores del furgón blindado de la semana pasada para llevarse las sacas llenas de dinero.

—¿Co…? —dijo, y se detuvo.

—No, agente, Joan es un buen hombre. No ha hecho nada malo —dijo ella, y se acercó a él soltando la camisa y envolviendo sus largos y finos brazos alrededor del cuerpo del hombre, que seguía esposado.

Este, al sentir los brazos de la mujer, se sintió más fuerte y eso le hizo cambiar la mirada, pasando de corderito a casi un malote de instituto.

—No sé nada de esa gente —dijo él mientras la rubia le acariciaba el cuerpo.

Álex puso los ojos en blanco y se acercó a Karla.

—Estoy a punto de vomitar —susurró Álex.

—Este tío es un inútil, no es de la banda del Cazador —dictaminó Karla.

—Ya, pero precisamente en su plaza de aparcamiento… —afirmó él con incertidumbre en la voz.

—¿Coincidencia?

—No sé, algo de este tío no me gusta.

—Pero si es un mindundi, ¿es que no lo ves, Álex?

Álex gruñó delante de la escena que se repetía, la mujer le acariciaba mientras le iba diciendo cosas bonitas para que se tranquilizara.

«Patético», pensó Álex.

—¿Qué hacemos con esto? —dijo Álex.

—Nos hemos equivocado. No es lo que buscamos —confirmó Karla.

Aunque su olfato de sabueso ya lo sabía, no quería admitir que se habían equivocado y que el descubrimiento no había valido para nada.

Al decírselo Álex, Karla lo tranquilizó, como ella bien sabía.

—Joan, tendrá que venir a comisaría para declarar igualmente. Nada extraordinario, solo formalidades, ¿de acuerdo?

—¿A comisaría? ¿Quieres arruinarme la vida?

Álex arrugó el ceño.

—La policía no tiene culpa de que se estuviera acostando con esta mujer y que, por su anillo en el anular, no es su esposa. Tendrá que aceptar que alguien se va a llevar un buen disgusto sabiendo que se ha abierto la cremallera fuera de casa.

—Pero tengo una vida, tengo una reputación…

—Bueno, cariño, a lo mejor es el destino, que considera que es el momento para que se lo digas a tu mujer, ¿no?

—¿Estás loca? No quiero afrontar un divorcio ahora…

—Pero, cariño, me lo habías prometido.

Karla se acercó a Álex y le dijo al oído:

—Vamos, ya no podemos hacer mucho con estos dos —dijo, y Álex asintió.

Al salir por la puerta, dejaron a los dos amantes con sus discusiones.

Álex fue a buscar a Iván. Le indicó que tenía que tomar declaración al hombre y a la mujer en comisaría. Luego se despidió del capitán de los GEI y, junto a Karla, bajó las escaleras.

No hizo falta salir a la calle para escuchar el revuelo. Antes de abrir la puerta, Álex la miró. La compañera y sus miradas perplejas se cruzaron.

Al abrir la puerta, entendió lo que pasaba: media docena de periodistas y cámaras estaban grabando y haciendo fotos.

Al ver al sargento, todos quisieron hacerle preguntas.

Él se tapó la cara e intentó sortearlos. Parte de los periodistas los siguieron hasta la zona acordonada del parquin subterráneo, donde el Mercedes ya estaba siendo analizado por los compañeros de la científica.

Los dos subieron al coche y se pusieron en marcha con la intención de volver a comisaría. Sin embargo, se detuvo y miró al techo. Ese callejón sin salida al que habían llegado siguiendo la estela del Mercedes, de repente, no pareció tan sin salida.

17

Había una cámara justo delante de la salida.

De todas las que podían estar distribuidas por la zona, a Álex solo le servía la cámara del cajero automático en el que se había validado el *ticket* del parquin.

Metió la primera y fue directo a la salida.

Karla y Álex cruzaron la ciudad sin sirenas. Karla, agotada por todo lo sucedido durante el día, se había dormido con la cabeza apoyada en la ventanilla y con la chaqueta como almohada.

Al poner el intermitente y entrar en el garaje, de la misma manera que un niño sabe que ha llegado a casa, se despertó.

—¿Estás bien?

—Cansada —cortó, rápida, con un tono que estaba entre enfadada y molesta por haberse despertado.

Subieron al primer piso de la comisaría y Karla se fue a su escritorio. Álex, en cambio, se dirigió directo al segundo piso, al despacho de Alan.

Fue a abrir la puerta sin tocar, pero, al escuchar unas risas del otro lado, se extrañó. Miró que nadie lo viera y acercó la oreja a la puerta.

—No, venga, enséñamela —dijo una voz femenina.

—¡No, no! ¡Ni de coña! —respondió una voz masculina que Álex reconoció como la del informático forense.

—Insisto, Alan, quiero verla.

—No, me da vergüenza, venga, déjalo.

—Insisto. Los caballeros primero.

—¿Estás segura? ¿Quieres de verdad que la…?

—Ya sabes que antes de comprar, hay que ver el producto…

—Pero esto no es ningún producto, es parte de mí.

—¡Alan!

—Está bien, te la voy a enseñar…

Álex arrugó la frente y, horrorizado, entró de repente.

—Aquí la tienes… —dijo Alan, y al mismo tiempo levantó la vista hacia el intruso que había entrado en su guarida informática.

Álex vio cómo Alan le enseñaba el móvil a la chica.

—¿Por qué entras en mi despacho sin llamar?

Álex abrió la boca y no supo qué responder. Lo que había escuchado desde afuera no representaba lo que se había imaginado.

Se quedó mirando la escena unos segundos con la boca abierta y señalando la puerta. A pesar de que lo que se había encontrado no era lo que se esperaba, los dos tenían un comportamiento inequívoco de «acercamiento».

Laura sonrió de forma circunstancial mientras Alan sujetaba el móvil.

Al ver que no hablaba el sargento, siguió él.

—Pues mira, Laura, este soy yo con mi primer ordenador. Esta foto la conservo en mi móvil. Era mi primer Apple Macintosh. Una pasada.

—Eras muy mono, era más grande el ordenador que tú —dijo ella, bajando luego la mirada.

Alan bajó el móvil y lo guardó.

—Sargento Cortes, ¿qué querías?

Álex suspiró, no habría venido mal una disculpa, pero era demasiado orgulloso para hacerlo y, además, Karla no estaba presente para insistir.

Se aclaró la voz y dio un paso adelante.

—¿Qué habéis encontrado?

—¿Aparte de mi foto?

Álex puso los ojos en blanco.

—Venga, no tenemos mucho tiempo.

—Encima que entras por mi puerta de esa forma, vienes con exigencias.

Álex bufó.

—En fin, te diré lo que he descubierto yo en el aparcamiento. Lo han usado para dejar el Mercedes en una plaza cualquiera y han cambiado de coche. Dejaron ese coche y cogieron otro. Además, para no llamar la atención, tienen que haber pagado el *ticket*.

—¿Cómo dices, Álex?

Álex se acercó al ordenador y señaló la pantalla.

—Abre las grabaciones del parquin que te han enviado —dijo Álex, y el informático forense obedeció—. Regresa al momento cuando el Mercedes entró en el parquin. Ahora, busca la misma hora del cajero cinco minutos después y dale al *play*.

El informático obedeció. Las imágenes pasaban por la pantalla a doble velocidad para acelerar el proceso. Cinco minutos después de la entrada de la berlina alemana, no hubo movimiento hasta que algo pasó.

Una imagen de un hombre se fue acercando. Llevaba gorra y demostraba saber dónde estaba la cámara: se tapó el rostro con la visera. El hombre usó de forma disimulada el sombrero como escudo para su identidad.

—Maldito cabronazo. ¿Eres tú el Cazador? —susurró Álex.

Cuando fue a meter el *ticket*, se delató. Entre el pulgar y el índice de la mano derecha apareció la pista más importante de todas las que habían encontrado hasta el momento; el hombre que, en teoría, era del comando del Cazador, enseñó un tatuaje. Un pequeño y diminuto tatuaje, pero seguramente cargado de simbolismo.

—Lo tenemos. Mira esa mano —dijo, entusiasmado, Alan.

—¿Puedes ampliarlo?

—Cuenta con ello —dijo, y enseguida añadió después de que sus dedos bailasen en el teclado—: ¿Así de grande es suficiente?

Álex afinó la vista. Tuvo la impresión de que esa mano podía ser del mismo Cazador.

¿Qué diablos era ese tatuaje? ¿Qué representaba?

Pensó que por fin el destino había jugado en el bando de Álex. Había conseguido una pista, un detalle del que tirar. Un dibujo pequeño pero lo bastante grande para conducir las investigaciones hacia una nueva dirección.

Delante de él estaba la mano del hombre introduciendo el *ticket*. Una imagen de una cruz cóncava con alas y, en el centro, una calavera.

Álex se quedó en silencio intentando reconocer o interpretar ese dibujo que unía elementos esotéricos y militares. No era un tatuaje que uno se hiciera en una tienda de barrio. Era la marca de una compañía militar o incluso paramilitar.

Todo cogió forma y una nueva dimensión. Lo había empezado a entender. Eso era un avance increíble.

Álex apoyó la mano en el hombro de Alan.

—Buen trabajo.

—Pero si has sido tú…

—Cállate. Buen trabajo, Alan. Mándame esa imagen a mi ordenador y también manda a imprimir una copia a la impresora del primer piso —dijo, y enseguida el informático obedeció—. Ahora nos queda saber una cosa, Alan.

—¿Cuál?

—Con qué coche salieron estos criminales.

Alan se giró para mirarlo y enseguida devolvió su atención a la pantalla. No perdió ni un solo segundo. Calculó los minutos que podría tardar ese tipo en volver al coche y buscó en las cámaras de salida.

Primero, un Nissan Micra con dos estudiantes. Luego, un BMW descapotable y, tercero, un coche que cuadraba. No tardó ni tres minutos en salir un monovolumen con dos hombres, uno de ellos en el puesto del copiloto con una gorra que le cubría la cara.

—¡Bingo! Los tenemos. Entraron en el parquin para cambiar de coche y dejar de lado las pistas, porque la policía se estaba matando a buscar una berlina negra. Y se salen con la suya con un monovolumen claro —dijo Álex, y dio una palmada en el aire—. Sabes lo que viene ahora, ¿verdad, Alan?

El informático bufó.

—Me parece que la hamburguesa la tendremos que dejar para otro día —dijo, resignado a Laura.

Álex arrugó las cejas.

—La cena romántica la tendréis otro día, pero yo os hago llegar unas hamburguesas —afirmó Álex.

Los dos se miraron y en sus miradas hubo un ápice de decepción.

—Esta es mi vida… —dijo él.

—Lo sé, y la mía. Otro día será —coincidió la chica—. Seguimos, me quedo contigo. Por cierto, para mí, *cheeseburger* con doble de patatas.

Álex arrugó el ceño y Alan se sorprendió.

—¡Para mí también!

Álex sacudió la cabeza y cerró la puerta.

Fue directo a la impresora de su piso para coger la foto del tatuaje. Llamó a una hamburguesería del barrio e hizo un pedido para los dos tortolitos.

Luego le explicó a Karla, que estaba en la mesa contigua, el hallazgo que había realizado con Alan y Laura.

Cuando vio el tatuaje, un escalofrío la recorrió, provocándole un pequeño y casi instantáneo temblor.

—Me da muy mal rollo, Álex.

Él no contestó a su compañera. Le dio un beso en la frente y siguió con lo que quería ver.

Ese tatuaje, prescindiendo de lo que podía representar o de dónde era, le encendió una bombilla. Todo cuadraba, todo giraba en torno a una causa que había estado todo el tiempo delante de él.

Repitió una vez más un mantra que se repetía en su mente: el Cazador, escopeta recortada de calibre 12, ojos de hielo y la frase «Hoy, dinero; mañana, caos».

Pero, además de eso, lo que estaba viendo eran los elementos a los que se había añadido la aparición del tatuaje.

El primero, las armas que usaban los atracadores; todos, menos el Cazador, llevaban fusiles automáticos de guerra y explosivo plástico.

El segundo, la táctica y la preparación de un ejército o de una conducta militar, además de sus atuendos con estampados de camuflaje.

El tercero, y el último que había aparecido, el tatuaje, que los unía a todos en un clan, en una banda o en una milicia. Eso aún no lo sabía y tenía que definirlo.

Todo lo llevaba a lo mismo: eran exmilitares. Pero Álex era bien conocedor de que no podría confirmar esa información por canales oficiales. No, no sería posible. Solo perdería el tiempo.

Así que pensó en la única persona que podía ayudarlo.

Una vieja conocida a la que, a pesar de que Álex representase la ley y los tuviera bien puestos, siempre tenía un cierto temor acudir. Pero esa vez tenía que hacerlo para avanzar con la investigación.

Vida o muerte.

Cazador o cazado.

Así que optó por levantarse de su escritorio e ir a buscarla.

18

Álex cogió la moto y fue hacia su destino.

No era el mejor momento, pero sentía en su interior que, si quería avanzar más rápido con esa situación, tenía que seguir su instinto e ir a verla.

Pidió a un compañero que acompañara a Karla a casa. No le gustó, ni a ella ni a él, tener que hacerlo, pero era lo conveniente. No llevaría a Karla a ese lugar peligroso.

Aunque lo correcto habría sido que los dos fueran a casa juntos y afrontaran la noticia médica que habían recibido horas antes.

Descorchar una botella de vino, hablar, «pillar un pedo» como decía ella y acostarse.

Pero seguir con la investigación fue más fuerte. No sabía cuándo volverían a atracar otro furgón. Era verdad que el patrón era cada lunes, pero eso podía cambiar con la misma facilidad que el viento.

La lluvia seguía cayendo esa noche. En el momento en que Álex cruzaba la ciudad con su Ducati, llovía de forma fina.

Los lentos coches que ocupaban todos los carriles de la Ronda de Dalt regresaban de un día duro de trabajo. Para Álex, su jornada no había acabado.

El recuerdo de la mujer a la que iba a ver era como una polaroid desteñida. Solo recordaba la ocasión en que se habían conocido, la zona y el porte elegante de ella.

Habían pasado unos años, esperó que aún estuviera en el mismo lugar y que, sobre todo, ella siguiera viva.

La conoció en una investigación que causó mucho revuelo, cuando un hombre apareció en el horno de la cocina de un crucero. Un tal Gildo Falcone, ayudante de cocina, lo había encontrado.

Enseguida se movilizaron. A pesar de estar centrado en Néstor, su jefe lo obligó a coger el caso.

El hombre resultó que estaba metido en temas fraudulentos, además de haberse casado con la mujer más temida de la ciudad, la traficante Patricia Portos. Una mujer elegante y peligrosa a la vez. Un escorpión con tacones. Una mantis con muchos recursos.

Aparcó delante de la nave y levantó las manos hacia el cielo justo después de haber apagado el potente motor.

Miró a las cámaras y cruzó una pierna por encima del sillín.

De la oscuridad de la noche y la neblina que había imbuido el polígono industrial, cada vez más abandonado, apareció un hombre vigoroso.

La vez anterior, lo sorprendió apuntándolo con la pistola en el cogote. Esa vez, ya se sabía la historia y se presentó antes de nada.

—Soy Álex Cortés. Vengo a ver a tu jefa —explicó antes de que al hombre le diera tiempo de cruzar por completo la carretera.

El hombre, que tenía que pesar unos ciento y pico kilogramos y medir unos dos metros de altura, vestido con un traje negro, bajó la pistola. Al guardarla, sonrió.

—¿Qué haces por aquí, sargento?

—Pues lo que te he dicho, ver a tu jefa.

El hombre no añadió nada más, solo asintió y le abrió la puerta apoyando el dedo en un lector de huellas.

—Caray, os habéis modernizado —comentó Álex.

La mole no contestó, solo sonrió de nuevo.

—¿Y si alguien te matara, te cortara el dedo y lo pasara por el lector? —dijo Álex, y en el momento en que hizo esa pregunta, pensó que esa curiosidad no era suya, sino de Néstor, pero salida de su boca.

—Este chisme dicen que detecta no solo las huellas, sino también las constantes vitales. Si fuera el dedo de un muerto, soltaría una descarga y activaría una alarma —explicó el gorila mientras abría la puerta y lo invitaba a entrar.

—¿Y lo habéis probado?

—Eso dice el manual de instrucciones, no lo hemos probado. ¿Quieres que lo hagamos con uno de tus dedos?

Álex sonrió al chiste del hombre.

—Mejor otro día, aún les tengo bastante cariño a mis dedos. Tampoco podría volver a casa en moto sin ellos.

La mole sonrió, casi decepcionado por la respuesta. Levantó un brazo, indicando las escaleras.

—¿Recuerdas el camino?

Álex miró la escalera metálica y cuando se dio la vuelta, el hombre ya estaba saliendo, dejando al sargento con la palabra en la boca.

Álex no se movió enseguida. A pesar de sentirse observado por las cámaras, se quedó mirando el ambiente. El garaje parecía igual, solo habían cambiado los coches que resguardaba. Más coches y más modernos. Un Nissan, un Ferrari, un Porsche, modernos. Luego, un todoterreno Mercedes y un BMW clásico, junto a un pequeño Smart con dibujos de llamas. Cada uno tenía una personalización. Algunos, más austeros y otros, más llamativos. Todos, en cambio, tenían una peculiaridad: tenían los motores potenciados. Se veía por las llantas, los tubos de escape y otras partes que sobresalían del capó o pegatinas de componentes. Un tuneado de lujo para gente que no se conformaba con un Ferrari, lo quería aún más exclusivo, como el que estaba viendo por las escaleras, entre otras cosas, del color de Barbie.

A cada paso, los peldaños de metal emitían un quejido despertando en Álex recuerdos olvidados de su última visita.

Abrió la puerta y la tuvo delante. En esa ocasión, no estaba girada, sino que lo estaba esperando ya con la botella de *whisky* en la mano.

Patricia Portos la sacudía como si fuera un peaje que sabía que no podía evitar.

—Cierra la puerta, Álex —ordenó.

Él obedeció y caminó hacia la mujer. El despacho no había cambiado, las mismas obras de arte en las paredes de ladrillo, un sofá de piel y un acentuado perfume en el aire, Chanel número cinco.

—Todo está igual, Patricia.

—Ya, todo menos yo, con más años. Esos nadie los perdona —respondió con un tono de amargura.

—Dicen que los primeros inmortales ya viven entre nosotros.

—No confío en esos médicos modernos que dicen que están estudiando formas de curarnos de la enfermedad de la muerte.

Álex se sentó y miró cómo la mujer vertía una buena dosis de *whisky* en dos vasos.

—Con todo el dinero que tienes, podrías probar alguna de estas nuevas cosas.

—Prefiero morir con la botella de mi viejo amigo en la mano —dijo, agarrada a la botella de Jack Daniel's con una etiqueta extraña que nunca había visto antes—. Mi viejo amigo nunca me falla. ¿Sabes que esto lo importo directamente de la fábrica? Tiene más de diez años de envejecimiento. ¡Pruébalo! Es una edición limitada.

Álex primero lo olió y luego se mojó los labios antes de beber un sorbo. Un sabor fresco y fuertísimo se disparó en su boca. Fue profundo. La elevada graduación alcohólica hizo que arrugara la cara como una pasa. No estaba acostumbrado a esos latigazos. Pasado el primer efecto, encontró notas de cuero, chocolate negro, especias y hasta de roble muy marcado.

Dejó el vaso y disimuló.

—Es excepcional, Patricia —mintió.

—Sabía que un poli como tú sabría apreciarlo —respondió, orgullosa—. Bueno, ¿qué te trae por aquí?

Álex se recuperó del trago que le escoció la garganta y el esófago, activando todos los ácidos digestivos posibles y poniendo a prueba su hernia de hiato.

—Vengo por una información.

—Lo sé, no creo que vinieras a pedirme la mano.

Álex se acomodó en la silla.

—Tengo un problema en la ciudad y necesito saber si conoces a la banda que está limpiando los furgones de PortaSegur.

Ella afinó la mirada, apoyó los codos en los respaldos de su cómoda silla y juntó las manos.

—¿El jefe de los *mossos* viene a mi casa a preguntarme a mí dónde están los malotes de los furgones? ¿En serio? ¿Tan mal vais con el sistema de inteligencia?

Álex se aclaró la voz.

—Si te dijera que tengo algo, te mentiría. No quiero hacerte perder el tiempo.

—No, todo lo contrario, me encanta la visita de alguien que no llora o pide dinero.

Álex sacó del bolsillo una hoja plegada y se la dejó en el escritorio.

Ella, sin mover la cabeza, bajó los ojos a la mesa y miró la hoja; luego, subió de nuevo la vista.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Ella lo hizo, lo cogió y lo abrió. Álex, además del folio con el tatuaje, había impreso una hoja con la imagen del Cazador y una tercera con los fusiles de asalto.

—¿Quién es?

—Es el jefe de la banda.

Ella asintió y miró el tatuaje. Enseguida levantó las dos cejas y silbó. Eso, al parecer de Álex, no era bueno.

—¿Qué?

Ella siguió mirando la instantánea que aparecía en el vídeo de la señora Gil, en primer plano, había un fusil de asalto.

—¿Entonces? —insistió Álex.

Ella volvió a plegar las hojas y las dejó de nuevo en el mismo punto.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Álex asintió.

—¿Estás a tiempo de dejar este caso?

19

Álex se quedó perplejo, casi sin palabras.

—¿Cómo dices?

—Acepta un consejo de Patricia Portos. No te metas con esta gente. No te metas en este jardín, saldrás perjudicado.

Álex, con aire ofendido, guardó de nuevo la hoja.

—¿Qué dices? Estoy aquí para resolverlo, no para huir.

—No sabes dónde te has metido, Álex.

—Me da igual. ¿Has visto esas armas? Eres la traficante de todas ellas, ¿no? ¿Las has vendido tú?

—Álex, hay flujos de venta y estamentos en mis negocios. Yo no vendo nada. Solo hago lotes y la gente me los compra. Para que lo entiendas; yo soy un mayorista. Como si un restaurante fuera a un *cash and carry*. Esta gente lo habrá comprado a un vendedor al por menor, alguien que te vende un par de estos fusiles, o diez como máximo, ¿sabes?

—Sí, ¿quién puede ser?

—¿Sabes qué armas son?

Álex negó.

—Son unas AK-103 de fabricación rusa.

—¿Y?

Ella suspiró. Bebió de un solo trago lo que le quedaba en el vaso y Álex dio un sorbito pequeño.

—El problema no es el arma, es el tatuaje.

—¿Por qué?

—El arma es de fabricación rusa. Las usan las milicias, grupos paramilitares en Europa del Este. Esta gente no tiene nada que perder, Álex. Y el tatuaje lo confirma.

Él se quedó callado unos segundos, miró el vaso y tuvo la tentación de tragar ese líquido color miel que quemaba como queroseno de aviones.

—Hay algo que no me cuadra —dijo, y suscitó la atención de la elegante mujer—. En los laterales de las furgonetas, pintan una frase. Después de arrasar con todo el dinero: «Hoy, dinero; mañana, caos».

Ella se quedó pensativa.

Permanecieron unos instantes en silencio. Ella, mirándolo mientras le daba vueltas al último detalle y él, esperando una respuesta.

Entonces ella hizo un movimiento en el aire con la mano.

—Es una chorrada. Lo escriben para despistaros.

—¿Tú crees? ¿No puede ser algo más profundo, algo filosófico?

Ella se rio.

—Mira, he tenido relaciones comerciales y un par de personales con esa gente y ellos no saben qué es la filosofía o lo que es la moralidad. Todos esos lo que quieren son dos cosas: tener siempre la botella de vodka fría y llena y una mujer con grandes tetas.

El comentario de la traficante le pareció muy genérico, racista y simplista. Álex no conocía muchos rusos ni gente de Europa del Este, pero le pareció demasiado denigrante como para que fuera una fotografía de la población masculina de esa zona.

No quiso contradecirla.

Levantó la mirada al techo y siguió.

—Hay otro problema, hemos interceptado una conversación y ninguno de ellos tiene un acento que recuerde a la Europa del Este.

Al contar ese detalle, dejó a la mujer sin más posibilidad de contradecirlo.

Vertió más *whisky* en su vaso e intentó poner más en el vaso de Álex, pero él se lo impidió.

—Gracias por el *whisky* y por tu ayuda.

—No he acabado, poli. Tienes que ir a ver a una persona.

—¿A quién tengo que ir a ver?

—A una persona que lo sabe todo de las armas de este tipo. Es un traficante al por menor, digamos. A veces me compra por encargo, comisiona ciertas piezas escasas.

Álex cogió el vaso y miró el *whisky* añejo, sabía que tenía que acabárselo. Salir de esa estancia sin terminarlo era una falta de respeto demasiado grande para la mujer. Hubiera sido mejor haberla dejado con la palabra en la boca y salir sin saludar que no beberse su preciado Jack Daniel's, que cuidaba como a un hijo y que compartía solo con pocos.

Dio un sorbo y dejó un último en el vaso para antes de irse. Con el estómago vacío y a esas horas, el líquido era un cohete que llevaría su cabeza a darle más vuelta que un tiovivo, sin considerar la resaca del día después.

—¿Cómo se llama? —dijo con los tendones de la cara estirados, como si hubiese tomado una medicina.

—¿No te gusta, Álex?

—Digamos que es muy fuerte.

—Lo puedes decir bien alto, esto no lo tienen ni las tiendas más *gourmet* de la ciudad. Ya sabes dónde venir a tomarte otro trago de esto, Álex —dijo, guiñándole el ojo.

En esa mirada había malicia y un intento de algo más. A pesar de que a Álex no le interesaba nada que fuera puramente profesional, esa mujer le estaba tirando la caña al policía.

—Gracias por la invitación. ¿Cómo se llama la persona en cuestión?

—Ettore Moretti. Es un huraño que vive en una parcela detrás del Tibidabo. Es un tío legal. No sé si le vas a gustar.

Álex arrugó la frente y la miró perplejo.

—¿Qué tiene qué ver eso?

—Pues que es el mejor de la zona, te sabría reconocer un cuchillo o un arma de fuego a kilómetros. Es como la maldita Wikipedia de las armas. Pero tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Que no le gusta la gente. Si le caes mal de primeras, no te atenderá y punto. Te soltará los perros y te vetará su casa.

Álex tragó saliva.

—Recuérdame por qué tengo que ir a ver a ese energúmeno.

—Porque tienes dos opciones, poli, si los tíos se han ido a vete a saber qué agujero oscuro en el culo del mundo, no tienes manera de rastrearlos. Si, en cambio, cosa que creo, porque la gente no hace tres mil kilómetros con unos

fusiles en el maletero, los han comprado aquí, él lo sabrá. O se los ha vendido o bien sabe quién.

Álex asintió y, mirando el vaso, decidió poner fin a esa agonía tragando lo que quedaba.

Una vez recuperado del brebaje, conteniendo toda expresión de asco espontánea, dejó el vaso. Quedaban muy lejos los días en el garito de Tarragona que llamaban bar, cuando el alcohol fluía como las notas de *rock* en directo que iba a escuchar. Después de una adolescencia movida y con mucho *rock* y alcohol, solo quedó la música, que cada día escuchaba menos.

—Iré a ver a Ettore —dijo Álex, y la mujer le pasó un papel con una especie de mapa.

—No te servirá el GPS allí, así que tendrás que llegar solo con esto. Dile que te mando yo, a lo mejor no te usa como comida de perro —afirmó, y se echó a reír como si fuera la gracia más divertida del día.

—¿Algún otro consejo?

—No, no tienes que hacer nada, dependerá de qué día haya tenido…

Álex se levantó y bajó la barbilla en demostración de respeto.

—Espero volver a verte pronto, sargento —dijo, y se mordió un labio mientras se deleitaba en el policía mirando su cuerpo atlético.

«Espero que no sea pronto», pensó él.

—Gracias por tu tiempo —respondió, y se fue hacia la puerta.

Cuando estuvo a punto de abrir y de salir, ella, que no lo había perdido ni un momento con la vista, le lanzó la última pregunta.

—¿Irás ahora, Álex?

—¿A ver a Ettore?

Ella asintió.

—Claro, cuanto antes, mejor.

Ella subió las cejas y resopló.

—¿Qué pasa?

—Ettore es culé. El Barça acaba de perder en Champions, me temo que…, ya sabes. Espero no ver mañana tu nombre en *La Vanguardia* en la sección de las necrológicas.

20

Era muy alentadora Patricia Portos.

Era una fuente de información del submundo de Barcelona, pero tenía sus manías. A pesar de haber pasado ciertos años, no había cambiado nada desde la primera vez.

Mientras Álex iba en moto hacia el punto que le había indicado la traficante, pensó que incluso podría llevarle una cesta de Navidad. No con el dinero del departamento, dinero público de los contribuyentes, sino con el suyo propio. Nunca se sabe cuándo te viene bien tener a una traficante como amiga.

No tuvo respuesta de Karla. Debía estar en casa durmiendo. A lo mejor prefirió dejar en un cajón el móvil, abrirse ella sola una botella de vino, ponerse una película clásica en blanco y negro y desconectarse del mundo.

No le gustaba ir a ver a alguien sin decir a nadie más adónde iba. Así que le dijo a su hermana su próximo destino y compartió su ubicación en tiempo real.

No era gran cosa, pero, por lo menos, si no regresaba, sabrían dónde buscar sus huesos.

La rueda posterior de la Ducati se comportaba como una caprichosa y malcriada niña, derrapando y deslizando por las curvas en forma de herradura de la carretera hacia el Tibidabo.

No tenía muchas ganas de ver a ese hombre, menos solo y después de cómo lo había pintado la mujer. Pero el deber era el deber.

Hubiese sido más inteligente ir al día siguiente con unos compañeros, pero él era así, impulsivo, y se pasaba por el forro la seguridad y el protocolo.

Esa manera de ser le había ocasionado más de un susto y muchos dolores de cabeza con sus superiores.

Pero con su edad, ya era muy difícil cambiar.

Llegó hasta donde la carretera asfaltada terminaba. Desde ese punto, solo serviría la nota de Patricia. No pudo sacarla, ya que con la fina lluvia que bajaba se habría mojado.

Siguió su instinto y las indicaciones que había memorizado.

Las ramas que cubrían los lados impedían ver los laterales. No sabía qué podía haber detrás de esos dos muros de vegetación. En el suelo, solo había huellas de todoterreno con neumáticos de agarre, para montaña.

La hazaña de conseguir llegar al destino se iba complicando por momentos. A pesar de que iba avanzando poco a poco, los neumáticos para asfalto patinaban sobre zonas de arena y finas capas de barro. Numerosas veces tuvo que apoyar los pies para no perder el control de su amada Ducati.

¿Quién lo mandaba ir? ¿Por qué no mañana con el todoterreno?

Preguntas así se hacía Álex de forma continuada.

Sentía el mismo miedo que cuando perseguía a Néstor, como la ocasión en que se metió con la moto en la colonia Albertí, donde quedó destrozada y él, con una herida. En esa ocasión, tuvo mucha suerte de que Karla le salvara la vida, porque, si no fuera por ella, los trozos más grandes de Álex serían del tamaño de un libro.

Avanzaba en la noche poco a poco, hasta que vio unas luces. Su destino. Delante de él, había una estructura que parecía un taller con una vivienda encima. En el primer piso, una luz y una pequeña chimenea que dejaba salir un melancólico humo de color gris que se diluía en la noche.

Se detuvo a ver la construcción a unos metros, justo donde se acababa la vegetación tupida del bosque.

Se quedó unos segundos con el motor encendido para recuperar el aliento y reanudó la marcha hasta aparcar delante de la puerta.

Apagó el motor y pasó el pie por el sillín.

Apoyó el casco en el manillar y levantó la mirada. Las condiciones de la casa eran lamentables. Chorretones del tejado dejaban una marca de color verde en las paredes. El portón oxidado era del tamaño para que entrara una furgoneta. Encima, un cartel luminoso que indicaba un taller mecánico. Se preguntó quién acudiría a ese taller para reparar su vehículo si no era un todoterreno. Lo más probable era que fuera un cartel reciclado y que lo usara para iluminar la parte delantera de la casa.

Las fisuras de una puerta pequeña se entreveían en el portón. Al lado, justo delante, había una campana tan oxidada que solo de verla le dio la impresión de poder contraer el tétanos.

Sacó un pañuelo y con este sacudió el badajo para advertir de su presencia.

Al momento que los toques se escucharon, comenzaron los ladridos de los perros.

Se asustó.

Su corazón fue acelerando como en un esprint ante la meta.

No podía creer lo infantil que había sido. ¿Cómo estaba allí solo? Además, acudiendo en moto, a las malas, no podría esconderse o refugiarse en un habitáculo.

Pero el peor pensamiento fue cuando los pasos del supuesto traficante de armas aparecieron en la planta baja. ¿Y si Ettore Moretti era uno de la banda del Cazador?

Esa idea sí lo atormentó. Ya era demasiado tarde, ni siquiera podía escapar rápidamente con la carretera de acceso en esas condiciones. Se giró hacia la moto y vio cómo estaba toda recubierta de barro. No parecía ni siquiera su vehículo. Se pasó una mano por la espalda y notó que también estaba salpicada de tierra.

Entonces se dejó llevar por lo que tenía previsto el destino.

Los pasos se acercaban a la puerta.

Un cerrojo se desbloqueó.

Otro más abajo y, finalmente, uno en la parte superior de la puerta oxidada.

La luz lo sorprendió y chocó contra la cara del policía, impidiéndole ver lo que se avecinaba.

Cuando la vista se adecuó, vio cómo el hombre lo apuntaba con una escopeta de cazador y sujetando a duras penas un perro negro.

Álex entrecerró los ojos y se colocó las manos delante para protegerse.

—¿Quién coño eres, niño? —espetó el hombre.

—No dispare, soy un amigo de Patricia Portos.

—¿Y qué quiere un amigo de Patricia Portos de mí?

—Estoy buscando a alguien con una escopeta del calibre 12.

—Lo has encontrado.

—No —dijo Álex, ya con los ojos que conseguían entrever la imagen del hombre—. Una recortada del calibre 12.

—¿Recortada? —espetó, sorprendido, dejó de masticar y escupió al suelo—. ¿Un loco o un profesional?

—Un fanático con entrenamiento militar y una banda con fusiles AK-103.

—Entonces, no necesitas un arma, necesitas una maldita cruz.

21

Después de reír su propio chiste, el hombre lo hizo entrar.

Su taller estaba repleto de trastos, cajas de madera, que prefirió no preguntar lo que había dentro, y herramientas propias de un taller de coches desperdigadas. Un elevador, una pequeña grúa para levantar un motor, varios sets de herramientas colgados en la pared y más artilugios que no tenía ni idea para qué servían.

El hombre ató al perro en una pared y lo tranquilizó. Luego, indicó a Álex que lo acompañara.

Mientras subían por las escaleras, el hombre le dijo algo que lo dejó perplejo.

—Hace mucho tiempo que no entraba aquí un policía.

Álex no supo cómo lo había reconocido y tampoco supo si eso lo tenía que alegrar o preocupar.

Subidas las escaleras, se sentó en un sillón de terciopelo gastado. En el fondo, había una televisión último modelo con un programa en el que comentaban el partido del Barça que había perdido. El hombre no entró en el tema, solo quitó el sonido.

En la esquina derecha del sillón, había un cubo donde el hombre escupía el sobrante de saliva que provocaba el masticar el tabaco.

—Así que buscas a un tipo con una recortada del calibre 12 —afirmó el hombre.

Álex asintió, sentado en una silla de la mesa del comedor. El ambiente, que olía a madera quemada, estaba solo iluminado por la pantalla y las brasas de la estufa.

En ese momento, vio los ojos del hombre, de un color verde grisáceo. No era ni el Cazador ni uno de la banda. Lo había estudiado subiendo las escaleras

y, por cómo se movía, no podía ser uno de esos animales, ya que el anciano tenía dificultades al moverse.

—Sí, creo que es el jefe de la banda que está asaltando los furgones blindados.

Ettore levantó las cejas y dejó por un instante de masticar.

—Vaya, vaya…

—¿Los conoce? —preguntó, casi alegrándose, Álex.

—Por desgracia sí.

—¿Cómo puedo contactar con ellos?

El anciano resopló.

—No tan rápido, por cierto, ¿cómo te llamas?

Álex se dio cuenta de que aún no se había presentado.

—Sargento Álex Cortés —dijo mientras se levantaba para darle la mano.

Pensó que ese gesto que obligaba a un contacto humano, acercaba a los hombres y mejoraba el vínculo y, en consecuencia, la confianza entre los dos.

El anciano le estrechó la mano y el policía se volvió a sentar en la silla, a pocos pasos.

—Mucho gusto. No tengo muchas visitas —dijo el hombre con los dientes apretados, como si fuera una condena o una elección de vida—. Mi perro ya no está acostumbrado a ver a extraños.

Dicho eso, escupió en el cubo y se metió más tabaco en la boca. Tenía una cajita en la mesa de al lado. Cuando abrió los labios, una imagen de la televisión más clara que las anteriores iluminó la estancia y, en consecuencia, los dientes. Todos eran negros debido a la insana costumbre, más propia de las viejas películas del lejano Oeste.

—¿Cómo se pusieron en contacto con usted?

—No tengo teléfono. Este lugar da a las personas un cierto grado de tranquilidad.

—La policía no conoce este lugar, nunca antes lo había escuchado.

—Entonces, será mejor que no lo reveles. ¿Puedo confiar en ti?

El viejo le estaba pidiendo que traicionara sus principios y al Cuerpo al que había jurado lealtad. Le pedía que dejara en el anonimato a un contrabandista de armas. Algo que no podía prometer *a priori* ni con el que crear una alianza secreta. Pero la misión y la investigación eran lo más importante. Si esa alianza

era el coste para que esos energúmenos no cometieran más crímenes, sintió que era el camino.

Tardó en responder. Lo que estaba por decir no era de un policía normal, al uso, pero desde luego que Álex nunca lo había sido.

Otro policía habría entrado con los GEI y no habría obtenido nada, solo un poco de hierro para exponer en una rueda de prensa como una medalla en el pecho.

No, aquello no iba de eso. No valía eso. La foto para la galería no salvaba vidas. Lo que sí que las salvaría era la información que ese hombre podía darle. Lo que sí valía era la confianza que había generado con Patricia Portos para que le diera el nombre de Ettore. Y, por descontado, si ese hombre, siendo policía, había sido informado por la traficante de su comadreja, entonces era de fiar.

Ese círculo no debía romperse.

—Puede confiar en mí.

El hombre asintió y escupió en el cubo. En su cara se entreveía una picardía que no se va con los años ni se esconde bajo un rostro lleno de arrugas y curtido por el sol.

—Bien. No sé cómo se llaman. Vinieron un día con un coche. Se veía robado, pero eso a mí me da igual, yo he visto más cosas de las que te puedes imaginar. Así que ese detalle fue el más liviano de todos. El coche tenía matrícula de Croacia.

—¿Qué coche era?

—Un Audi todoterreno.

—¿Modelo?

—Yo qué sé, no sé de coches. Pero era uno de estos que no son ni todoterrenos ni coches. Como si fuera un familiar —se justificó, y escupió otra vez.

Hablaba y masticaba un par de veces. Tenía un bulto en una mejilla por el arte de esa horrenda costumbre que tenía. Un bolo en una mejilla que ya era más grande que la otra, como los saxofonistas; se pasaba el tabaco ya humedecido por la otra parte para triturarlo con los dientes. Una habilidad similar a los comedores de pipas.

—¿Qué más, Ettore?

—Vinieron y con arrogancia tocaron la campana. Yo bajé con mi perro fiel y con la escopeta. Era por la tarde, ya casi no había sol. Abrieron el maletero, quitaron unas maletas que seguramente estaban llenas de ropa usada, después, un primer fondo y se vio la rueda de recambio. Parecía perfecta, salvo que estaba partida por la mitad y encolada. Sacaron otro fondo con la mitad de la rueda y me enseñaron sus armas.

—¿Qué armas eran?

—Todas unas viejas AK-103, pero me llamó la atención que una no lo era, ¿adivina, poli? —dijo, y escupió.

Con cada escupitajo, el fondo del cubo emitía un sonido metálico similar a un quejido.

Álex negó.

—Una recortada del calibre 12.

—¿Tiene fotos de sus caras o podría reconocerlos en una foto si se lo enseñara en una pantalla?

—¡No! —negó, tajante.

Esa respuesta quiso decir que por esa dirección no fuera, que en eso no estaba dispuesto a ayudarlo.

—Les conseguí las municiones que querían y vinieron a buscarlas a los pocos días.

—¿Eso cuándo fue?

—Hace unas semanas, creo.

—¿Cuántas municiones?

El hombre se pasó la mano por el pelo y lo revolvió por completo. El tiempo, y seguro que su ADN, le habían concedido el privilegio de no perderlo y solo convertirlo en completamente blanco.

—Para una guerra.

Álex arrugó el ceño, esa respuesta lo atemorizó más de lo que ya estaba.

—¿Cuánto es para una guerra?

—Nunca he tenido un pedido tan grande.

—¿No cree que volverán a por más?

—¿Estás loco, poli, o es que estás sordo? Te he dicho una jodida guerra. Lo que has visto en la tele aún no es nada.

22

Álex se echó hacia atrás. Esa información lo empeoraba todo.

Estaba delante de algo que solo era el principio. La maldita punta de un iceberg, pensó, pero no lo dijo.

—¿Cuántas cajas de municiones fueron?

—Solo te digo que vinieron con una furgoneta a buscarlas.

Álex afinó la vista ante la respuesta del hombre.

Estaba claro que no quería entrar en ciertos detalles. Y a Álex le costaba un horror contener el río de decenas de preguntas que tenía en la punta de la lengua.

—Solo necesito algo para tirar del hilo, Ettore. Algo que le llamara la atención de la furgoneta. De la marca, color, pegatinas, la matrícula, el día exacto… No sé, cualquier cosa.

El hombre reflexionó y se quedaron en silencio unos segundos.

—No recuerdo el día con exactitud. Ni siquiera recuerdo lo que he comido hoy. No suelo acordarme de las matrículas, un tema de privacidad de mis clientes —dijo, convencido, y alargó su silencio unos segundos más—. Pero sí que te la puedo describir. Era grande, cabía un hombre dentro, de pie y un poco más. Era blanca y con unas etiquetas en los laterales. Aparecía una foto con un cortacésped, creo que en un fondo azul.

—¡Gracias! ¿Cómo puedo contactar con ellos?

El hombre anciano rio.

—Esos criminales suelen contactar ellos. Tú no los encuentras. Y escucha esto, joven poli —dijo, y por vez primera se acercó a su interlocutor—: Acuérdate bien, si un día los encuentras, no te equivoques, es porque ellos se han dejado encontrar.

Esa frase lo dejó sin más preguntas. Esa catarata de dudas de golpe se cerró como un grifo ante esa frase.

Se calló y se quedó así un buen rato hasta que el anciano, viendo su expresión, intentó ayudarlo.

—Considera que tienes que esperar a que ellos cometan un error. Si eso no pasa, no los cogerás nunca.

Con esa afirmación no estaba de acuerdo Álex, pero no quiso decirlo. Él era más fuerte e inteligente que esos animales y no se habría metido en una iglesia a esperar que sus oraciones dieran fruto.

—Tengo solo una pregunta —dijo Álex—. Bueno, dos. ¿Con qué acento hablan?

—De aquí, no son extranjeros.

—Está bien.

—¿Y la otra?

Álex sacó de la chaqueta unas hojas plegadas. Por suerte, se habían salvado del barro y de la lluvia.

Desplegó las fotos y le dio la primera: la foto del Cazador.

—¿Lo reconoce?

—No —dijo sin titubear, y escupió—. Este no vino.

Álex asintió y guardó la foto. Luego, sacó la del tatuaje.

—¿Qué es?

—Todos lo tenían. Recuerdo verlos cuando subían las cajas de las municiones. Es una alianza, como un pacto de sangre entre personas. Esta gente combate por algo, no sé por qué ni para qué, pero hay algo detrás que va más allá del dinero.

Álex recordó la pintada en los lados de la furgoneta. Dobló las hojas y las guardó.

No esperó a que el anciano dijera nada más, solo las cerró.

—Gracias —añadió, y le acercó su tarjeta de visita.

—¿Qué es?

—Por si vuelven…

—No te voy a llamar, ahórratela —dijo mientras se la devolvía.

Álex, de mala gana, se la guardó.

—Gracias igualmente —afirmó Álex.

—Sabes dónde está la salida, no toques nada y cierra al salir. Luego bajaré a cerrar. Ahora quiero ver el programa de fútbol que me has interrumpido —dijo, y sin esperar la respuesta, quitó el *mute* y el ambiente fue invadido por el volumen alto de la tele.

Dejó al señor atrás con un sabor agridulce.

Cerró la puerta y arrancó la Ducati. Con un golpe de gas, la rueda posterior se deslizó sobre la tierra y colocó la moto en posición contraria, directa para salir.

Tuvo que sortear los charcos y la arena que había encontrado a la ida.

Le pareció menos terrorífico ese camino de tierras casi movedizas a la vuelta; no obstante, tuvo que lidiar con la viscosidad del terreno, al que, desde luego, no estaba hecha la moto.

Cuando tocó el asfalto, como por arte de magia, la cobertura volvió. Miró hacia atrás. Los dos muros de vegetación se perdían en la oscuridad de la noche. El anciano debía de tener algún tipo de dispositivo de inhibición para móviles.

Suspiró y consideró que había sido afortunado, podía haber sido uno de la banda y estar ahora en una furgo quemándose vivo o tirado en algún barranco.

Dio gas y recorrió el asfalto. Las ruedas seguían salpicando el barro que se había adherido a ellas.

Recorrió la carretera de curvas con extrema prudencia, aunque la lluvia había cesado, los neumáticos seguían muy sucios.

Fue al primer lavadero abierto veinticuatro horas de una gasolinera y se metió en un box. Activó el aspersor introduciendo una moneda y se quedó un buen rato quitando barro del fuselaje.

No era una moto para esas locuras, sino para circuitos o carretera normal. Eliminar lo antes posible los restos de barro en las partes mecánicas lo tranquilizaba.

Cuando acabó, se limpió la chaqueta y los pantalones como pudo en el lavabo de la gasolinera. Al regresar, la moto ya estaba decente. La arrancó y se fue a casa.

El cansancio le estaba pudiendo y la presa de las dudas y preguntas se volvió a abrir.

Pensaba en los puntos de unión que tenían hasta el momento y que no dejaba de repetirse: Cazador; escopeta recortada calibre 12; ojos azules, hoy, dinero, mañana, caos; y la última, municiones para una guerra.

Eso último lo asustaba. ¿Qué querían esos tipos?

¿Cómo podían estar preparados para tanto si no querían dinero? Pero sí que se lo llevaban.

Cuando llegó a la salida hacia su casa, tuvo un segundo de duda, pero el manillar de la moto no se giró. Siguió recto. Un instinto lo llamaba a ir adelante, no girarse, ir a ella, como muchas veces hacía.

Siguió por la Ronda de Dalt hasta que esta se convirtió en Litoral.

Salió por el distrito 22@ y aparcó debajo de un rascacielos. Apagó la moto y activó la alarma.

Fue al portero automático, pero antes de apretarlo miró la hora; eran las dos pasadas.

Se dio cuenta de lo tarde que era. Entonces sacó el móvil y le envió un mensaje. Sin preguntar nada más, como hacen los buenos amigos o las personas que te quieren, le dijo que subiera.

Cuando la puerta se abrió, Ana Cortés iba en pijama y se restregaba los ojos. La luz del pasillo la cegaba.

—Pasa —dijo ella.

Él pasó y se quitó las zapatillas llenas de barro, que no había podido limpiar.

—Por todos los demonios, Álex, ¿dónde te has metido?

—Es muy largo de explicar.

—¿Sabes qué hora es? —susurró—. Todos están durmiendo.

—Lo sé, pero tienes que ayudarme a entender quién es el Cazador y qué anhela.

—¿Qué? ¿A estas horas?

—Sí, creo que van a robar otro furgón blindado y será antes de lo que imaginamos.

23

Ana estaba visiblemente dormida.

Cerró la puerta después de pasar el hermano. No tenía ni idea de a lo que iba ni por qué acudía a esa hora tan intempestiva de la noche. Solo sabía que tenía que ser muy importante.

Apagó una pequeña lámpara en el recibidor y fue a la cocina siguiendo la luz que entraba por las grandes ventanas que dejaban pasar el haz de la luna.

Encendió la tenue bombilla de la campana de extracción.

—Pensaba que te habías peleado con Karla —dijo ella después de bostezar —. ¿Quieres una tila?

Álex aún no se había apoyado ni sentado en ningún sitio por el miedo a ensuciar.

—¿Quieres unos pantalones o un chándal limpio?

Álex se miró y se encogió de hombros.

Ana puso los ojos en blanco. Esperó a que la tetera silbase y vertió el agua hirviendo en la taza con el sobre. Fue a buscar unos pantalones limpios de Javier y una sudadera.

—Toma, ponte esto —dijo, y lo esperó fuera de la cocina.

Cuando Álex se presentó, ella se puso un dedo delante de la boca y le indicó que la siguiera.

Subieron las escaleras y entraron en su despacho. Cerró la puerta y Álex se sentó en el sofá delante de la ventana. Pensó que con unas vistas así se quedaría embobado viendo las olas que se dibujaban bajo la luz de la luna.

—¿Cómo está Karla?

Él bajó la vista, mientras que ella se sentaba en su sillón detrás de su escritorio.

—Está en casa, vengo de hacer unas visitas, ya sabes, solo.

—Álex, ¿qué has hecho? ¿En qué te has metido?

Este suspiró y la hermana sopló en la taza.

—Me han endiñado el caso de los atracadores de los furgones blindados.

—Vaya, estás *on fire*, hermanito.

—No es nada satisfactorio. Es un marrón. Dejan demasiados muertos en sus atracos. No solo agentes de PortaSegur, también civiles.

—Lo sé, he estado al tanto de las noticias. ¿Estás seguro de que con Karla va todo bien?

—Sí —mintió—. No vengo por problemas del corazón, vengo por otra cosa.

—¿Qué te pasa?

Álex no sabía cómo empezar con lo que quería preguntarle, así que le sacó las hojas que se había guardado en los pantalones secos y se las dio a Ana.

—¿Qué es?

—Es la foto del cabecilla de esa banda. Encontramos el móvil de la mujer que murió en el último atraco y la foto que capturamos es esta, del asesino.

Ella la observó y luego levantó la mirada.

—Este material no lo tiene la prensa.

—Lo sé, no lo hemos filtrado.

—Ya. ¿Qué quieres de esto? —dijo, indicando la foto del Cazador.

Álex tuvo que explicar rápidamente todo lo que había pasado. Los tres atracos. El *modus operandi*, las muertes, lo que había encontrado, el Mercedes y las municiones vendidas por el anciano. Todo. Hasta que llegó a la foto del hombre que tenía en la mano.

—Lo hemos llamado Cazador por la escopeta.

—Muy acertado, desde luego. Le pega —dijo con un tono casi sarcástico, y bostezó—. Pregunto: ¿no podías venir mañana?

—Necesito que me digas qué ves.

—¿Sabes que mañana también te lo habría dicho? Cuando me despiertan por la noche, luego me cuesta volver a dormirme y se me desfasa todo el día. No somos todos como tú, que funcionas con pocas horas dormidas y que te acuestas y te duermes enseguida, como si tuvieras un botón. Maldita sea.

—Escúchame. Lo siento, pero tienes que ayudarme. Necesito saber cómo es y cómo puedo coger a este malnacido.

Ella resopló y volvió a mirar la foto.

—Si el jefe tiene una escopeta calibre 12 y todos los otros, unas armas de fabricación rusa, es que quiere destacar sobre el clan, está claro. Su mirada es de venganza y de sadismo. Puede que sea un psicópata o un narcisista. Álex, con lo que me has dicho, no es un simple atracador, ni un delincuente organizado. Yo creo que es un perfil mucho más complejo.

—Por eso vengo a que me ayudes.

Ella dejó las hojas y cogió la taza con la humeante tila.

—Si tuviera un pasado militar, preferiría un fusil militar, pero lo que creo que nos dice con una recortada, que no es un arma de precisión, es: «no soy experto en armas, pero uso el sentido común». Es rudo, destructivo, visible, brutal, su sello personal. Quiere ser visto y sembrar miedo —afirmó Ana con la mirada perdida, como una médium en pleno trance—. Su organización y disciplina durante los atracos apuntan a entrenamiento paramilitar, probablemente, en escenarios de guerra o misiones encubiertas, pero esto tú ya lo sabías. Si lleva un tatuaje de milicia del este y actúa junto a un comando, eso nos dice que tiene un vínculo ideológico o de identidad con eso. No es solo trabajo, es pertenencia, me atrevería a decir.

—Sí, todo lo que dices me cuadra mucho con lo que pensaba. El Cazador es un exhibicionista.

—No, creo que es más un mesías, sobre todo, por lo que me has dicho que han pintado en los furgones «Hoy, dinero; mañana, caos».

—¿Qué piensas de esa frase, Ana?

Ella regresó a ese estado catatónico donde encontraba las ideas y reflexionaba sobre esos asuntos difíciles de abordar.

—Mira, creo que este tío no roba por el dinero en sí, sino por poder, por un impacto, por un mensaje.

—¿Un mensaje?

—No sé cuál es, habría que preguntárselo.

—Cuenta con ello, un día se lo voy a preguntar y le romperé la cara. O a lo mejor será al revés: primero, se la romperé y luego, se lo preguntaré.

—Álex, bájate los humos. Ya tienes bastantes problemas y enemigos en esta ciudad como para ir recolectando más —regañó Ana.

—No tendré piedad, tenemos que cogerlo antes de que haya más muertes.

—En fin, haz lo que quieras, total, siempre lo haces —replicó, sopló en la taza y dio un par de sorbos muy pequeños antes de seguir—. Lo que te digo: es una declaración ideológica. Parece que este tío trata el dinero como una herramienta, a lo mejor es lo que quiere, su verdadero objetivo es la humillación del sistema. Le puede haber pasado algo que anhela un colapso de nuestra sociedad. Puede que esté buscando una guerra urbana, una operación psicológica dentro de la ciudad. ¿Me explico?

Álex, que la miraba de soslayo pero con enorme atención, se levantó. Se acercó a su taza y olió su interior.

—Me has dicho que no querías nada.

—Todo esto que me cuentas, ¿lo has visto en la foto o te has aliñado esta tila con alguna sustancia psicotrópica? ¿O es lo que has visto en sus ojos? ¿Sabes interpretar la mente de las personas leyendo su iris?

Ana sacudió la cabeza.

—Eres muy idiota, Álex. Ve a sentarte.

Él se sentó. Al hacerlo, comenzó a sentir el cansancio en su cuerpo, era hora de retirarse y dejar dormir a su hermana. Él tenía que dormir unas horas y seguir la investigación.

—¿Qué más ves o sientes o crees? —dijo, ya sentado de nuevo en el sofá.

Ella suspiró.

—Álex, yo creo que este tipo muestra una ausencia total de empatía. Es verdad que, si pudiera estudiarme más los ficheros y el caso, te daría más información, pero estoy segura de lo que te he dicho, tal y como he visto en vídeos que corren por internet y por la prensa, añadiendo tus detalles y el hecho de que mate a todos los guardias de los furgones sin dudar. Pero, desde mi punto de vista, Álex, no es impulsividad, no, es ejecución táctica. Podría sufrir perfectamente un trastorno de personalidad antisocial o incluso psicopatía instrumental: alguien que no siente culpa y racionaliza la violencia como herramienta de control.

—¿Como herramienta de control? Es decir, mata aunque esos pobres agentes no sean una amenaza, como un puñetazo en la mesa y decir «¡aquí estoy yo!», ¿no?

—Algo así. No hay rastro emocional en sus actos. Todo parece planificado, ritualizado, con firmas simbólicas. Creo que esto es importante, lo interpreto

como una necesidad de control, no solo eficacia.

—Entiendo, sigue —dijo, aturullado por tanta información a altas horas de la noche.

—Además de lo que me has dicho, creo que es una persona paranoide y meticulosa. Estudia mucho las rutas, los tiempos, los procedimientos. No ha realizado ni un solo golpe sin menos de cinco millones de euros. Eso es precisión y estudiar. Seguir, estudiar. Ya sabes cómo puedes cogerlo…

—¿A qué te refieres?

—Álex, estás más dormido que yo. Pues siguiendo a un furgón de PortaSegur.

—¿Sabes cuántos de esos malditos furgones amarillos hay en la ciudad?

—Ya, pero seguro que no llevan tanto dinero en cada viaje. ¿Un topo?

Álex asintió y se mordió un labio. Se pasó la mano por la barba desaliñada y respondió.

—He hablado con la directora y dice que no tienen ningún topo, ningún informador. Pero también es verdad que no me habría admitido su presencia si lo tuvieran.

—Si este tío es un paranoide, solo influye a tu favor, es muy previsible que cambie de vehículos y que no se repita nunca exactamente igual.

Álex asintió y entre las decenas de preguntas que tenía le hizo la más transcendental, la más importante a largo plazo.

—Caos. ¿Qué te dice?

Ella dio un sorbo, esa vez, más largo, ya que la tila estaba a una temperatura que podía beberse sin quemarse.

—Creo que se siente un mesías. Puede que tenga una misión, como te decía antes de «yo limpio el sistema». Esto, Álex, le da mucha más predictibilidad de lo que crees.

—Gracias, me has ayudado muchísimo.

—No pasa nada, pasaré la factura a tu jefe.

Él sonrió.

—Un último consejo, Álex, para capturar a este tipo de criminales, no tienes que pensar como un policía, sino como si persiguieras a un ideólogo, militar, con un ego herido que busca protagonismo.

—Tienes razón. Pero ahora me tengo que ir, es demasiado tarde, hermanita —dijo, y se levantó.

Ella no lo hizo y cuando él se dio cuenta, se giró.

—¿No bajas?

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no está aquí Karla? ¿Qué ha pasado, me lo vas a decir?

Él bufó y se pasó la mano por sus rizos largos, desaliñándolos y moviéndolos, pareciendo que por un segundo tuvieran vida propia.

—Hemos ido a un médico y no puede tener hijos.

Ella se mordió el labio inferior, sus cejas se enarcaron, casi tocándose, a pesar de ser muy finas.

—Me lo imaginaba.

—¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros.

—¿Hay alternativas?

—Lo veremos, es una noticia de esta mañana.

—¿Y tú qué haces a las tres de la mañana por ahí y no estando con la mujer que quieres en un día tan importante?

Él no pudo responder, sin quitarle los ojos a su hermana. Entonces ella se levantó, dio el último trago a lo que quedaba en la taza y se acercó.

—Lo más importante no es la respuesta del médico, Álex, sino lo que vas a hacer tú —dijo, y le apoyó el índice en el pecho—. Eso es lo principal. No tanto lo que nos pasa, sino qué hacemos con lo que nos pasa.

Los dos hermanos Cortés se miraron a la cara. Esa era la versión hermana mayor que le molestaba a Álex y le producía sarpullido, que le reventaba en ocasiones, pero solía tener razón ella. Lo que más se acercaba a una versión de madre que tenía en Barcelona.

—Ahora dime, Álex, ¿qué vas a hacer tú con esta noticia?

24

Álex tardó muy poco en llegar a casa a esa hora de la noche.

El tráfico nulo le permitió cruzar de punta a punta la ciudad en un tiempo récord. También mérito de su moto y que sabía perfectamente dónde estaban todos los radares fijos.

Salió del despacho de su hermana con un sabor agridulce en la boca.

Tenía un retrato robot del criminal de la recortada. Un retrato no tanto de su cara, sino de su personalidad y de su psicología. Era alucinante cómo la psicología, la antropología y la criminología componían, a partir de detalles mínimos o no tan mínimos, una foto tan completa de un individuo.

Cada vez que hablaba con Ana, se quedaba sin palabras. Era increíble, por eso acudía a ella.

Pero el sabor amargo era por lo que dijo de Karla. Tenía razón, debería haberse quedado en casa esa noche, abrazarla, hablar, beberse la botella juntos. Pero no lo hizo, priorizó el trabajo.

Entre las curvas de la carretera que subió hasta Collserola, se dio cuenta de que no era eso. No se había ido a ver Patricia Portos porque necesitara información, eso lo podía haber hecho al día siguiente. No, lo había hecho por cobardía. No quería estar en casa y afrontar el tema.

Se sintió un gusano.

¿Cómo podía hacer eso y pretender ser un buen padre si a la primera se escabullía?

Ese pensamiento, esa verdad, fue una punzada en el corazón. Le dolió al ego. Así que aceleró aún más por la calle hacia casa. Iba tan rápido que las curvas las tomaba casi con la rodilla raspando el asfalto.

El sentimiento de culpa creció. No se merecía su amor. Admitir que prefería el trabajo a estar con Karla empeoraba las cosas.

Entre esas curvas, se hizo a sí mismo la pregunta más importante: ¿realmente la quieres, Álex?

Una lágrima se escapó dentro del casco y un ligero vaho se comenzó a depositar en la visera.

Aceleró en la recta y frenó al inicio de la curva. La cogió más rápido de lo que debía y, al volver a enderezar la moto, culeó; si no hubiese tenido firmeza en el agarre del manillar y fuerza en los brazos, se habría soltado y proyectado contra la montaña.

Dejó de acelerar y jadeó del susto, con la adrenalina en el cuerpo.

Llegó a casa con una punta de gas para no despertar a Karla.

Aparcó y entró en ella. Vio cómo en la cocina había dos copas de vino limpias, una botella y una nota: «Pensaba que volverías. Me he ido a la cama. No me despiertes».

Un peso en los hombros casi lo aplastó. Se sintió aún peor. Pero ya el daño estaba hecho. Se metió en la cama. El cuerpo de Karla estaba a su lado. Caliente y firme. Las ideas más traviesas le vinieron en la mente. Le acarició las curvas del costado. Ella se dio cuenta y se giró. Lo abrazó, casi como un acto reflejo. Así se durmió, aún con la pregunta en su mente: ¿realmente la quieres, Álex?

* * *

Llegaron a la cafetería como siempre.

No intercambiaron muchas palabras esa mañana. Álex no era muy bueno disculpándose y pasando página en las situaciones complicadas. Se sentía culpable, sí. Tenía ganas de pedir perdón, sí, pero era más fuerte que él y no le salía, le costaba muchísimo.

Hojeó el periódico mientras disfrutaba de la caracola de pasas aún caliente del horno. Karla, con otra igual, miraba noticias en el móvil. Ese día, las más importantes eran por la llegada a Barcelona del Queen Alexandra's Collier por una exposición de joyas reales.

—En fin, ¿me vas a decir lo que hiciste ayer?

Álex levantó los ojos y cerró el periódico. Esperó a tragar el bocado de bollo e intentó hacerle el resumen de todo lo que había conseguido averiguar.

Primero, la visita a la traficante. Luego, a Ettore, el anciano de las municiones, pero dejó en el aire que fuera él quien las proporcionó. Había jurado no dar pistas de dónde había estado. Era el precio de haber pasado la noche al otro lado de la legalidad. Si Karla hubiese sabido que una de las balas del Cazador venía de ese hombre, lo habría estrangulado con sus manos.

Y, por último, la visita a Ana.

Lo peor que le pareció fue su última parada.

—Podías haber esperado a esta mañana, habríamos ido juntos, ¿no te parece?

Él dio un sorbo a su café con leche. El no responder ya sabía Karla que era como admitir que tenía razón.

—Si quieres, le digo que vamos un día de estos a cenar.

—No es lo mismo, Álex.

Él lo sabía y se avergonzaba.

—Tienes razón.

Ella bajó la vista.

—Estás muy raro, Álex, tenemos que hablar, ayer te esperaba y no viniste. Esto no está yendo bien. Cuando realmente te necesito, nunca estás. Esto… —dijo, y se mordió la lengua. Cogió el café y se levantó—. Vamos, es tarde.

Álex la cogió de la mano, impidiendo que se fuera.

—Dime…

—No, ahora no. Llegas tarde. Debimos hablar ayer.

Álex bajó la vista y cogió su vaso, aceptando su error. Decidió dejar que pasaran unas horas antes de volver al asunto; tenía que hacer una llamada urgente que llevaba toda la noche pensando y cuya idea se la dio su hermana.

25

Después de haberse tragado el orgullo con Karla y recibir un gancho emocional muy merecido, se dispuso a llamar.

Se fue a la sala de *briefing* para que lo dejaran en paz.

Marcó el número de la central de PortaSegur y se presentó.

—Necesito hablar con la directora —pidió Álex.

La mujer que le había respondido le indicó que pasaría la llamada a su despacho. Otra mujer le pasó a la secretaria personal de la directora y esta le dijo que estaba ocupada.

—No sé si le ha llegado la información, pero soy el sargento Cortés, llevo el caso de vuestros furgones, necesito hablar con ella ¡ahora! —exclamó con contundencia.

La mujer al otro lado esperó, se escuchaba la respiración. La secretaria personalísima de la directora, la señora Núria Figueres, estaba en un dilema profesional: llamar a su jefa con la seguridad de posibles gritos de «te he dicho que no me pasaras ninguna llamada» o, en cambio, que la cosa pasara en su justa medida como miles de anécdotas que explicaba por la noche durante la cena a su marido.

—Por favor, es muy importante, necesito hablar con ella —rezó Álex—. Cogería el coche e iría, pero me llevaría toda la mañana para una simple y rápida conversación que puede ayudaros en todo este asunto.

La mujer al otro lado del teléfono suspiró nerviosa.

—De acuerdo. Está con un alto directivo de Madrid, pero se la voy a pasar —claudicó la mujer.

Álex no pudo verlo, pero ella se santiguó.

Esperó unos segundos con una música de espera que tenía que ser la misma que aparecía como fondo en las publicidades de la televisión. Una de

esas que se componen para una empresa floreciente y con un alto presupuesto en *marketing*.

—Espera un segundo. Discúlpame, parece importante —dijo la directora—. ¿Sí?

Ese sí fue un sí alargado, casi estirado, más parecido a una adolescente que a una directora de una sucursal de PortaSegur.

—¿Directora Figueres?

—Dígame, sargento, ¿qué quiere? —preguntó, y a los pocos instantes de haberlo dicho, sintiendo en sí misma la mirada del alto directivo de Madrid, cambió de tercio—. Sargento, ¿en qué puedo ayudarle?

—Es urgente. Necesito que me ayude con un tema.

—¿Cuál?

—Necesitamos una lista de todos los servicios que tienen programados para las próximas semanas.

La mujer parpadeó dos veces con esas largas y cuidadísimas pestañas que cada mañana se cepillaba con rímel.

—Esa información es confidencial, sargento.

—Lo sé, por eso la necesito. No sé si tienen un topo o no, pero esto solo acaba de comenzar si no lo paramos.

—Imposible. Es información de nivel tres, no pienso compartirla —se negó, categórica.

Álex suspiró y se pasó una mano por el pelo, despeinando los rizos. Dio un trago al café que se había llevado consigo de la cafetería y siguió.

—Mire, esto no es una broma, se lo aseguro, esto solo ha empezado. Necesitamos una lista de las cargas de los furgones de la próxima semana, solo los que excedan los tres millones de euros. No, mejor quince días.

—No. Punto.

Del otro lado del auricular, en el despacho de Núria, se escuchó una voz masculina; su visita preguntó qué estaba pasando.

—Mire, el mayor Aragonés me ha endiñado este caso. Y alguien por encima de él se lo ha pedido, incluso alguien de su empresa desde las altas esferas. No me gustaría que el día que me pregunten por qué siguen los atracos y por qué no los paramos, tenga que apuntar el dedo hacia usted como

principal responsable por no querer colaborar con la policía, ¿me ha entendido?

—Sí, pero es una cuestión de seguridad.

—Es una cuestión de que tiene que confiar en mí y en mi equipo.

—¿Ha conseguido algún avance?

—Alguno, estamos trabajando sin descanso, pero necesito esa lista o esto no avanzará.

La mujer no respondió. Solo se escuchó del otro lado el crujir de la piel de su sillón. Al dejar su ridículo peso de mujer adicta a las pocas calorías y al gimnasio de alta directiva eficiente, exhaló en signo de rendición.

—Está bien, pero no se las puedo enviar ni por teléfono ni por *mail*, solo presencialmente. Una hoja. Venga a buscarla. Tendré que firmar un montón de papeles, pero en una hora estará su lista preparada —refunfuñó como si fuera un juramento de muerte—. Y me tiene que prometer…

Álex la interrumpió.

—Le mandaré a mi mejor hombre. Esa información será oro, nadie más la mirará. Se lo aseguro, aunque sea la última cosa que juro en mi carrera de *mosso d'esquadra*.

—Está bien, sargento. Una hora. Adiós —confirmó, y colgó.

Álex miró la pantalla del teléfono y dio un trago al café.

Cuando pasó delante de la pizarra del *briefing*, vio las hojas enganchadas y las anotaciones.

Cazador. Escopeta calibre 12. Ojos de hielo. Hoy, dinero; mañana, caos.

Dejó el café y cogió un rotulador especial para la pizarra de los que se borran.

Debajo de la última línea que había leído añadió dos cosas más; municiones para una guerra, furgoneta con un cortacésped en fondo azul.

Una vez escrito, dejó el rotulador y se fue de la sala, directo a Iván.

Esperó a que colgase y, de forma discreta, casi susurrándole al oído, le dio la misión más importante de los últimos días: recoger la lista. Solo él y con un coche camuflado. Tenía que ir a la central de PortaSegur y recoger algo, no podía comentarlo con nadie, solo tenía que entregárselo a él en persona. Nada más. En una hora.

—Vete ya, mejor que esperes allí… Llévate una revista o un libro. Cuando lo tengas, me avisas.

Iván asintió y, como un buen soldado o, mejor, un autómata, bajó la cabeza en señal afirmativa. Casi tocando con la barbilla el pecho.

Álex buscó a Laura en su escritorio. Alan seguía revisando cámaras y siguiendo las estelas de los coches del atraco. Se habían dividido: ella buscaba más imágenes de los atracadores en comercios por los que habían pasado. Alan se lo decía y ella buscaba.

—¿Cómo estaba la hamburguesa? —preguntó Álex.

Ella sonrió.

—Gracias, muy buenas.

—Alan es un poco…

—¿Rarito?

Álex se encogió de hombros.

—Pero es buen chico.

Ella se ruborizó y bajó la vista.

—Escúchame, necesito que dejes de momento lo que estás haciendo y que me ayudes con esto. Tienes que buscar una furgoneta con un cortacésped en un lateral y con un fondo azul.

—Una empresa de jardinería.

—Es lo que pensé. El comando del Cazador robó una furgoneta con ese distintivo y la usaron para llevarse municiones.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso da igual. Tienes que buscar una empresa con ese logo.

—¿En Barcelona?

—Amplía el radio, toda la región.

Ella abrió los ojos. Sus preciosos y claros ojos grandes de par en par.

—Eso me llevará un montón de tiempo.

Álex, después de haber contemplado sus preciosos iris debajo de la luz de la oficina y percatarse de que nunca antes se había dado cuenta de lo bonitos que eran, se miró el reloj.

—Ya hemos perdido diez segundos —replicó, y se fue.

Pasó al lado de la mesa de Karla. Ella lo vio.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Ahora vengo y te explico —contestó mientras seguía caminando.

Entró en el despacho de Jordi Bosch, del Área de Cooperación Internacional.

Este estaba hablando por teléfono y, al ver la cara del sargento, se despidió.

—Luego te llamo —concluyó la llamada, y dejó el auricular—. Sargento, ¿qué ha pasado?

—Llama a tu contacto de Madrid de la Interpol, quiero hablar con él.

26

Marc y Yolanda hacían su ronda matutina.

La mañana nublada no hacía presagiar que fuera una de esas que se recuerdan por algo en concreto. Pero se equivocaron.

Desde que eran compañeros de patrulla, siempre bromeaban con qué ocurriría ese día para recordarlo. Ya habían vivido varias situaciones dignas de perdurar.

Como cuando un sintecho le hizo una herida en la pierna a Marc, o cuando persiguieron un coche robado, o cuando encontraron a un anciano muerto en su casa, y así sucesivamente. Pero nada los había preparado para lo que presenciarían ese día.

Hacían la ronda por la zona de Sarrià-Vía Augusta, callejeando, vigilando que todo estuviera correcto. Si hubiera una llamada, irían corriendo a donde les indicara la comisaría por la radio.

Hablaban de un programa de Buenafuente. Ella repitió unos chistes graciosos de Berto con un invitado, imitando su voz, desde la admiración y desde el compartir del momento divertido que había pasado la noche antes con su familia. Era una gran fan de Andreu.

Avenida Augusta, calle Margarit, calle d'Anglí y siguieron por la calle del General Vives.

Fueron avanzando dirección Llobregat hasta ver la Ronda de Dalt, que estaba colapsada.

Yolanda señaló la Ronda.

—Son las diez y mira cómo está.

—Tiene que haber ocurrido un accidente… —insinuó Marc.

Ella se acercó al salpicadero para ver mejor.

Entonces algo le llamó la atención a Yolanda.

—¡Quieto! —ordenó, y abrió la puerta del copiloto.

Bajó y se acercó a la meridiana que separaba la circunvalación, que estaba a unos diez metros por debajo de ellos.

La escena que vio la dejó sin aliento por unos instantes, con la boca abierta.

Había corrido una circular por la comisaría sobre el peligro inminente de un nuevo atraco de la banda de los furgones. Y así fue, el destino hizo que Yolanda y Marc estuvieran presentes en el momento adecuado.

Solo un disparo pesado, burdo y grueso hizo que la mujer se moviera. Un hombre con una recortada había disparado un cartucho contra un guardia de PortaSegur, que yacía en el suelo.

—Aquí, agente… —dijo ella mientras apretaba el botón de la radio que llevaba colgada en el chaleco.

Dio su número de identificación y el lugar donde estaba.

—Atraco con tiroteo, estamos presenciándolo. Manden refuerzos.

—Entendido, no intervengan. Repito, sujetos muy peligrosos: no intervengan.

Yolanda, que estaba acostumbrada a cosas livianas y a, como máximo, el levantamiento de un cadáver, hizo de tripas corazón y pensó que ese era su momento. No podía acobardarse por esa gente que estaba sembrando el pánico en Barcelona.

—¿Adónde vas? —gritó Marc, viendo cómo corría Yolanda hacia la derecha.

En cuanto ella se movió, una carga explosiva hizo saltar las puertas traseras del furgón amarillo.

Ella se echó hacia atrás. Esperó unos segundos y se volvió a acercar para ver mejor.

No había un furgón, sino dos. Pero solo a uno le habían reventado las puertas. En el de atrás, salían llamas del vehículo y los guardias estaban en el suelo. Yacían sobre un charco de sangre. Se dio cuenta de que el parabrisas parecía un colador.

Los dos furgones estaban atrapados entre un camión que cortaba la carretera por delante y una furgoneta que lo hacía por detrás.

Todas las personas de los vehículos que estaban tras la furgoneta habían abandonado sus propios coches y corrían en dirección contraria al atraco.

Los ladrones sacaban las maletas del primer furgón y las cargaban en un SUV blanco. Casi no cupieron todas; se dio cuenta de que tuvieron que apretarlas para que el maletero del vehículo familiar se cerrase.

Cuando acabaron, Yolanda decidió actuar. Sacó el cuerpo del muro y se asomó, sin pensar en la posibilidad de que le disparasen. Apuntó a la cabeza del que parecía el jefe, con un pasamontañas y una recortada. Este gritaba y daba órdenes. Si hubiese estado en una redada en Irak y en una milicia, habría disparado al cabecilla para disolver y hacer entrar en pánico al resto.

Apuntó al hombre de la recortada y puso el dedo en el gatillo.

En ese momento, Marc se acercó y uno de la banda lo vio.

—¡Policíaaa! —gritó el bandido.

El cabecilla se giró, vio cómo lo apuntaban y se agachó. La bala le rozó y se clavó en el costado de un compañero.

La respuesta del comando fue una lluvia de balas de sus fusiles automáticos de producción rusa.

Dispararon tanto que no tuvieron una segunda oportunidad de hacerlo.

Cargaron al herido en un coche y los otros se subieron.

El copiloto se asomó por el techo panorámico abierto para seguir disparando hasta que entraron en un túnel de la Ronda y desaparecieron, dejando caos y seis víctimas, los agentes de seguridad de los furgones.

Marc se enfureció al haberla visto casi muerta. Y, aunque había resultado herida, consiguió algo que no había conseguido nadie: dejar un rastro y provocar una variable inédita. Ahora, las cosas comenzaban a cambiar.

27

—Por favor, Álex, no podemos llamar otra vez a la Interpol y molestarlos —dijo Jordi Bosch.

Esa respuesta sorprendió a Álex.

—¿Molestar? ¿Perdona? Ellos trabajan para nosotros —respondió, alterado, y, bajando de tono, ordenó—. Llama.

—Pero, Álex…

—¡Llama! —ordenó más alto.

—Está bien, dime lo que quieres y me encargo de preguntarlo. Déjame diez minutos y te cuento lo que me han dicho.

Álex cogió la puerta y dio un portazo tan fuerte que los cristales vibraron y el estruendo se escuchó en todas las plantas del edificio.

—¡Yo hablaré con él!

El agente, que se había sobresaltado en su silla por el portazo, tragó saliva nervioso y bajó la cabeza refunfuñando.

Marcó el número maldiciendo al sargento Cortés. Famoso, guapo e intratable. ¿Cómo podía ser que no lo hubieran expulsado del Cuerpo con ese mal genio que tenía a veces?, pensó.

A Jordi, la voz del otro lado del teléfono le pareció como si fuera un flotador de supervivencia.

—Manolo, siento molestarte otra vez. Voy a pasarte a una persona —dijo, y le alargó el auricular sin mirarlo.

Pero cambió de idea y, tapando el micrófono del teléfono fijo, le dijo al sargento.

—Esto no es lo correcto, yo estoy aquí para hablar con ellos, para hacer el trámite.

—Jordi, ¿te has enamorado de la Interpol o qué te pasa con ellos? —dijo, cogiendo el auricular.

Al agente del despacho del Área de Cooperación Internacional le costó soltarlo.

—Sargento Cortés. ¿Con quién hablo?

Del otro lado hubo un momento de incertidumbre.

—Manolo Fernández, Policía Nacional —contestó con una voz profunda, algo molesta y con acento andaluz—. ¿Qué desea?

—¿Recuerda que le preguntamos por un hombre de ojos azules y pasamontañas?

—Sí, lo recuerdo y la verdad es que no podemos ayudar con tan pocos detalles.

—Tengo más detalles, es un exparamilitar que ha trabajado como mercenario, creemos que en misiones de Europa del Este. Su comando lleva fusiles AK-103.

—Lo siento, es muy poca información para que le saque un nombre, ¿se da cuenta?

Álex arrugó la frente.

—Falta un detalle. Un pequeño e insignificante detalle pero muy importante. Un tatuaje. Suponemos que todos llevan uno en la mano derecha…

—¿Qué clase de tatuaje? —preguntó el agente de la Policía Nacional.

—Una cruz cóncava con alas y una calavera en el medio.

—Eso parece significativo.

—Por eso se lo he dicho.

—Sargento, no tengo ni idea de cómo podemos ayudarlos, sin una huella, una foto o cualquier cosa que no sea el color de los ojos… —replicó, y Álex levantó la cabeza mientras apoyaba sobre la mesa el puño de la otra mano en forma de jarra.

Mientras, Jordi, que escuchaba la conversación gracias a la voz estridente y andaluza del corresponsal de la Interpol, sonrió malicioso pensando que Cortés se lo merecía.

—¿A quién está buscando, sargento Cortés? —preguntó directamente Manolo.

Álex no se lo pensó dos veces.

—Al asesino de guardias de furgones blindados. El que está sembrando víctimas, incluso civiles, como una madre que perdió la vida por grabarlos. Me temo que, cuando no tengan más que robar aquí, si no los detenemos, se pasarán a la capital. Sería mejor cogerlos lo antes posible.

El otro hombre hizo un movimiento extraño con la boca, como si chupara un caramelito o una pastilla Juanola.

—Desde aquí no podemos ayudar…, pero tengo un amigo en el ejército, digamos que en un departamento cuyo número de teléfono no se encuentra en internet, que me debe favores. Déjeme su número de móvil y le llamaré si este amigo sabe algo de este asunto.

—Gracias, apunte… —Recitó el número y se despidieron.

Al colgar, Álex no miró a la cara a Jordi, solo salió de la habitación, pero de una forma cívica.

Se fue al piso donde estaba Karla y se sentó a su lado.

Ella dejó lo que estaba mirando en el ordenador para girarse.

—¿Y bien, novedades?

—Ninguna.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella con curiosidad—. Tengo ganas de otro café de cafetería.

Álex sonrió. Dar dos pasos fuera de allí les vendría bien.

Fue a levantarse y el teléfono de Álex sonó. Lo sacó del pantalón y miró la pantalla. Su expresión suscitó una cierta tensión en la mujer.

—Esto son problemas… —gruñó Álex antes de contestar.

—¿Quién es? —preguntó ella, pero Álex ya había descolgado.

Levantó la mirada mientras contestaba.

—Cortés —dijo, y la voz de la chica que llamaba y lo que le dijo lo dejaron helado.

28

Sus ojos se fueron dilatando con cada palabra de la chica.

Se pasó la mano por la cabeza, despeinando los rebeldes rizos.

Karla no pudo escuchar lo que decía la otra persona de la llamada, pero, por lo que veía en su expresión, no era nada bueno. Lo que no se imaginaba era que fuera tan malo.

—¿Pero dónde? —preguntó Álex.

—En la Ronda Litoral. A la altura del parque del Fórum.

—Mierda, y no es lunes, maldita sea.

Karla, que no dejaba de mirarlo, sacudía la cabeza como diciendo «¿qué está pasando?».

—¿Quién ha llegado al lugar?

—De momento, solo ciudadanos que llaman asustados. Están intentando llegar, está todo colapsado.

—¡Mierda! —gritó, y sin esperar más tiempo, añadió—: Voy directo allí. Cuando llegue, volveré a llamar.

—Pero le he dicho que está todo colapsado, llegarán antes las patrullas de la zona.

—Tengo una moto, me las apañaré.

Iba a colgar, pero entonces se volvió a colocar el teléfono en la oreja.

—Señorita, lo único que podemos hacer es una cosa: activar el protocolo de emergencia. Vamos a mandar a un helicóptero.

Colgó y Karla le cogió por los hombros.

—¿Qué está pasando?

—Han vuelto a hacerlo, están atracando otro furgón. Y no es lunes.

Corrieron hacia la armería, se pusieron un chaleco antibalas cada uno y cogieron más municiones.

Hecho esto, Karla y Álex se marcharon corriendo, llamando la atención de los compañeros, que, perplejos, los veían pasar.

Llegaron a la Ducati y tuvieron justo el tiempo de abrocharse el casco y arrancar dejando una marca en el suelo.

No era habitual verlo salir disparado y, además, con un chaleco antibalas.

Se saltó un semáforo y se metió directo por calle Numancia hasta calle París. Desde allí, por Avenida Diagonal.

Karla lo agarraba fuerte, más de lo normal, para no despegarse entre los movimientos rápidos, frenadas y acelerones de vértigo. Esas velocidades las cogieron el primer fin de semana que tuvo la moto. Se fueron a dar una vuelta por Sant Feliu de Guixols y regresaron por la carretera de Tossa. Unas vistas preciosas, pero no para esas velocidades. En un paisaje tan bonito, no debía malgastarse la oportunidad añadiendo a la visita tanta velocidad. Curvas rápidas, curvas en paella y rectas con cambios de rasante, todo a unos cientos de metros de altura al filo del barranco.

Cuando la Ducati entró en la Avenida Diagonal, se encontró de frente con el sólido tapón de coches que iba desde la calle Aribau hasta pasado Passeig de Gràcia. Luego, volvió a correr como un loco.

Pensaba en Ettore Moretti y en sus municiones, cuántos furgones querían atracar sin pensar que la policía se armaría hasta los dientes o se organizaría para hacerles frente.

Pasada la plaza de Les Glòries, el tráfico se volvió más intenso. Estaban cerca del centro comercial donde sucedió el tercer atraco, pero esa vez no era allí, era en la Ronda Litoral.

Esa escena era un *déjà vu* y, a Álex, los *déjà vu* no le gustaban.

El tráfico era imposible. Entendió enseguida que, al haber cortado la Litoral, ya desde allí, es decir, un par de kilómetros desde el punto que indicó la agente, estaba el tráfico bloqueado.

Sintió el móvil vibrar en el bolsillo. No podía contestar, no tenía tiempo, y lo dejó sonar.

Decidió cambiar de dirección por desesperación. Aceleró y fue hacia la calle de la Selva de Mar hasta la Ronda Litoral. Allí, pudo entrar en la Ronda por la entrada número veinticuatro y avanzó al lado de la fila de coches.

Los conductores, desesperados, habían salido de sus coches e intentaban mirar adelante qué narices estaba pasando; otros seguían en su persistente tarea de apretar el volante haciendo sonar la bocina para que, como arte de magia, la carretera se desatascara.

Aceleró por el carril de la derecha y, al fondo, entraron en el túnel que pasaba por debajo del Fórum. Se podía ver cómo por el otro lado salía una columna negra que ascendía con velocidad.

Imprecó en silencio y aceleró, adelantando a las motos que no sabían si avanzar o retroceder de alguna forma.

Se metió en el túnel y se empezaron a ver las grandes llamas en las que el furgón estaba envuelto.

Siguieron hasta que no pudieron avanzar más. Aparcaron la moto y corrieron hacia el furgón incendiado.

Saltaron la mediana y atravesaron la Ronda Litoral en dirección contraria. Esa parte estaba vacía de coches. Pensó Álex que había sido un idiota, podía haber entrado por la salida.

Cuando llegaron, encontraron una ambulancia que había conseguido llegar y un coche de los bomberos. Estos hablaban por teléfono, ya que, al haber descargado los extintores, no sabían qué más hacer.

Álex se acercó y vio que la escena que tenía delante era completamente diferente a la que había visto en las fotos de los primeros dos asaltos y en la del centro comercial Diagonal Mar.

El primer furgón tenía la cabina destruida, como si una bomba se la hubiera cargado. Los trozos de los cuerpos de los guardias de PortaSegur estaban esparcidos por dentro y por fuera del vehículo. Los cristales blindados habían explotado y los escombros se extendían por la carretera. El resto del furgón estaba intacto pero quemado.

Álex dio la vuelta al coche. La puerta donde guardaban la mercancía estaba cerrada. Eso no lo entendió.

No habían robado.

Entonces se giró a ver dónde estaba Karla, justo detrás de él.

—¿Qué ha pasado? —dijo con la pistola en mano.

Álex se había olvidado de la pistola por completo. Si hubiera pillado a los criminales, se habría encontrado desarmado.

—No está forzado, no lo entiendo —dijo Álex.

—Mejor. El plan no les habrá salido bien —confirmó ella.

Álex se dio la vuelta. No tenía tiempo de pensar, de tomarse las cosas con calma, de sentarse en un muro lejos y ver cómo podía haber sucedido. Necesitaba saberlo enseguida.

Rápido. Eso era algo anómalo.

Se le ocurrió una idea. Núria Figueres le había dicho que todos los furgones irían acompañados de dos en dos. Buscó a los guardias del otro furgón, que seguía detrás de él, a unos veinte metros. El vehículo amarillo creaba una línea imaginaria. Como en una novela de Stephen King, una barrera imaginaria había determinado una zona que no se podía superar.

Fueron a hablar con ellos.

—Sargento Cortés, de los Mossos d'Esquadra. ¿Qué ha pasado?

Los hombres, que estaban sentados a la sombra de su vehículo, seguían en un estado de confusión.

Jadeaban y no se los veía muy centrados.

Pero uno de los dos se levantó, debía ser el más veterano.

—Fue rápido. No pudimos hacer nada —explicó el agente con confusión mental.

Álex lo cogió de las solapas.

—Dime qué ha pasado, rápido.

El hombre dejó de mirarlo a la cara y apuntó con el dedo un punto lejano detrás del sargento.

Álex lo soltó y miró donde apuntaba.

No estaba entendiendo.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Allí, vino de allí.

Álex se dio de nuevo la vuelta.

—¿De allí de dónde? ¡Habla!

El agente, visiblemente en estado de *shock*, dijo lo que Álex nunca se habría imaginado.

29

Cuando Álex estuvo en casa de Ettore Moretti, no se habló de eso.

Cuando cruzó su garaje, tanto al ir como al volver, no se fijó qué demonios había en las cajas. Estaba oscuro, era de noche y estaba cansado. Pero eso no era una excusa. Con Ettore, el anciano traficante, se había equivocado. Tenía que haberlo metido en la cárcel desde el primer momento. Pero entonces se habría echado encima una oleada de consecuencias del otro lado de la justicia, controlado por la traficante número uno: Patricia Portos.

Ese garaje podía contener de todo.

¿Cómo iba a asimilar eso que decía el agente de PortaSegur?

No podía creerlo. Lo que le estaba explicando era de película de Hollywood, de una *Misión Imposible* o una franquicia de Marvel, en alguna ciudad americana, no en Barcelona. En su ciudad, no se hacían esas cosas. Nadie se permitía de usar una bazuca en el casco urbano.

¿Dónde se había visto eso antes?

Eso no entraba en la ley tácita que imperaba en la ciudad. Pistolas, recortadas, pequeñas cantidades de dinamita a lo sumo. Eso todavía. Pero el uso de ese material de guerra abría un melón inexplorado y peligrosísimo. No tanto por la policía o por la ciudad, que también, sino por la banda del Cazador.

El Cazador había declarado la guerra a la ciudad y esa era la prueba.

—Sí, desde allí, desde la plaza del Fórum, un objeto salió desde allí echando humo y de repente impactó contra el furgón de Miguel y Robert. Era un misil. Un puto misil, tío. Como en una maldita peli.

—¿Quién? ¿Has visto quién?

—No, fue demasiado rápido. Explotó y luego fue solo humo y fuego. Frenamos y no pudimos hacer nada.

Ese hombre estaba contando lo que había visto desde una primera butaca, justo delante de él. Estaba vivo de milagro. Podían haber lanzado un segundo misil y, en ese preciso instante, trozos de ese hombre también estarían esparcidos por el asfalto de la Ronda Litoral.

—Está bien, siéntate —indicó Álex, y el hombre, obediente, se sentó.

Álex se giró hacia la compañera.

—Esto no puede ser —dijo Karla—. Nunca nos habíamos enfrentado a esto.

—Esta gente no hace saltar por los aires los furgones, los revienta para robar, no porque sí —argumentó Álex, y añadió—. Quizá es un mensaje.

—¿Un mensaje? —preguntó Karla.

—Ana me dijo que era un narcisista, un tío que podía ser algo así como un guerrillero ideológico. Alguien que busca un fin suyo, que cree ser un mesías. Algo así. Ahora no recuerdo todo lo que me dijo, era tarde.

—Un mesías… —añadió Karla sin entender lo que decía, porque no le cuadraba con lo que había a su alrededor.

—Un loco, vaya, un narcisista o psicópata.

—Ven —dijo Karla, y fueron hacia el furgón en llamas—. Conocían esta ruta y que llevaban un cargamento que no les interesaba.

—Seguramente, no suficiente para robarlo.

—Entonces, ¿por qué lo han hecho, Álex? ¿Han matado a dos personas porque sí? —dijo, y se giró hacia la cola que se había generado por los laterales, donde los conductores habían bajado de sus vehículos y se habían acercado. Algunos seguían tocando el claxon porque no tenían ni idea de lo que había pasado.

—¿No tenían nada mejor que hacer?

—¿Por qué lo has hecho, Cazador? —susurró Álex, mirando a su alrededor.

—No tiene sentido… —añadió Karla—. O sí lo tiene, pero no lo sabemos ver. A lo mejor es como dices, es un mensaje.

—Puede, pero… ¿cuál? —respondió Álex, y recibió una llamada.

Recordó que, cuando iban hacia allí, había recibido varias insistentemente.

Sacó el móvil y respondió.

—Cortés.

—Has ido en la dirección equivocada, Álex —dijo Laura.

—¿De qué estás hablando? Estoy frente al convoy de PortaSegur y esto es un escenario de guerra.

—Ese es el problema, primero atacaron en ese lugar, luego, en la Ronda de Dalt. Y allí sí que han robado —explicó ella.

La sangre de Álex se heló en un segundo. De repente, todo el cuadro de la situación se tiñó del color del entendimiento.

La bazuca, saturar la Ronda Litoral para escapar por la Ronda de Dalt. Hacer reventar y meter miedo en una zona de Barcelona, esperar a que todo fuera hacia un lado y atacar después por el otro.

Un plan maquiavélico y estudiado al mínimo detalle.

El Cazador había ganado otra vez. Esa situación estaba resultando inadmisible. Barcelona estaba bajo la tiranía de un criminal que usaba arsenal militar y tácticas de combate para robar.

Eso se tenía que acabar. ¡Ya!

—¿Dónde?

—Cerca de la Plaza Borràs. Es la información que tenemos.

—Está bien, vamos para allí. Gracias.

—Álex, hay un agente herido.

—Ya me imagino. Aquí hay muertos.

—No, me refiero a que hay un *mosso* herido.

Álex asintió como si la chica pudiera verlo.

—Vamos para allá.

30

Álex y Karla fueron corriendo hacia la moto.

Al pasar, todas las personas que los vieron se quedaron perplejos ante esa actuación tan urgente. Aunque no llevaban ningún cartel que pudiese decirlo, transmitieron inseguridad y apremio.

Arrancaron la moto, dieron la vuelta en medio del tráfico y, circulando en dirección contraria, fueron hacia la primera salida, la misma que habían usado para entrar.

En ese punto, teniendo en cuenta la actuación criminal de los delincuentes, con dos ataques en dos puntos diametralmente opuestos, Álex consideró que tenía que actuar de forma inversa a la que había realizado antes.

Así que retrocedió por la salida y se metió por el siguiente acceso de la Ronda Litoral hacia el otro ataque. Avanzaron hacia dirección Llobregat hasta que encontraron la cola de coches detenidos. Podía haber numerosos kilómetros de distancia, así que hizo lo que había pensado. Llegó despacio hasta la salida y se metió en dirección contraria.

Siguieron hacia su destino con una conducción precavida, por si se encontraban algún coche de frente, pero luego aceleró para llegar cuanto antes. Ronda Diagonal en dirección contraria estaba desierta, el atraco, una vez más, era un tapón, una trombosis que partía la ciudad.

Mientras aceleraba, a Álex le volvieron las imágenes de los conductores detenidos y que le vieron marcharse corriendo. Su abuelo siempre se lo había dicho: «Nunca corras delante de otras personas si no es estrictamente necesario».

Las palabras de Antonio Cortés afloraron de algún cajón mental perdido por el mar de los recuerdos.

Su abuelo sostenía que, cuando alguien de autoridad corre, está dando una imagen de crisis, de urgencia y que hay que escapar. No tranquiliza, sino que altera.

Él, en el momento más importante, no se había acordado.

Resopló dentro del casco y recordó las palabras sabias del viejo hombre al que echaba de menos.

La mano de Karla lo sacó de sus pensamientos.

Una columna de humo fue lo que primero vieron. Ella se lo había indicado.

Luego, al salir del túnel, mientras se acercaban, pudieron apreciar que había camiones de bomberos y ambulancias. Coches de los *mossos* y, detrás, como siempre, los dos furgones blindados de PortaSegur.

Los dos policías se acercaron y aparcaron la moto. Se quitaron el casco y fueron hacia el primer furgón.

La escena se repetía.

Otra vez.

Los cuerpos cubiertos en el suelo. Un furgón medio quemado en mitad de un charco de agua de los bomberos. Balas en el parabrisas y en la carrocería. En un lateral, el mensaje que los acompañaba: «Hoy, dinero; mañana, caos».

Los agentes del furgón que lo seguían también estaban en el suelo. El Cazador y su comando no habían dejado vivo a nadie.

—Tenemos que cogerlos, esto es insostenible —murmuró Karla.

—Estamos dando una imagen de incompetentes y de novatos —dijo Álex, viendo el desastre.

Mientras los dos policías digerían una nueva derrota contra el Cazador, llegó un *mosso* uniformado.

—Sargento Cortés, ¿verdad? —preguntó el agente.

—Sí —respondió, mirando la numeración y sus grados.

El agente suspiró y le hizo el saludo del Cuerpo.

—He llegado justo cuando se fueron los criminales.

—¿Qué pasó?

El agente le explicó todo lo que ya sabían, el mismo *modus operandi* que habían llevado a cabo en los atracos anteriores. Nada nuevo, excepto tres cosas.

La primera era que, en esa ocasión, habían usado una cadena con pinchos e hicieron un tapón de coches detrás de los furgones. Al mismo tiempo, otro equipo colocó otra en el sentido contrario para crear otro tapón de coches para que, con los vehículos preparados, pudieran escapar en una Ronda de Dalt con el tráfico cortado.

La segunda fue que dispararon a una *mossa d'esquadra* que resultó herida.

Pero la mejor, y la más importante, fue la tercera, que uno de los asaltantes estaba herido. Eso era mucho más importante de lo que se imaginaban.

El agente les enseñó dónde estaban las gotas de sangre del criminal. El disparo había dado en el blanco y se podía ver cómo la estela de la consecuencia estaba impresa en el asfalto.

—¿Adónde han llevado a la compañera? —preguntó Karla.

—Al Vall d'Hebron.

Karla le dio con la mano en el pecho.

—Tenemos que ir a ver cómo se encuentra.

Álex se pasó la mano por el pelo. Su mirada estaba algo perdida. Eso le estaba sobrepasando con creces.

Sintió que no tenía que haber cogido ese caso a pesar de todo lo que le habían dicho. No era bueno.

Se sintió inferior, que no podía gestionarlo. Ahí se tenía que desplegar el ejército, o todos los hombres del Cuerpo.

Mientras, como un judas, el sargento Puigverd se estaría frotando las manos por la incompetencia que estaba demostrando el equipo de Álex.

—¿Qué podemos hacer, Álex?

Álex necesitaba estar allí, ver lo que había sucedido, respirar el aire húmedo y digerir el caos que estaba provocando el Cazador.

No todos los días se topaban con unos criminales como esos. Pero se preguntó cómo se esfumaban cada vez como si nada.

Aquello tenía que acabar.

Álex dio una tarjeta con su número al agente y le pidió que lo informara de cualquier novedad.

Regresaron a la moto y condujeron despacio por el tráfico de las calles de Barcelona que flanqueaban la Ronda de Dalt, hasta al hospital donde estaba ingresada la compañera.

Buscaron la habitación.

La mujer recién salía del quirófano. En la sala de espera, sentado, estaba Marc, aún vestido con el uniforme manchado de sangre.

—¿Eres el compañero de…?

Marc se presentó. Estaba visiblemente afectado.

—¿Qué ha pasado?

—Yolanda salió del coche y no esperó a los refuerzos —respondió con dificultad, como si le costara rebobinar.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Karla.

—Los médicos dicen que la operación ha salido bien, pero hay que esperar.

—¿Dónde le han dado?

—Uno de los atracadores disparó dos veces y los balines impactaron entre la protección de hierro y el hormigón. Se colaron por una fisura, nada más que una diminuta fisura. El médico ha dicho que ha tenido suerte, le alcanza la cabeza y ahora estaría en la morgue.

—¿Balines? —preguntó Karla

—Sí, balines.

—El Cazador —añadió ella como con el tono de una persona que llega a una conclusión incómoda, sentida pero dolorosa—. Una recortada, ¿verdad?

El agente asintió.

—Creo que sí, no lo vi del todo bien…

—Seguro, los demás llevan fusiles rusos de asalto.

—¡Maldita sea, Álex! —exclamó Karla en un desesperado grito ahogado—. No podemos dejar a ese asesino por las calles. Primero, una madre que solo estaba en el sitio equivocado. Luego, una compañera. Más de diez guardias de PortaSegur. Esto es una maldita guerra…

Álex se acercó y la abrazó. Ella se dejó abrazar y se calló, casi como si estuviera a punto de llorar y ese abrazo la aguantara para que no cayera emocionalmente.

—Vámonos a la central, aquí no podemos hacer nada —dijo Álex.

Luego, le dio una tarjeta de visita también a este agente con la petición de informarlo sobre la evolución de la agente.

No les dio el tiempo a salir del pasillo cuando el teléfono de Álex sonó.

En la pantalla, había un número y su origen: Sabadell.

Se detuvo y se pasó la mano por los rizos.

—¿Qué pasa, Álex?

—Me apuesto a que es el mayor Aragonés.

Karla bufó y le indicó que lo cogiera, tenía que ser importante, mientras que ella se sentaba en una silla.

31

El despacho del mayor Aragonés estaba exactamente igual.

No había cambiado nada.

Desde la silla en la que Álex estaba sentado al otro lado del escritorio del jefe, solo reconoció que el calendario había cambiado. El resto era exacto a como lo recordaba.

El mayor estaba mirando por la ventana con las manos detrás de la espalda.

Mientras esperaba para entrar, Álex recordó cuando ese hombre le confesó el plan de futuro que tenía para él. Pero Álex no lo aceptó, él quería investigar, capturar maleantes, sin politiqueos, sin gestionar comisarías y sin dar cuenta al presidente de turno. No, esa vida no era para él.

Álex se sentía afortunado con Karla, con su moto, con su vida como sargento, no como mayor.

—Somos el hazmerreír de la policía —dictaminó Aragonés—. Madrid quiere enviar a la Guardia Civil y al ejército para que tome el mando de todo esto —dijo, y miró algo en su escritorio—. Sí, no me equivoco, el ministro del Interior ha dicho tal cual: puticlub. Barcelona se ha convertido en un puticlub. Con perdón por las mujeres presentes, pero son palabras del ministro. Esto no podemos dejarlo así. Tenemos que adoptar medidas, en menos de un mes, cuatro atracos. Nos están tomando el pelo, Cortés. ¿Y qué ha hecho? ¡Nada!

—¡No llevamos ni una semana al mando de esta operación! —intervino Karla.

Álex se giró hacia ella. Le hubiera gustado decirle que se lo agradecía y le habría sonreído, pero fue serio y apoyó la mano encima de la suya. Que era lo mismo que decir «déjalo que hable», aunque no fuera del todo justo.

—Cabo Ramírez, por favor. Entiendo su fervor agudo para la justicia y aún más agudo por su pareja sentimental, pero tiene que entender que a mí me

exigen resultados. Y si no los doy, la tenaza de la política y de la opinión pública aprieta nuestra chepa —replicó, y se sentó en su sillón negro.

En el respaldo, estaba su americana. Los había recibido en camisa, como si fuera una reunión informal, aunque de informal no tenía nada.

—Disculpe, señor, es que…

—Lo sé, cabo Ramírez, no hace falta que se explique, sé que tiene fuego en su interior —interrumpió.

Álex subió la cabeza, pasó la mano por su pelo, remolinando sus rizos, y parpadeó un par de veces.

—¿Qué les ha contestado? —preguntó Álex.

—¿Perdón?

—A Madrid, ¿qué les ha contestado?

El mayor Aragonés suspiró y se apoyó en el sillón. Se tomó un segundo antes de contestar, porque quería mirar a Álex a los ojos antes de responder.

—Que la operación es nuestra y que la lleva uno de los mejores hombres del cuerpo.

Álex sonrió rápidamente y asintió por un instante.

—Gracias.

—Gracias un cuerno.

—¿Por qué?

—Porque no me han escuchado.

—¿Cómo?

—Están enviando una delegación de agentes desde Madrid para encargarse de todo esto. Quería ser la primera persona que lo informara. Tendrá que cooperar con ellos y con todo lo que exijan. Me temo que el ejército se hará cargo, el Ministerio del Interior ha declarado el estado de emergencia para quitarle el control a la Generalitat.

—¿Pueden hacerlo…? —preguntó Álex.

—Ya lo han hecho —remarcó el mayor.

Se creó una ambiente de silencio incómodo. Los tres se miraban sin hablar. Nadie se atrevía a decir nada. En el fondo, detrás de Álex, las imágenes espeluznantes del atraco se mostraban por una pantalla sintonizada con el canal de noticias veinticuatro horas de Catalunya.

Unas imágenes de una cámara de seguridad del Fórum ya se estaban emitiendo en el informativo de la mañana.

—Vaya a saber lo que habrán pagado esos periodistas para tener las imágenes —dijo, señalando con la barbilla en dirección a la tele.

Los dos policías se giraron y vieron cómo el misil hizo un corto trayecto y se metió directo en el furgón. La explosión fue tremenda.

—Si eso no llega a ser blindado, se destruye en miles de piezas.

—Ha sido bastante. Tenemos que cogerlos. Tenemos pistas, pero no las suficientes para decir quiénes son.

—¿Qué pistas tiene? —preguntó el mayor.

—Sabemos muchas cosas, pero… —dijo, y bajó la cabeza con la duda eterna de desvelar ciertas informaciones.

Estaban descartados el traficante y Patricia Portos. No era posible, nunca desvelaría esa información. Además, al no haberla compartido con Karla, empeoraría su situación, su relación como pareja. Indiscutiblemente.

Álex se repitió esa frase que se decía y la compartió con el mayor.

—El Cazador. Escopeta Calibre 12. Ojos de hielo. Hoy, dinero; mañana, caos —recitó, pero se guardó para él las últimas dos: municiones para una guerra y una furgoneta con el logo del cortacésped.

—¿Qué es todo eso? —preguntó, perplejo, el mayor.

Álex se giró hacia Karla y le hizo un gesto con la mano. Así que ella explicó quién era ese bárbaro, ese animal, ese hombre que se escondía detrás de un pasamontañas. Ella entró en los detalles que habían conseguido desvelar, la escopeta y el tatuaje. Le explicaron todo. Todo lo que sabía Karla, no todo lo que sabía Álex.

—Está muy bien, pero es insuficiente —dijo con las cejas casi juntas—. Lo lamento, pero tendremos que colaborar con esa gente —se lamentó casi en un tono despectivo, y siguió apuntando al sargento—. Le conozco. No haga nada. No haga tonterías, Cortés, o quien pagará seré yo. Y yo no quiero pagar por su mala cabeza, ¿lo ha entendido?

A Álex no le quedó nada más que asentir y levantarse.

—¿Podemos irnos?

—No, una cosa más —ordenó, y Álex no se sentó—. Hay ciertas relaciones que no se deberían frecuentar.

Álex arrugó el ceño y Karla miró al compañero.

—¿Perdón?

—Ya me entiende.

No, Álex no lo había entendido. Miró de reojo hacia su compañera, ella se estaba extrañando. Pensaría en una compañía personal, femenina, otra mujer en su vida. La relación de pareja en el Cuerpo no era muy bien vista, pero si encima era traicionada, eso sí que era un problema.

Karla pensó en eso, en otra mujer.

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Era del Cuerpo? ¿Cómo podía ser si casi siempre estaban juntos? Y le vino a la mente la noche anterior.

—Yo dejaría de ver a ciertas personas del puerto.

Álex pensó en cómo podía ser que lo supiera. En ese edificio, donde los agentes de inteligencia tenían que haberlo rastreado o incluso un soplón.

El único detalle que tenía que no le cuadraba era que el mayor hablaba en plural. Eso era un error. Llevaba años sin acudir al puerto, como decía él.

A lo mejor, estaba siendo vigilada.

—Deje de verse con Patricia Portos —afirmó con las cejas casi juntas y con el tono de voz como si hablara un padre a un adolescente pillado en una travesura.

La mirada de Karla lo incineró por completo.

32

Los problemas se le iban sumando a Álex.

Estaba en una situación lamentable, tanto profesional como personal. Le habían quitado el caso de los atracos a los furgones blindados y, encima, no solo estaban atravesando un mal momento con Karla, sino que parecía que le estuviera poniendo los cuernos.

El fantasma de la infidelidad se añadía a la imposibilidad de tener hijos.

No era una buena etapa para Álex, desde luego. Para Karla tampoco, y de eso era consciente Álex.

No solo tuvo que explicar al mayor Aragonés que era la primera vez que acudía a la traficante, sino la naturaleza de su visita.

La traficante era un confidente. Álex no era un colaborador del mundo del puerto.

De la misma manera que muchos inspectores tienen sus soplones e informadores, él tenía a esa persona a la que había acudido un par de veces.

El mayor los dejó ir más tranquilo, ya que le hizo entender a Álex que había puesto la mano en el fuego por él y por lo que hacía.

Karla no quedó tan convencida.

—¿En lugar de quedarte en casa conmigo, te vas al puerto a ver a otras mujeres? —dijo ella con el casco en la mano antes de subir a la moto.

Álex volvió a quitarse el casco y apagó el motor.

—¿Podemos hablar en casa?

—No. Quiero saber con quién estoy.

—Karla, por favor, estamos en el aparcamiento de las oficinas centrales. Por favor, nos están mirando por las ventanas.

—Me la repampinfla quién nos vea. Tenemos que arreglar esto. ¡Ya!

Álex suspiró y se apoyó en el lateral de la moto.

—Escúchame. ¿Te acuerdas del caso del asesinato en el crucero cuando conociste a Gildo Falcone?

Ella no contestó, estaba demasiado enfadada.

—Patricia Portos era la exmujer de Jordi Recasens, ¿te acuerdas? —preguntó, y ella no cambió de expresión—. Que fui a verla y me explicó que hacía tiempo que no lo veía y que no sabía nada de él, pero le había advertido tiempo atrás que dejara de tener esos negocios, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas o no? —insistió.

Ella asintió, casi como si hubiese tenido un tic.

—Bien. Pues se me ocurrió saber si ella, que comercializa con armas, conocía al Cazador.

—Hay algo que no me cuentas.

—Es la verdad —dijo, se acercó a ella y le cogió las manos mirándola a los ojos—. Te lo juro, es la verdad. Además, no hay nadie excepto tú en mi vida, ¿me crees?

Ella respiró hondo; cuando Álex la miraba con ojos de cordero degollado, siempre o casi siempre conseguía lo que quería.

—¿Podemos ir a la comisaría? Por favor, tenemos mucho trabajo.

Él, a pesar de pedir que Karla dijera que sí, se dio cuenta de que no era la Karla de siempre, la Karla de las mejores respuestas. En ella se había sembrado un brote que estaba germinando. Un brote que era la planta de la incertidumbre, de la desconfianza. Una planta devastadora, invasiva y muy rápida. Que crece sin ningún tipo de fertilizante y no necesita agua. En ese caso, ni siquiera de campo fértil, solo de suposiciones.

Regresaron a la comisaría. El despacho era un caos, de llamadas y de problemas.

La población estaba asustada con todo ese revuelo. El impacto del último atraco fue devastador.

Los periódicos más importantes dejaban en ridículo la acción de los Mossos d'Esquadra y de la alcaldía de la ciudad. Un problema que no podían resolver y que no lo mejoró la entrada del ejército en la ciudad.

Álex los vio llegar por la televisión. Por la noche, aún no había tenido ninguna llamada del responsable de la operación. Se sintió apartado por completo.

Pasó toda la tarde con su equipo haciendo conjeturas y estudiando las cámaras de vigilancia para averiguar por dónde se habrían escapado esos malnacidos.

Los helicópteros del ejército volaban sobre la ciudad, uno tras otro, con un intervalo de cinco minutos.

El estado de sitio era una realidad. El general López Espinoza se había hecho con el control de la ciudad y de sus accesos, de su cielo y de su ley. Apareció en la televisión, en *prime time*, con un comunicado.

Toda la ciudad lo estaría viendo. Álex, Karla y su equipo lo estaban viendo. Apareció vestido con uniforme militar y en una carpa verde, rodeado de armas y municiones. Sabía que lo verían los atracadores y era una declaración de intenciones en toda regla.

«Aquí estoy yo y os voy a aniquilar», se leía en su rostro.

El hombre hablaba con un toque andaluz que intentaba camuflar con un deje de Madrid. En todas las palabras que acababan con la letra «d», el hombre la acababa vocalizando como «z».

—Desde este momento, queda declarada la ley marcial. A partir de las diez de la noche, hay toque de queda. Todos los accesos a la ciudad están controlados por militares y los cielos estarán perpetuamente sobrevolados por helicópteros. Daremos caza a estos criminales y les aseguro que con todos mis hombres devolveremos a la ciudad la tranquilidad que se merece, ya que las autoridades locales no lo han conseguido —dijo, y se apagó la retransmisión.

—Qué hijo de puta. ¿De verdad tenía que decir esa frase final? —protestó Karla.

Álex miró el reloj. No habían conseguido mucho, así que ordenó a todos irse a casa.

Sintió un malestar interno. Un día más, el Cazador y sus hombres habían dejado más víctimas y más odio. Lo estaba consiguiendo, había robado una montaña de dinero e implantado el caos.

Álex despachó a todos para que se fueran y se quedó solo en la sala de *briefing* con Karla.

En la mano, tenía la lista que le había dado Núria Figueres, la directora de PortaSegur.

En los próximos días, había más cargamentos con las cantidades que buscaban los atracadores, pero ahora sería demasiado arriesgado con el ejército dispersado por la ciudad.

—¿En qué piensas? —preguntó Karla.

Álex levantó la mirada del listado de PortaSegur.

—Creo que desaparecerán, se convertirán en unos antihéroes y punto —respondió Álex.

—¿Tan seguro estás?

—Si estuviera seguro, el ejército no estaría en Barcelona.

—Estás cansado, Álex, vamos a casa.

Álex asintió y le dio un beso en la frente.

Ella lo cogió de la mano y tiró de él.

—Venga, vamos, tú y yo tenemos una conversación aún pendiente, pero en casa.

Álex se guardó la lista en un bolsillo del pantalón.

—Estaba pensando en algo mejor…

—¿Mejor que discutir, que me pidas perdón, me hagas la cena y un masaje en los pies?

—Tenía pensado algo mucho mejor.

—Bueno, donjuán, vamos a casa y me lo explicas, a ver qué tienes en mente.

Los dos policías regresaron a casa en moto. Descorcharon la botella que Karla había preparado y hablaron toda la noche. Cuando los dos casi no tenían más energías, él sacó de algún lugar las últimas que le quedaban para hacerle el amor. Se durmieron abrazados y Álex se despertó por una vibración molesta.

La vibración continuaba, insistente, como un mosquito veraniego.

Cuando entendió que era su móvil, se incorporó de golpe. Lo primero que pensó fue que se había dormido, pero desde la ventana de su habitación no se veía el sol. Era aún de noche.

Cogió el móvil y miró la hora. Las cinco y cuarto.

En la pantalla aparecía un número desconocido.

Descolgó.

—Cortés.

—Soy el general López Espinoza. ¡Despierte, muchacho! Ya ha dormido bastante en estos días. Hemos capturado a los responsables de los atracos.

33

La fría madrugada hacía que le picara la nariz a Álex.

Le supo muy mal despertar a Karla, pero no quería ir solo a donde había indicado el general.

—Despierta, amor —murmuró con dulzura.

Una vez en pie y duchados, se prepararon una cafetera.

Mientras vertía el café, en el informativo, aún no salía la gran noticia que le había anunciado el general. La captura del supuesto Cazador.

¿Cómo podía ser que, en menos de doce horas, el comando militar se hubiera hecho con el control de la ciudad y capturado al Cazador?

¿Era verdad que el ejército había desembarcado en la ciudad sin escatimar hombres ni medios? Y, por último, la farsa de la noche, anunciando la ley marcial y el toque de queda.

Cogieron la moto y se fueron directos al núcleo de la operación que el general López Espinoza había montado en la ciudad condal.

En cuanto la carretera de curvas de Collserola se acabó, encontraron un puesto de bloqueo. Los militares los apuntaron con todas sus armas.

Álex se presentó, mencionó las indicaciones del general y los dejaron pasar.

Tuvieron que pasar otros dos puestos de bloqueo antes de llegar al centro de la ciudad. Cuando fueron las seis y media, la ciudad se despertaba esperando a las siete, hora en la que acababa el toque de queda.

Cuando llegaron a Plaza Urquinaona, encontraron otro, que les indicó que tenían que dejar allí la moto y seguir hasta la Plaza Catalunya andando. El militar aseguró que era un protocolo de seguridad. Fue inútil insistir, Álex y Karla dejaron la moto y caminaron.

Pasaron el centro comercial del triángulo verde y llegaron a la plaza. Cuando la tuvieron delante, se les presentó una visión jamás vista, ni siquiera imaginada. Aquello parecía Vietnam en la época de la guerra con Estados Unidos. Helicópteros, tanques por todas las carreteras y, sobre todo, en la misma plaza, una veintena de tiendas de campaña y contenedores militares.

Fueron acercándose hasta la carpa del general.

Los ruidos de la ciudad se habían sustituido por los de los helicópteros de combate y los generadores portátiles diseminados por la zona que alimentaban el circo montado.

Dos militares presidían la puerta de la tienda del general.

Cuando uno avisó por radio, los dejaron pasar.

Álex pasó primero, la estructura parecía sacada de un safari de millonarios. Municiones, armarios con armas de asalto y maletas de material militar.

Al fondo, el hombre los miró con expresión enfadada, de pie tras un escritorio verde de plástico plegable.

—Sargento Cortés. Cabo Ramírez. ¡Pasen! Los estaba esperando —dijo con un tono que parecía una orden y no una invitación.

Al entrar, Álex se sintió ahogado por ese hombre, por el ambiente, por su energía. Una presión en la yugular como si unas manos lo apretaran. Ese lugar no le gustaba lo más mínimo. Pero podía ser un prejuicio de todo lo que ya sabía, así que lo escuchó e intentó no tomar conclusiones precipitadas.

—Me habían hablado muy bien de usted, pero se habían quedado cortos con lo de que era muy guapa —babeó el general con Karla al mismo tiempo que se ajustaba el cinturón.

El comentario sentó peor a Álex que a la interesada.

El general López Espinoza medía un poco más de metro sesenta, con una barriga algo pronunciada y un bigote estilo *Magnum P. I.*

Avanzaron hasta llegar a la mesa y Álex, sin importar a quién tenía delante, apoyó los puños en el escritorio.

—¿Cómo ha capturado a esa gente? —ladró Álex con rabia contenida y el ego herido al ser adelantado por ese hombre en pocas horas.

—No hay nada mejor que una buena intervención del ejército. Un saludable toque de queda y un perfecto estado de sitio para que todo vuelva a funcionar como debe —explicó con bravuconería y orgullo.

Álex miró directamente a los ojos a ese hombre, que hubiera intimidado a cualquiera menos a él. Sentía la presión aún en su yugular y la autoridad desbocada en el fondo de sus ojos oscuros.

—Los capturamos anoche —continuó, y el general tuvo que interrumpirse un segundo para esperar a que se alejara un helicóptero que se elevaba—. Fueron atrevidos al querer robar un banco a las dos de la mañana.

Esa información hizo arrugar la frente de Álex. Acto seguido, se miró con ella.

—¿Un banco?

—Sí, los pillamos in fraganti. ¿Quién iba a decir que esos individuos intervendrían una sucursal del banco de Barcelona? —afirmó, orgulloso.

—No es su *modus operandi*, general. Ellos no atracan bancos.

—Lo que tiene es envidia, miserable envidia —dijo con tono de desprecio.

Álex quitó los puños del escritorio y levantó la barbilla. Con su altura, le sacaba más de una cabeza.

—Si hubieran cogido a los atracadores, sería la persona más feliz de Barcelona. Pero me temo que han atrapado a unos farsantes.

El general movió la cabeza, despacio negó lo que estaba escuchando del sargento. Su autoridad, su ego y su ser desde un pedestal le impedían razonar.

—Llevaban pasamontañas. Querían robar un banco y, lo más importante, dejaron una pintada en la fachada…

Ese detalle le llamó la atención a Álex por primera vez. No era por el pasamontañas, que se podía comprar por pocos euros en una tienda en internet. No por robar un banco, sino por la pintada.

—¿Qué pintada?

El general se levantó de puntillas por un segundo, disfrutando de haber captado la atención del sargento.

—«Hoy, dinero; mañana, caos».

—No puede ser, será falso. Unos imitadores.

—No, lo hemos comprobado —respondió, tajante—. Las letras son iguales, mismo espray y mismo tamaño. Es la misma plantilla de los atracadores de los furgones blindados. Está confirmado —concluyó, orgulloso, mirando más a la policía que a Álex, con el que estaba hablando.

Álex tenía un presentimiento.

Estaba convencido. No podían ser ellos. No se dejarían coger tan fácilmente. A pesar de tener la misma plantilla del mensaje que los perseguía desde hacía varios atracos.

Negó con la cabeza.

—No me lo creo…

—¡Créaselo! —interrumpió el general al policía.

—Quiero verlos.

El general arrugó el ceño.

—No hace falta.

—Da igual, quiero verlos.

—No puede.

—¿Por qué?

—Son prisioneros de guerra.

Eso casi lo hizo reír, pero se reprimió. Karla no pudo del todo aguantarse y tuvo que toser para disimular.

—Por favor, quiero ver a sus prisioneros —dijo Álex, intentando hacerlo entrar en razón; si no, lo siguiente sería llamar al mayor Aragonés y pedírselo a él.

Pero no hizo falta, soltó un gruñido y se ajustó de nuevo el cinturón de los pantalones.

—Está bien, síganme —ordenó como si fueran dos soldados rasos—. Se los mostraré.

34

El general aceptó enseñar a sus prisioneros, no tanto por educación o por respeto, sino impulsado por su ego.

Se detuvo en la puerta e hizo que pasara primero Karla, no por galantería, sino para verle el trasero.

Luego, pasó él y, por último, Álex.

El general, sin indicar a dónde tenían que ir, arrancó a caminar con esas piernas gorditas y cortas. Cada militar que se encontraban en el campo militar improvisado en la Plaza Catalunya saludaba al general con un movimiento firme.

Llegaron al otro lado del campamento y se detuvieron delante de unos contenedores verdes, iguales a los que muchas veces Álex había visto por la autopista sobre unos tráileres, que los transportaban de un lado al otro de la geografía española.

El general no abrió la puerta, esperó a que un soldado se la abriera.

Una vez entró el general, Karla pasó y seguido, Álex.

El espacio estaba ocupado por un soldado con un fusil que presidía otra pared y otra puerta.

El general entró por esa puerta interna y accedió a un espacio oscuro. Una habitación estrecha con otra puerta y una ventana alargada que ocupaba toda la pared menos la parte de la puerta.

Al otro lado de la ventana, se encontraban cinco individuos en el suelo, cabizbajos. Todos habían sido rapados y despojados de su ropa, solo vestían un pantalón claro. Las manos, esposadas, igual que los pies. Con cadenas.

Álex se quedó perplejo.

No tenía ni idea de si eran ellos o no, pero lo único que sintió fueron unas ganas incontrolables de entrar y hablar con ellos.

—Quiero entrar.

El general se lo pensó.

—No hace falta, han confesado que son ellos.

Álex se giró hacia el general.

—¿Cómo?

—Sí, ya lo han hecho.

—No me lo creo, ¿los han torturado? —se escandalizó Álex, apuntando con un dedo.

—Convención de Ginebra, muchacho —dijo el general, como si fuera un escudo inviolable sobre los derechos humanos en el cuál él se amparaba.

—No tiene sentido que venga usted aquí y que se lleve a Madrid lo primero que recoge —afirmó Álex—. No digo que estos sean unos santos, pero no son ellos —dijo Álex, señalando hacia el cristal.

—Son ellos.

—Entonces, si está tan seguro, quiero entrar.

—Álex… —advirtió ella, como si presintiera el peligro.

—Tranquila, están atados —respondió Álex como si fueran bestias o leones.

El general hizo una mueca de indiferencia.

—Sargento, usted mismo —afirmó, y le abrió la puerta.

Álex, sin ni siquiera mirarlo a la cara, entró.

El ambiente olía a orina y a sudor. No había ventilación y hacía un calor tremendo. Álex tuvo que quitarse la chaqueta para soportar ese lugar. Esas condiciones eran inhumanas. Los prisioneros estaban siendo tratados con las mismas condiciones de narcotraficantes.

Parecían todos iguales, sin pelo y sin camiseta. Alguno tenía sobrepeso y otros eran más delgados.

Al entrar, todos lo miraron, pero solo uno aguantó la cabeza levantada para verlo.

—Quién es vuestro cabecilla —preguntó Álex con tono calmado, casi amigable.

No hizo falta que respondieran, el mismo que había seguido mirándolo levantó la barbilla, indicando que él era el mandamás allí dentro.

Álex avanzó hacia él, que estaba sentado contra la pared opuesta al cristal. En cambio, los otros dos se encontraban en ambos lados.

Primero, Álex miró a los otros chicos. A cada uno les levantó la cabeza para verles bien la cara. Rostro y manos. Uno a uno. Hasta llegar al cabecilla.

—¿Cómo te llamas?

El chico se resistió a responder. Tenía un moratón reciente en una ceja.

—No vengo a juzgarte, solo a hablar contigo.

Este suspiró.

—Pablo.

Álex asintió.

—Pablo que más.

—Pablo Lagañas.

—Encantado, Pablo Lagañas. Yo soy el sargento Cortés, de los Mossos d'Esquadra. Quiero hacerte una pregunta: ¿dónde has encontrado la plantilla de la frase?

—¿Qué frase?

—No te hagas el tonto, Pablo, dime dónde la has encontrado.

Este bajó la mirada, era la primera vez que lo hacía. Tragó saliva, pegajosa y casi seca.

—Nos la dieron.

Álex abrió los ojos de par en par.

—¿Quién y dónde?

—Un tío que nos dio pasta por armar algo de lío. Nada más.

—Explícate.

—Una noche, en un bareto, vino un tipo y nos dijo que nos daba quinientos pavos a cada uno si tirábamos por varias sucursales del banco de Barcelona unos cócteles molotov y hacíamos unas pintadas —confesó.

Mientras este hablaba, Karla escuchaba atenta. Le daba más miedo estar a solas con el general, que de vez en cuando se giraba y la repasaba con descaro.

Karla, con su mirada femenina atenta y analítica, había detectado diferencias con la sala de interrogatorios de la comisaría. Concluyó que no estaba bien montado: tenía varios puntos ciegos y no disponía de cámaras para grabar los interrogatorios. Esa última observación fue la peor de las dos que consideró.

—¿Quién fue? —preguntó Álex.

—No lo sé, estaba medio borracho, no me acuerdo.

—¿Cuándo fue?

—Hace unos días, no sé.

—¿Y no se lo has dicho a él?

—¡Claro que se lo he dicho! Pero no quería saber nada. Nos ha obligado a firmar una confesión falsa. No somos nosotros.

Eso era muy grave, pero Álex entendió enseguida el plan del general. En menos de doce horas, había arreglado el problema. Había encontrado un chivo expiatorio y, con el despliegue de medios y hombres del ejército, se suponía que nadie en su sano juicio volvería a atracar un furgón blindado.

El plan era muy flojo conociendo a los individuos que formaban el comando del Cazador.

—¿En qué bar fue? ¿Habías visto antes al tío ese?

—Un bar del centro, el Gusano de Charly. Barrio del Raval. Y no había visto nunca antes a ese hombre —confirmó, negando.

—¿No lo habías visto antes?

El chico sacudió la cabeza.

Eso quería decir que, si iban a ese bar, no estaría el tipo esperando a Álex.

Esos chicos eran un maldito callejón sin salida.

Álex se levantó y no supo si alegrarse o enfadarse. No tenían nada y estaban peor que antes. Pero tenía que salir de allí, no aguantaba más el olor.

—Gracias por ayudarme —dijo, y se dio la vuelta.

—¿Y usted, nos ayudará? —preguntó el muchacho con un tono resentido.

Álex no se detuvo, salió de la sala sin decir nada más.

El general se le adelantó.

—No tiene sentido todo lo que le ha dicho. En absoluto.

—Tiene mucho sentido por tres cuestiones —replicó Álex, y levantó una mano. Sacó el meñique—. Primero: usted no quería saber la verdad, solo que ellos firmasen una condena a muerte. —Sacó el anular—. No llevan los tatuajes de las milicias que han operado en Europa del Este. Y tercero —dijo, sacando el dedo corazón—: el cabecilla es demasiado joven. Pero ese no es el problema, el problema es que sus ojos son marrones y el Cazador tiene los ojos azules.

El general arrugó el ceño e hizo una mueca de desaprobación.

—Ha cometido un error, debe soltarlos.

—Ni hablar, querían atracar un banco.

—¿Tiene las orejas llenas de cocido madrileño o qué? Lo que han hecho es quemar sucursales bancarias por dinero. Serán de algún grupo de *black block* y, encima de hacer lo que les gusta, han cobrado una pasta. ¡Despierte, general!

—No pienso soltar a esos delincuentes —insistió con orgullo.

—Haga lo que considere, nosotros nos vamos y hablaremos con el mayor Aragonés —espetó Álex, y le sonó el móvil.

Era otra vez un número desconocido. Pensó que era el mayor y salió de la infraestructura sin pedir permiso y sin reparos.

Cuando salió, el ruido de los generadores eléctricos era tan alto que le costaba escuchar a la persona al otro lado. Solo entendió que era Patricia Portos y que tenía algo que decirle.

35

Nadie se imaginaba lo que celaba entre sus viejos muros la Cripta Gaudí de la Colonia Güell.

La ciudad se había despertado de golpe. Todo el tráfico que antes se diluía por la gente que salía pronto de casa, ahora, con el toque de queda, se apelotonaba a la misma hora.

Álex y Karla, mientras se dirigían hacia la comisaría, se daban cuenta de que muchas más personas usaban las bicicletas y se movían con patinetes o incluso había más peatones. Al final, entre recorrer veinte minutos en coche o a pie, la gente había optado por el medio más antiguo del mundo y ya casi desconocido: caminar.

Llegaron a la comisaría y prepararon un dispositivo de intervención.

Habían alertado a los GEI para que los acompañasen y se dirigieran directamente al punto indicado por la traficante.

Ella era consciente de que ese dato lo usaría Álex enseguida. Y Álex, que a partir de ese momento estaría aún más en deuda con la traficante.

Pero eso no le importó, solo le interesaba concluir con esa pesadilla y llevar a cabo la misión.

Salieron todos los dispositivos posibles y fueron hacia la zona de Santa Coloma de Cervelló.

Esa dirección le sonaba porque le daba la impresión de que el comando escapaba hacia ese lado de la ciudad. Pero era un pálpito, no estaba basado en ninguna pista fehaciente.

Los coches siguieron por la B-23 con las sirenas puestas y seguidos por un helicóptero que se quedaba a mucha altura para intentar que no fuera detectado.

Cuando llegaron a la salida número seiscientos dos, el convoy la tomó. En la rotonda, estaba el equipo de los GEI. A partir de ese instante, el mando era de ellos, así que los coches de los *mossos* los siguieron. Iban hacia el punto donde podía acabarse todo.

Un chivatazo en toda regla y, Álex, como si fuera una apuesta a la ruleta, apostó todo al veintisiete rojo, su número.

Retrocedieron hacia el punto indicado por la BV-2002 hasta entrar en la vieja Colonia Güell; ahora, un complejo residencial, antaño, una comunidad industrial modernista.

Cuando entraron en el perímetro del complejo, automáticamente, el helicóptero bajó hasta la altura de la cripta.

Los coches de los GEI aceleraron aún más y el todoterreno que iba delante derrumbó el portón de entrada, que estaba cerrado.

Todos los demás entraron siguiendo al todoterreno, por el *camí* Torre Selvatana y por la calle Pi i Soler.

Hasta la misma estructura de la cripta.

Los GEI, antes de que los vehículos se detuvieran, saltaron corriendo hacia ella.

Se encontraron un edificio a medio construir. Una obra experimental de Gaudí, por encargo del industrial Güell, una iglesia extraña y singular con columnas torcidas como si fueran árboles sacudidos por el viento. Los rosales de vidrios de colores y los ladrillos oscuros daban un tono tenebroso y la idea de un dragón agachado, incluso muerto.

Los GEI no se dejaron intimidar por la estructura gótica y misteriosa, hicieron llegar un ariete y derrumbaron la puerta sin respeto ni concesiones.

El interior era una iglesia modernista y llena de flores, pero vacía.

Los agentes se dispersaron y revisaron veloces todos los espacios que había. En los ladrillos, se veía un baile de puntos rojos de los rifles que adelantaban la llegada de los agentes. En ese lugar, se sospechaba que podía estar la cueva de los atracadores más mortíferos de todos los tiempos en Barcelona.

Cuando tuvieron controlado todo el edificio, el capitán salió en busca de Álex Cortés.

El tiempo que el capitán tardó en ir a buscar al sargento para Álex fue eterno. Patricia le había indicado un lugar. Tal vez, el escondite de los atracadores. Sin embargo, no había coches en las proximidades.

Sentía como el corazón le palpitaba fuerte en el pecho. No podía ser que fuera tan fácil, pero, al mismo tiempo, pensaba que esa persona, la traficante más importante de Barcelona, no le iba a fallar. No, si Patricia le había dado esa dirección, tenía que haber algo. O por lo menos haber pasado algo allí.

El edificio estaba rodeado. El helicóptero azul de los Mossos d'Esquadra volaba por la zona controlando con una cámara de alta resolución todo movimiento, toda salida de personas, de coches, hasta de animales.

El capitán se plantó delante de Álex. En sus ojos no había ninguna expresión que pudiera interpretar. A pesar de las muchas clases que le dio su hermana para la interpretación del lenguaje no verbal, no lo entendió.

—Entre, sargento —se limitó a decir.

Álex miró a Karla y siguieron al capitán.

Atravesaron la iglesia donde se realizaban las misas. Los pasos resonaban por la bóveda de ladrillos oscuros. Era un escenario tétrico y algo ancestral.

El capitán los condujo hasta una puerta en la parte derecha de la cripta. Cruzaron un pasillo, una habitación donde el cura guardaba vestigios, velas, libros y todo lo que necesitaba para la liturgia. Siguieron hasta la rectoría.

Era una casa espartana con muebles algo estrambóticos, tallados por ebanistas, con dibujos de Gaudí. Del mismo estilo que los bancos de la iglesia.

Era una casa pequeña, casi un piso del tamaño del centro del barrio del Raval. Los agentes del GEI estaban apuntando a la cama y en ella había un hombre.

—No le hagan daño, por favor.

Álex arrugó el ceño, no entendía nada.

Quien había hablado era el cura, inconfundible, de negro y con alzacuellos blanco.

Sin embargo, en la cama, había otro hombre.

Este se incorporó. Tenía el rostro enfadado, casi rabioso. Nada asustado.

Álex empezó a entender de qué iba aquello.

Dio un paso adelante y retiró la manta que lo cubría, mostrando un detalle más del rompecabezas. El hombre tumbado en la cama tenía el costado

vendado y con una mancha de sangre.

Allí estaba el atracador, con una expresión salvaje como una bestia encerrada en una jaula.

Mientras se sujetaba en la cama, el tatuaje de una cruz cóncava con alas y una calavera en el centro apareció en su mano. Era la señal inequívoca. Era él. Habían llegado a los oídos de Patricia noticias de esa cripta y, sin saber qué encontraría, envió a Álex.

Álex pensó que esa gente y el despliegue masivo de militares en el terreno estaban mermando los negocios de la traficante. Así, tomó la decisión de ayudar a la policía y que esta se encargara de limpiar de la escena a los atracadores y, en consecuencia, regenerar la normalidad de la ciudad.

Le daba igual por qué lo hizo Patricia Portos, pero lo que sí le importaba a Álex era que allí delante de él se encontraba uno de los atracadores. El herido, el mismo al que la compañera había disparado con tanto valor y cuya recompensa fue recibir unos balines.

—Malditos hijos de puta. Fachas —gritó el hombre.

Álex, sin decir nada, retrocedió.

—Lleváoslo —ordenó sin piedad.

El capitán hizo un movimiento con la cabeza, dando la orden.

—¿Adónde lo llevamos, al hospital más cercano? ¿Al Vall d'Hebron?

Álex, casi sin pensarlo, negó.

—A la comisaría. Quiero interrogarlo —dictaminó, y se giró hacia el cura.

Se acercó y con decisión le cogió de la sotana. Lo empujó contra la pared y, como un muelle, apareció Karla, que intentó detenerlo.

—¿Por qué no nos ha avisado, padre? —espetó sin mover su cabeza, aunque la nariz casi se tocaba con la del cura.

—Lo siento, pero vino aquí y confesó lo que había hecho; el secreto de confesión es inviolable, así que no pude más que ayudarlo.

—Es un criminal y un asesino esta ¡bestia! —ladró Álex con desprecio a la vocación de ayudar a los criminales.

—Todos somos iguales a ojos de Dios.

—Sí, pero podía salvarlo y llamarnos, ¿entiende?

El cura asintió.

—No lo hubiera hecho, es secreto. Lo siento.

Álex sacudió la cabeza, no estaba de acuerdo, pero el brazo de Karla lo separó del cura, de tenerlo arrinconado.

—Vámonos, no vale la pena —dijo Karla, y seguido señaló al hombre de fe —. Tendrá que venir a la comisaría con nosotros, el juez dictaminará si tiene implicaciones o consecuencias.

Salieron de la cripta de la Colonia Güell. El cuerpo de los GEI ayudó a meter al herido en una de sus furgonetas.

Álex fue a Iván y le apoyó el brazo encima.

—Llama a Mario, quiero que revisen todas las huellas de este lugar, a ver si podemos sacar algo más —dijo, y le guiñó el ojo—. Confío en ti.

Dicho eso, Iván entró en la cripta.

Mientras desaparecía el agente, el ruido de los rotores del helicóptero del Cuerpo fue cubierto por otros. Fue inevitable que Álex levantara la mirada hacia el cielo. Aparecieron dos helicópteros del ejército, seguidos por una invasión de coches militares de asalto rodeando a los de los GEI, a las patrullas y a los camuflados.

Del todoterreno que llegó primero, bajó el general López Espinoza hecho una furia.

—Cortés, ese hombre es mío. Es un prisionero de guerra. Me lo llevo a mis instalaciones.

36

Cazador.

Escopeta calibre 12.

Ojos de hielo.

Hoy, dinero; mañana, caos.

Munición para una guerra.

Furgoneta con un cortacésped.

Con los ojos cerrados, Álex se repetía los datos en su mente, en el asiento del copiloto del coche camuflado. Karla había conducido siguiendo al convoy militar hasta Plaza Catalunya.

Lo que había pasado lo entendió después. La llamada de Patricia que había recibido en la misma plaza donde el general había montado su centro de operaciones y de inteligencia fue interceptada y desencriptada.

Cuando tuvo las coordenadas y el mensaje, fueron como unos animales carroñeros a por su presa y a colgarse la medalla.

Después, emitieron un comunicado a la prensa desde la misma Plaza Catalunya. El mensaje era simple: el ejército se atribuía la busca y la captura del atracador herido.

Álex estaba indignadísimo, feroz y rebelde. No podía consentir ese robo mediático. Pero de momento no había otra. No tenía la potestad para tirar del hilo, solo era un mero espectador del desastre. Porque habría un desastre, Álex lo presentía. Y lo cometería el general que venía desde Madrid.

Karla y Álex lo siguieron hasta el contenedor de las prisiones. El general decía que era una sala de interrogatorios. Álex pensaba que era una cárcel militar convertida en sala de torturas.

—¡Habla! —gritó el general, dando una bofetada en la cara del hombre—. ¿Cómo te llamas?

No había que ser un experto en torturas o en interrogatorios militares para entender que el prisionero estaba preparado para todo. Todo quiere decir todo. Álex estaba seguro de que, si hubieran torturado al general, le habrían sacado hasta el pin de la caja fuerte del gobierno. En cambio, a ese miliciano de una brigada paramilitar del este de Europa le podrían hacer lo que fuera que nunca hablaría.

—¿Cómo te llamas? ¿Dónde están tus compañeros? ¿Dónde está el dinero? —gritaba el general—. ¿Cuál es el próximo objetivo?

—Tu madre —escupió el atracador.

El general le soltó un puñetazo en la cara. Pero, al soltársela por instinto, se hizo más daño de lo que se esperaba. Así que decidió salir.

—Es inútil, general.

—Métase en sus asuntos. Y dé gracias por que le he dejado venir hasta aquí, sargento Cortés —gruñó el general, y dio un trago a una botellita de agua muy fría.

—General —dijo Álex, levantándose—, déjeme a entrar a mí.

—En absoluto, ese hombre es mío y solo mío.

—Claro, por supuesto —dijo Álex con tono mediador—. Mientras se refresca, déjeme hablar un rato con él, no le cuesta nada.

El general, que estaba sudando por el calor de la celda y por el esfuerzo del interrogatorio, se lo pensó.

—Por favor, lo hemos encontrado nosotros y nos lo han quitado, así que cinco minutos es lo mínimo, ¿no le parece?

La puerta se abrió y Álex entró.

En esa sala hacía más calor que pocas horas antes, cuando la ocupaban los chicos que habían escrito la frase anárquica y habían arrojado bombas molotov a una sucursal del banco de Barcelona.

La verdad era que eran eficientes; en menos de diez minutos, los hombres del general López Espinoza lo habían rapado, cambiado de ropa y maniatado. En su costado, seguían las vendas. No habían sido cambiadas, estaban aún sucias de sangre ya coagulada.

Sin embargo, habían cometido un error, tal vez por las prisas o por las ansias del general por interrogarlo: no estaba anclado al suelo. Los chicos de la mañana, como bestias o narcotraficantes, con las esposas de las manos y de los

pies, unidas por una cadena, ancladas al suelo para impedir cualquier movimiento.

Álex no consideró que fuera un problema, no pensaba que pudiera agredirle. Si lo hubiese hecho, al general le habría gustado verlo y, encima, se lo habría buscado y merecido.

—¿Tienes que medicarte? —preguntó Álex.

—¿Quién coño eres tú?

Álex pensó cómo responder. Optó por la sinceridad.

—Soy un poli, no un militar. Si colaboras, te sacaré de aquí. —El hombre gruñó—. ¿Cómo te llamas? —El hombre no contestó—. Tu jefe, el de los ojos azules, no va a tardar en ocupar la celda de al lado, ¿sabes? Antes o después lo pillaremos.

El tipo ni se inmutó.

—Si me dices dónde están tus compañeros, te saco de aquí y te llevamos a que te mediquen —insistió Álex con el tono más amigable que podía.

Con las piernas agachadas, para que los dos estuviesen a la misma altura, entendió por qué hacía tanto calor allí dentro. El aire acondicionado dejaba entrar aire caliente a treinta grados a pesar de que ya hacía un calor insoportable.

Llegó a la conclusión de que la temperatura era una tortura de por sí. Llevarlos al borde de la deshidratación era una técnica de persuasión, de interrogatorio, de tortura.

—Necesitas salir de aquí y que ese hombre de ahí afuera no te toque —susurró al prisionero mientras miraba de reojo al general, que se tomaba su refresco al otro lado del cristal—. ¿Quieres?

El hombre miró al suelo, en sus pupilas estaba escrita la incertidumbre, la maldita duda que lleva a una línea fina entre el deber y el querer.

—¿Cómo te llamas?

—Llámame Piedra.

—¿Piedra? ¿Qué nombre es ese?

—Es mi nombre en clave.

Álex arrugó el ceño, así se identificaban los criminales, nada de nombres, solo motes y comunicaciones en clave, y si eran interceptados, nadie entendería nada.

—Tu nombre real, me refiero.

—Esa persona ha muerto.

Álex hizo una mueca de desaprobación a ese juego de palabras.

—Como no te lleve a un hospital, va a morir también Piedra, ¿sabes?

—No me importa. Tengo un honor que mantener.

Álex veía honor en sus palabras, pero en su voz había miedo, adrenalina, algo no le gustaba. O bien estaba a punto de derrumbarse o tenía algo más que estaba maquinando en su mente.

—Lo sé, pero no te puedo dejar morir aquí —dijo, y se acercó al prisionero —. Escúchame. Tu banda ha hecho cosas muy graves y tengo que impedir que haga más. Necesito saber solo dónde están, dónde se esconde el resto del equipo.

El hombre negó. De repente, su mutismo entró en escena, como si encendiera una modalidad nueva que antes estaba desactivada.

Álex siguió preguntándole, pero ya no consiguió más respuestas. Insistió e insistió. Nada. Ni qué era el tatuaje ni por qué Barcelona ni por qué ahora. Nada, no logró sonsacar nada.

Piedra.

No pudo seguir mucho más, ya que los cinco minutos concedidos por el general se le acabaron.

La puerta se abrió y entró el general.

Nunca se habría imaginado hacer eso, pero Álex lo arrastró fuera.

—No podemos torturar a esa persona. Tenemos que medicarla. De momento, y luego seguir —dijo Álex para ganar tiempo.

—Ni de coña, sargento, ese hombre es mi fiambre. Es para mí. ¡Yo le sacaré todo lo que sepa, como me llamo general López Espinoza —dijo, golpeándose el pecho.

—Escuche, entonces, tiene que medicarlo. Muerto no le servirá —aclaró Álex.

—Escúchele, ese hombre tiene mala pinta —intervino Karla.

—Mirad, pardillos de la ciudad condal. Colegiales de nivel uno de interrogatorio avanzado. Esto va así, tenemos que llevarlos al límite y luego, solo luego, comenzará a escupir todo lo que queramos, todas las preguntas nos

las contestará. Pero antes hay que llevarlo a ese nivel. Y será una cascada de información que nos indicará el camino a la victoria.

—General… —dijo Karla, señalando el suelo.

—Silencio. Tengo más experiencia en esto, con centenares de misiones en todas partes del mundo en guerra y en estados en los que ni siquiera entrarían escoltados por los delincuentes que hay —finalizó, orgulloso.

—General, eso es sangre —insistió Karla.

El militar se giró junto a Álex.

En efecto, por debajo de la puerta, salía un charco de líquido viscoso que avanzaba. Cuando llegó a estar debajo de la luz del contenedor, se pudo apreciar que no era ni orina ni otro líquido. Ese color tan vivo y escarlata solo podía ser sangre.

Karla se separó de los otros dos hombres. Miró a través del cristal y no vio al preso.

—Mierda, el atracador. ¿Dónde está? —gritó Karla.

El general, con su frente arrugada y enfadada, abrió la puerta. Por la fuerza del peso del atracador, se abrió de repente, casi dándole de bruces a Álex en la cara.

El cuerpo sin vida del atracador se cayó al suelo, en su propio charco de sangre. Su boca estaba abierta de par en par y ensangrentada.

Por la desesperación y sin tener ninguna otra posibilidad de suicidio, ya que en la habitación no había nada, se arrancó de cuajo la piel y las venas de las muñecas. Primero, de una y luego, de la otra.

Esperó a desangrarse y morir de la peor manera posible.

Álex miró a la cara a Karla, habían perdido el único hilo por el cual tirar para llegar al final de esa pesadilla.

37

Álex volvía a caer en el hoyo de los lobos.

De los lobos, de sus exigencias, de sus feroces egos.

Los lobos, para Álex, eran los pensamientos más feroces. Los de supervivencia, de hacer bien las cosas, de no fallar, de vivir, de ser el número uno. Los mismos que lo habían llevado hasta donde estaba.

No soportaba perder, ni ser un perdedor.

No podía admitir que cometía errores. Quería coger un caso y cerrarlo lo antes posible. No daba tregua a sus villanos.

Le había pasado con Néstor y con muchos más.

El hoyo era hondo y oscuro y solo él sabía cómo salir de allí.

Corría más rápido por momentos.

Corría rápido por el paseo marítimo de Barcelona. A pesar de que no podía, a pesar de un toque de queda, a pesar de que los militares se lo habían ordenado. Le daba igual, él necesitaba correr. Necesitaba sacar toda la mala leche que tenía en su interior, que fluía en sus venas.

La música, a todo volumen, empujaba al subconsciente todos los malos pensamientos. Como una mano que empuja bajo el agua una pelota hinchada.

Corría hasta el siguiente militar que lo detenía para saber quién era. Enseñaba la placa y decía que el general López Espinoza lo había autorizado a correr por el paseo de Barcelona.

No era verdad, pero los militares no se atrevían a llamar para confirmarlo.

Era el único que corría por el paseo marítimo. Nadie más había. Lo que tenía delante eran las mismas escenas de cuando hubo la pandemia y la ciudad estaba aletargada por un enemigo invisible.

Esa vez, el enemigo se escondía, pero no era invisible. Era temido y odiado.

La foto del Cazador se repetía frente a él. Sus ojos azules lo miraban con intensidad y locura. Ojos así eran difíciles de ver y de olvidar.

Entre las baldosas del paseo, se le apareció el rostro del hombre con esmoquin de la noche de la gala. Sus ojos eran los de Néstor. Napoleón Deulofeu. Lo había visto días antes en la televisión. Tenía pensado ir a buscarlo, hablar con él. Ver quién era y de qué agujero del mundo había salido. Pero no podía, tenía tareas más urgentes que resolver.

A pesar de hundir la cara de Napoleón en el agua, como una pelota, volvía a reflotar continuamente.

Estaba bombardeado por los ojos de esos dos tipos. No podía. Siguió corriendo cada vez más rápido. Más rápido, hasta que el reloj empezó a pitar una alarma del corazón.

Era verdad, había exagerado. Las piernas lo seguían y la mente también, pero fue demasiado para el corazón. Se detuvo y, al volver a caminar, se dio cuenta de que había apretado demasiado.

Un dolor intenso en el costado le pinchó con una fuerza inaudita.

El flato lo dejó sin aliento.

Se detuvo a escuchar su corazón enloquecido. Apoyó las manos en las rodillas, agachado. No podía más.

Había corrido todo el rato en una dirección y tenía que volver. Pero estaba cansado.

Se tomó su tiempo y regresó caminando. Mientras el sudor empezaba a bajar a mares, bajó el volumen de la música que lo ensordecía.

Intuyó luz al final del túnel, todo se había ido a la porra y a él le habían quitado el caso. Pero la respuesta estaba en la comisaría, en la sala de *briefing*. Tenía que seguir escarbando con la información que tenían.

Que el Cazador cayera en manos del general López Espinoza hubiera sido una humillación para la ciudad y para el Cuerpo.

No, tenían que coger a ese malnacido ellos, el equipo de Álex, el grupo de homicidios de la comisaría de Travessera de les Corts. No había otra. Solo quedaba una solución y una carta en la baraja: la de quemar los barcos.

Regresó a la moto a paso ligero, corriendo un poco más rápido que si fuera caminando.

Se secó la cara, se metió la sudadera y la chaqueta y regresó a casa.

Karla lo esperaba con una ensalada esa noche.

Álex le preguntó si había visto las noticias, pero ella le contestó que solo emitían patrañas y bulos informativos. Que era mejor que no las viera.

Cenaron en silencio, solo mirándose y sonriéndose. El fantasma de la noticia del médico revoloteaba sobre sus cabezas. Sabían que tenían que hablarlo y acabar de ver qué hacían con su futuro. Pero ninguno de los dos se sentía listo. La imperiosidad del asunto del Cazador les impedía hablar de algo importante, sí, pero personal.

Karla lo conocía muy bien. Solo quiso decir que no era culpa suya que ese hombre se hubiera suicidado. Que de cualquier modo se habría quitado la vida. A pesar de que las palabras eran un bálsamo para Álex, no le quitaban el peso de su espalda.

Después de cenar, se acostaron. Solo pudieron abrazarse e intercambiar unas palabras antes de dormirse.

—Gracias por estar en mi vida —murmuró Álex con la cabeza en el pecho de Karla mientras ella le acariciaba el pelo.

Al día siguiente, se fueron pronto a la comisaría.

Barcelona seguía aún en casa, a punto de salir todos a las siete, como los corredores que esperan el pistoletazo de salida.

Cuando llegaron los demás miembros del equipo de Álex, empezó el *briefing*.

Los cafés de la cafetería de enfrente se cambiaron por los de la máquina expendedora. Los ánimos de los agentes estaban algo sacudidos y Álex lo veía en sus ojos.

—Tenemos que cazar a ese hijo de perra antes que los militares. Tenemos que vengar nuestro puesto en esta sociedad, defender nuestro rol en la seguridad de la ciudad. Debemos darle la vuelta como a un maldito calcetín a todo lo que tenemos. Seguro que nuestra próxima pista está aquí. ¿Está claro?

Todos asintieron.

—Bien. Cazador. Escopeta calibre 12. Ojos de hielo. Hoy, dinero; mañana, caos. Munición para una guerra. Furgoneta con un cortacésped sobre fondo azul. Esto ya lo sabemos, pero necesitamos algo más, chicos. Venga, estudiad todo de nuevo. Tenemos que encontrar un hilo para seguir —animó Álex, y dio una palmada.

Todos se levantaron y fueron a coger la información, vídeos, grabaciones de cámaras y documentos en carpetas. Todo.

Álex se acercó a Iván.

—¿Tenemos algo de la rectoría de la cripta?

Iván se incorporó de la mesa.

—No, no han encontrado nada.

—¿Han confrontado las huellas?

—Hemos trabajado hasta tarde y nada. Mario no ha encontrado nada. Ni en la base de datos nacional, nada. No sabemos quién es ni de dónde viene ni dónde ha estado.

—Menos el tatuaje —afirmó Álex.

—Claro, menos el tatuaje, que viene de las milicias del este de Europa.

Álex maldijo al general, tenían a ese hombre, un componente de la banda del Cazador, y lo dejaron escapar, dejaron que se suicidara sin ningún hilo más que seguir.

Dejó a Iván de lado y tomó distancia de la situación.

Preguntó a Laura si había encontrado la empresa del logo de la furgoneta con la que habían ido a retirar las municiones. Su equipo no sabía exactamente cómo conocía la presencia de ese vehículo, pero tenían que buscarlo.

Respondió que Alan estaba en ello, pero Álex lo veía distraído últimamente con Laura. De vez en cuando, los pillaba cruzándose las miradas y escondiendo una sonrisita.

Necesitaba a su equipo al cien por cien en esa investigación o saldrían todos con los huesos rotos.

Álex respiró y se alejó. Él necesitaba distancia, lo hacía siempre. Quería acabar rápido con sus casos, pero era reflexivo y meditaba, para ver con calma.

Se sentó a unas mesas de la pizarra.

Repasó uno por uno los atracos, el de la Zona Franca, el del centro comercial y del centro. El último en la Ronda de Dalt y la distracción de la Ronda Litoral.

Todas sus víctimas. La mujer del concejal de urbanismo. Todos los guardias de PortaSegur y los demás. Más de veinte habían caído como moscas.

A lo mejor, lo que tenían que hacer era desistir y abortar la misión.

Entonces, solo entonces, para acomodarse un bolsillo, metió la mano y encontró algo que había olvidado. Torpe y patoso. Tremendamente principiante. La posible respuesta estaba allí.

El papel con el logo de PortaSegur. Era la relación de los furgones blindados de los próximos días.

Una esperanza en forma de bombilla se le encendió. Un milagro, una idea que había tenido y había olvidado por los acontecimientos.

¿Cómo podía haberse olvidado de eso?

Levantó la mano y, mientras se acercaba a la pizarra, llamó la atención de todos los que estaban trabajando.

—Chicos, tengo una idea y puede que sea buena —gritó con un tono de eureka.

Justo en ese instante se abrió la puerta y apareció el general López Espinoza con una expresión sorprendida.

No le hizo falta abrir la boca para decir lo que ya se imaginaba Álex Cortés.

38

Todos se quedaron de piedra al ver al general.

Karla había vivido en sus carnes lo que dejaba a su paso ese militar. Ella arrugó el rostro como un dóberman cuando ve una amenaza.

Y no le faltaba razón.

—Vaya, creo que llego en el momento adecuado —espetó el general con arrogancia.

Álex bufó y en el aire que salió de su boca estaba cargada de la poca esperanza que le quedaba para resolver ese caso.

—No le veo muy feliz de verme, sargento —comentó ya frente a Álex—. ¿Se puede saber cuál es esta idea memorable? —dijo, observando el papel que tenía en las manos.

Álex apretó la hoja entre los dedos, pero algo le dijo que, a pesar de que eso escocía y mucho, tenía que compartirlo.

—La idea es prevenir su próxima jugada —explicó a regañadientes.

—Álex… —dijo Karla con un grito ahogado.

Él se giró hacia su compañera y en su mirada había una expresión de derrota, no podía seguir a dos bandos, aunque supiera cómo era ese hombre.

Karla entendió lo que quería decir y se guardó el resto de la frase.

—Explíquese mejor —ordenó el general.

—Tuve que convencer a la directora de PortaSegur para que nos diera todas las próximas entregas y cargas de los próximos días.

—Bien pensado —felicitó el general, levantando las cejas.

—Solo hay que seguir unos patrones. Hemos estudiado al mínimo detalle todos los atracos. Y nuestra conclusión es que, ya que todos los asaltos han sido de más de cuatro millones de euros, considerar solo esos cargamentos —dijo Álex, hablando al general y a su equipo, casi olvidándose de que tenía

delante al mismo hombre que había robado su mejor botín de guerra, pero con quien tenía un objetivo común—. Tenemos que buscar solo esos cargamentos, tal vez espaciados en el tiempo, aunque en el último atraco no pasó ni una semana desde el anterior, y se lanzaron a uno muy jugoso: era casi de seis. Llevan casi veinte millones de euros robados en moneda circulante y que no deja traza.

El general aplaudió con una mueca sorprendida y burlona. Miró por un segundo a un militar que había entrado detrás de él y este se quedó impasible. Luego, se acercó a Álex.

—¿Este es el listado de los próximos servicios? —preguntó el general, y Álex asintió.

Y pasó lo que Karla se temía, le arrancó de cuajo la lista, dejando a Álex sin palabras.

—Vamos a ver —murmuró, y comenzó a mirarla con detenimiento—. Vaya, esto está muy interesante, la verdad. Enhorabuena, Cortés, suerte que hemos llegado justo a tiempo porque apostaría a que habrían hecho alguna locura sin avisarnos. Como ese pobre peregrino… —dijo, y fue interrumpido por Karla.

—No puedo más con este estúpido, engreído y arrogante militar. Te voy a hacer comer ese maldito papel con mis manos —gritó mientras se acercaba; por suerte, Álex la sujetó porque habría sido capaz de llegar a las manos con facilidad.

Álex la apartó, tapándole la boca, ya que podía decir otras barbaridades y lo peor, que las habría pagado muy caras.

—Calme a su chica, sargento. Esto no es un parvulario.

Eso volvió a reavivar el odio de Karla. Se tiró de nuevo hacia él y Álex la sujetó otra vez.

La apartó hasta las ventanas.

—Para. No estamos aquí para pelearnos.

—Ese tío es un grano en el culo, maldita sea. ¿Cómo le permites que te quite las cosas de las manos? ¿Dónde tienes tus cojones, Álex?

Esa frase era en parte cierta, pero tenía en mente un plan y quería demostrárselo.

—Lo sé… —susurró—. Pero no podemos seguir así. Confía en mí —concluyó, y le guiñó el ojo—. ¿Me oyes? ¡Confía en mí! ¿De acuerdo?

Karla, la fiera, parecía que se estaba controlando.

Ella asintió aún con los ojos llenos de fuego.

—Bien. Déjame a mí —pidió Álex, y se dio la vuelta.

Respiró hondo y avanzó hasta el general, que lo miraba con condescendencia.

—No hace falta que diga nada. Este accidente se quedará entre nosotros.

—Póngale bozal a su chica —insistió el general.

Álex dio una palmada delante de su cara y, serio, le gritó.

—Ya está bien. ¿Ha venido para insultarnos o para coger a esos malnacidos?

El general asintió despacio y suspiró. Luego, bajó la cabeza al papel.

—Ya sabemos dónde estarán, muchacho. Asaltarán al furgón de esta mañana, el de los diamantes de la corona inglesa. Un collar de seis millones de euros. Nada mal. Gracias —dijo, y le devolvió el folio plegado de PortaSegur—. Llame a su contacto de PortaSegur, quiero saber exactamente cuál será la ruta que seguirá este furgón. Hoy los vamos a coger.

—No, espere. Tiene que saber una cosa más, esta banda no busca diamantes, no busca riqueza, quiere hacer estallar el sistema, quiere dinero. ¿Recuerda la frase? Hoy, dinero; mañana, caos. El Cazador busca el desorden, no la riqueza.

El general se encogió de hombros.

—Bobadas, esta gente quiere pasta. Llame a la mujer esa.

—Se equivoca.

El general se rio de forma maleducada.

—Yo nunca me equivoco —alardeó, como si estuviera por encima del bien y del mal.

Álex negó con la cabeza y sacó el móvil. Marcó el teléfono de la sede central de PortaSegur y, después de presentarse, pidió hablar con la directora.

Se la pasaron después de un buen rato mientras los militares y los *mossos* en la sala de *briefing* se miraban con desdén.

—Cortés, mal día para hablar.

—Buenos días, directora, gracias por respondernos. Quería…

El general le apartó del móvil que estaba encima de la mesa con el altavoz puesto.

—Soy el general López Espinoza. Quiero saber la ruta que va a realizar el furgón del collar de la corona inglesa.

La mujer se quedó un segundo en silencio.

—General, eso no podemos pasarlo por aquí, necesito una línea segura o un *mail* encriptado —dijo Núria Figueres.

El general hizo un gesto al soldado que había entrado con él y este le dictó un correo electrónico con las características que pedía la directora.

—Bien, si no quieren nada más, yo me tengo que ir —dijo ella a continuación.

Entró otro militar con un teléfono con una antena enorme que sobresalía por lo menos un palmo del teléfono. Uno satelital.

—General, es el ministro —dijo el soldado con el teléfono, y se lo dio.

El general rio y lo cogió.

—Bueno, Cortés y compañía, feliz día. Anda, me ha salido hasta rima —se jactó el general, y se fue con su teléfono; antes de salir por la puerta, con el aparato en la oreja, dijo—: Ministro, estamos a unas horas del éxito…

Los ojos de Álex regresaron al móvil.

—Núria… —dijo, y carraspeó—. Quiero decir, directora, ¿sigue ahí?

—Sí, ¿qué ha pasado? No tengo todo el día, Cortés.

—Escúcheme. En el extracto de furgones de hoy, hay uno que lleva una cantidad de unos cinco millones de euros en efectivo. ¿Sigue programado?

—Sí, claro. Pero ¿qué tiene que ver? Hoy el objetivo, ha dicho el general, será el furgón del collar de diamantes, el Queen Alexandra's Collier.

—Directora, los atracadores irán a por el dinero, no a por el collar, aunque sea de más valor.

—¿Cómo está tan seguro?

—Da igual, necesito la ruta de ese furgón.

Ella se lo pensó un rato y luego aceptó.

—No tengo una dirección encriptada, necesito que confíe en mí. Mándemelo a mi móvil personal, lo tiene en mi tarjeta de visita.

—De acuerdo.

—Está bien. La tengo que dejar —dijo, y colgó el teléfono.

Entonces Karla se acercó.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Tenemos que llamar a los GEI.

—¿Estás seguro, jefe? A los militares no les gustará que les vayamos por detrás —intervino Iván.

Álex apuntó con el dedo y lo movió hacia cada uno, señalándolos a todos.

—Sois testigos de que expliqué al general que el furgón que tenían que ir a buscar no era ese del collar Queen Alexandra's Collier, sino el del dinero, así que nosotros estamos solo defendiendo los intereses de nuestra ciudad —confirmó Álex.

Luego, apoyó un brazo en el hombro de Iván y otro, en el de Karla.

—Tenemos que irnos, tenemos trabajo. Debemos coger a esos perros rabiosos —dijo, y el móvil vibró con la llegada de la ruta del camión del dinero.

39

Al general López Espinoza no le faltaba ego.

Ni barriga.

Era una apisonadora de escarabajos. No le importaba a quién tenía que aplastar a su paso, siempre y cuando él llegara más lejos que nadie y con más velocidad.

Gracias a su capacidad de trepar desde la academia, consiguió llegar más lejos que muchos otros cadetes y compañeros más preparados.

Destacó en la aplicación de los consejos del libro más importante del ejército: *El arte de la guerra,* de Sun Tzu.

Aplicando sus sabidurías, había dejado atrás muchos cadáveres, pero también muchos enemigos y pocos amigos. El ministro, otro de su misma pasta, lo empujó y ayudó en lo que pudo.

Álex solo era una cucaracha más debajo del enorme y pesado rodillo que pasó por Barcelona.

El convoy se estaba dirigiendo al aeropuerto Josep Tarradellas de Barcelona. El avión que transportaba el collar estaba a punto de aterrizar. En la pista reservada, se encontraban tres furgones amarillos de PortaSegur. Uno de ellos llevaría el collar. Los otros dos solo serían un señuelo.

Los agentes de la compañía de transportes estaban visiblemente asustados. El general lo veía en sus ojos. Intentó tranquilizarlos, pero con escasos resultados.

El avión llegó con retraso. Cuando lo hizo, unos militares vigilaron el movimiento de la caja de la joya real hasta uno de los furgones. Entonces, todo el convoy se puso en marcha.

Primero, iban dos todoterreno de los militares, seguidos por unos furgones llenos de hombres armados hasta los dientes. Luego, una tanqueta del ejército,

los tres furgones y otros todoterreno.

En cuanto salieron de la zona del aeropuerto, los helicópteros se añadieron al convoy, uno de combate por delante y otro igual por detrás.

El destino de esa joya, en teoría, si no hubieran tenido complicaciones, habría sido el Museu Nacional d'Art de Catalunya. Es decir, al otro de la C-31.

Los vehículos se apartaban al ver el convoy que invadía el carril de la izquierda adelantando al resto de los coches.

Todo parecía tranquilo.

El general, desde su asiento en primera fila de esa operación, que por fin la llevaba él en persona, miraba por la ventanilla levantando la barbilla, como si fuera un presidente o un papa.

Ni siquiera se había parado a pensar que solo era gracias a Álex Cortés que estaba allí, con su idea y el trabajo de su equipo. Sin pensarlo, ese era un problema menor. Solo era el pago hacia su éxito.

Cuando llegaron a L'Hospitalet de Llobregat, los militares se sintieron más expuestos. La carretera estaba a varios metros de profundidad respecto del resto de la ciudad; pasaba por unos túneles, algunos cortos y otros largos, donde por encima había plazas, bulevares y rotondas. Allí abajo podía pasar de todo, en la penumbra y sin la cobertura de los helicópteros.

Así fue.

El primer misil hacia uno de los vehículos del aire salió cuando el general se encontraba dentro de un túnel largo, y ni siquiera se dio cuenta.

40

Los magos son inspiración para muchas personas.

La magia nace cuando atraen tu atención a un lugar y hacen el truco en otro.

Cuando sacan un conejo de un sombrero o cuando te hacen creer que detrás de tu oreja hay una moneda y siempre ha estado allí.

El Cazador, en el fondo, era un mago. Oscuro y perverso, pero lo era, a su manera.

También a Álex le encantaban los magos cuando era pequeño. Hacía pésimos trucos con monedas y cartas. Todos en la familia le decían que lo hacía muy bien. En cambio, su abuelo, el guardia civil, le decía que era un pésimo mago y que tenía que seguir practicando. Su hermana también era muy crítica con él. A lo mejor porque era la mayor de los tres hermanos y no tenía ningún tipo de pudor en decir lo que pensaba.

Álex lo dejó muy rápido. Comenzó a acercarse a lo que hacía su abuelo hasta llegar a ser un sargento del grupo de homicidios.

Había elegido seguir al furgón que transportaba la mayor caja de esa semana, cinco millones. A distancia, con un helicóptero de los *mossos*, pero atento a lo que pasaba.

Los furgones a los que seguían se habían dirigido desde el centro a varios puntos a recoger efectivo, luego, al centro comercial de la Illa Diagonal, seguido por el centro comercial del triángulo verde, siempre en la Avenida Diagonal, y, por último, al Camp Nou, el estadio del equipo de fútbol del Barcelona.

Llevaban coches camuflados y los GEI, furgonetas también camufladas. Algunos iban delante de los furgones y otros, por detrás. Todos y cada uno de los agentes estaban listos para entrar en acción.

Álex, en cambio, junto a Karla, seguía el convoy a distancia, unos doscientos o trescientos metros por detrás de todos. Con su Ducati.

Llevaban una radio en el casco para comunicarse y sintonizadas a su vez con la de la policía.

Habían recorrido todo el centro y ya habían pasado por los centros comerciales, estaban circulando por la Avenida Diagonal y entraron por la Ronda del Mig para dirigirse a su última recogida, la recaudación de unos días atrás de un partido, del museo y de los locales dentro del recinto.

Para llegar a la suma total, tenían que cargar el dinero de esta última etapa y volver al centro al banco de Barcelona a depositarlo.

Esperaban que el ataque fuese después de la última recogida.

Álex activó el micro de la radio para que solo la pudiera escuchar Karla.

—Me pregunto qué piensan hacer esta vez. Con el ejército desplegado y con todos esperando otro ataque.

—Podría ser que el Cazador ya esté en alguna isla del Caribe riéndose de nosotros —dijo Karla.

—No creo, este tío no quiere el dinero para gastarlo, sino para desestabilizar la ciudad. Pero a lo mejor estamos aquí para nada.

—Bueno, mejor. Nos lo ahorramos.

—No sé si es peor que se haya fugado y no lo cojamos nunca o que haga más atracos.

Karla siempre se había quejado del asiento incómodo de la moto. Esa vez, que llevaban ya varias horas siguiendo el convoy, se estaba acomodando como podía en el raquítico asiento, moviéndose todo el rato.

—No te muevas tanto que me vas a hacer perder el control de la moto, Karla.

—No es culpa mía que hayas comprado una moto tan incómoda como fea —refunfuñó.

—Este bólido no es feo en absoluto.

—Pero si la parte frontal parece un lenguado.

Álex no debía, pero le hubiera gustado darse la vuelta en ese momento, mirarla a los ojos y preguntarle por qué no se lo había dicho antes.

De hecho, fue a apretar el botón de la radio interna cuando algo le llamó la atención.

Un camión que circulaba delante de todo el convoy abrió las puertas y empezó a tirar objetos al suelo, como los pajes de la cabalgata de Reyes arrojando caramelos. Los hombres encapuchados tiraban y tiraban objetos.

Cuando el primer coche que los seguía comenzó a virar de forma errática e incontrolable, Álex entendió lo que estaba pasando.

41

El misil que salió de la bazuca de uno de los atracadores fue directo a un helicóptero del ejército. En un abrir y cerrar de ojos, el artefacto propulsado salió de la nada directo a destruirlo.

El militar al mando del aparato no se dejó coger desprevenido. Desde que lo habían usado con el cuarto atraco, los militares estaban avisados de que los atracadores podían utilizar esas armas.

En cuanto en el radar apareció el misil, todo el cuadro de mandos parpadeó y pitó enloquecido.

No le hizo falta mirar los indicadores, el piloto lanzó unos proyectiles de distracción y se movió hacia un lado con una maniobra evasiva.

—¡Misil! Nos atacan —gritó por la radio mientras intentaba salvar su vehículo.

El misil, en su trayectoria, encontró las bengalas contramedidas y explotó contra ellas. El helicóptero, ya separado, recuperó la estabilidad para no chocarse contra algún edifico de la Gran vía de L'Hospitalet.

El piloto del segundo aparato pudo ver desde muy cerca lo que acababa de suceder. Listo para disparar con su ametralladora, de frente y de más cerca, se encontró con un segundo misil. El atracador con pasamontañas estaba en una plaza ajardinada que unía la avenida bajo la cual el convoy militar iba hacia su destino.

Este lanzó un segundo proyectil hacia el segundo helicóptero.

—Mierda. Otro —gritó por la radio el segundo piloto.

En lugar de abrir fuego, tuvo que hacer el mismo movimiento evasivo del compañero. Se echó hacia un lado, pero estaba demasiado cerca y le llegaba de frente. Solo pudo lanzar las contramedidas por uno de sus flancos. El misil le pasó a pocos metros y explotó en el aire, pero creando una onda de choque que

arrolló al helicóptero, provocando que el piloto perdiera el control y que fuera perdiendo altura. Volar demasiado cerca del suelo, vigilando el convoy, fue letal.

—¿Qué está pasando? —gritó en la radio el general con un tono histérico, porque desde el túnel no veía lo que estaba pasando arriba.

Después de varias vueltas sobre sí mismo, el aparato cayó entre la Gran Vía y un hotel, chocando en una arboleda que daba sombra a una acera y a una terraza.

Cuando el convoy, formado por todoterrenos, el furgón blindado con el collar real y una tanqueta, salió del túnel, solo pudo ver la explosión del helicóptero y una bola de humo que subía hacia el cielo.

—¡Santo cielo! Esto parece Bagdad —susurró el general, viendo el espectáculo, y enseguida volvió a gritar—. Informe, rápido.

El primer helicóptero aún estaba luchando por estabilizarse sin llegar a aterrizar entre árboles y rascacielos. El piloto, mientras dominaba la bestia voladora, se quedó en silencio, concentrado.

Pero las sorpresas no se habían acabado para el general. Un segundo hombre encapuchado disparó un tercer misil hacia el furgón blindado.

Este, en cambio, a diferencia de los otros dos, tuvo más suerte en alcanzar el objetivo a la primera.

Impactó en la parte trasera del primer furgón amarillo de los tres. Este, a pesar de ser blindado y pesar muchísimo, por la fuerza del impacto, dio una vuelta de campana, chocando por delante del todoterreno que le precedía. Aterrizó boca abajo, con una parte encima del morro del vehículo militar y la otra encima del asfalto.

Al grito del general, todos se detuvieron. López Espinoza pensó que comenzaba la guerra. Pero se equivocaba, ya se había acabado.

El piloto del primer helicóptero, con sed de venganza y de matar a esos insectos, consiguió acercarse a los dos hombres con las bazucas. Pero no le dio ni siquiera tiempo de meterlos en el centro del *display* y lanzar todos sus proyectiles: los hombres se metieron en un agujero del alcantarillado público. No pudieron cerrarlo, pues una ráfaga de la ametralladora los alcanzó. La cloaca estaba en el lado derecho, el opuesto a donde se había estrellado el

helicóptero. Ante la deflagración de los proyectiles de gran calibre de la ametralladora, todos los transeúntes se dispersaron.

El piloto indicó el lugar por donde se habían metido.

—Se han escapado como ratas. Enviad a soldados, que vayan a revisar si los he alcanzado —gritó por la radio.

El general ordenó que los soldados fueran a buscar a esos atracadores mientras esperaba desde su vehículo blindado el siguiente asalto.

—Todos fuera, seguro que ahora nos volverán a atacar —ordenó el general.

Los soldados se dispersaron por la carretera y apuntaron con sus fusiles hacia la parte superior de la carretera. Un muro de seis o siete metros separaba las dos arterias de la ciudad.

Parecía una emboscada. Estudiada hasta en el mínimo detalle y, una vez más, los pillaban desprevenidos. Sin embargo, lo peor no era eso, sino que habían vuelto a dejar en ridículo a las fuerzas del orden.

Se quedaron quietos hasta que llegaron los refuerzos de la Plaza Catalunya.

No hubo más ataques. Como se esperaba Álex, igual que en el atraco del Fórum de Barcelona, el collar resultó ser solo un señuelo.

El collar que viajaba en el segundo furgón, es decir, en el del medio, no se vio afectado, pero el Cazador y su comando, una vez más, habían conseguido sembrar el caos.

42

El camión que precedía a los furgones de PortaSegur estaba lanzando púas afiladas.

Al mismo tiempo, del otro lado de la mediana, en sentido contrario, no venían más coches.

El segundo y tercero, la furgoneta de los GEI y los furgones comenzaron a desviar su trayectoria y algunos incluso acabaron contra el muro de la izquierda.

Parecía imposible, pero el infierno había vuelto a materializarse en Barcelona.

Todo pasó muy rápido. Las púas llegaron hasta donde estaba la moto de Álex y Karla.

Con habilidad, Álex consiguió sortear las cuchillas con forma de triángulo. Una vieja técnica de la policía que siempre tenía sus efectos en los neumáticos.

Aún los utilizaba la policía en los puestos de control, formando con las patrullas una especie de ese, obligando a los vehículos a circular por ella, y en cuyo final un agente sujetaba una cadena de púas que podía soltar a la mínima.

Los coches que los seguían y los predecían no pudieron esquivar esos chismes y todos se quedaron fuera de combate.

Enseguida los GEI informaron al helicóptero, que se acercó para ver lo que estaba sucediendo.

Cuando Álex consiguió detener la moto, la mano de Karla apareció en su visera.

—Mira, lo están volviendo a hacer.

Álex levantó la mirada y vio cómo unos hombres con unos escudos formaban un pasillo entre un coche del otro lado de la meridiana y el blindado.

Los GEI salieron de la furgoneta, pero recibieron una lluvia de proyectiles de dos hombres encapuchados con sus fusiles de confección rusa. Estos respondieron al fuego y algunos se escondieron detrás de la furgoneta.

Álex aceleró para acercarse.

—Álex, para —gritó Karla—. ¿Qué vas a hacer con tu pistola? Nos van a tirotear. Quédate aquí.

Álex gruñó de rabia mientras frenaba, Karla tenía razón.

De repente, una carga de explosivos hizo saltar por los aires las puertas del furgón que llevaba el botín y los encapuchados sacaron todas las bolsas de dinero. Una por una, con una velocidad solo comparable con los mecánicos de Fórmula 1.

En menos de diez segundos, los atracadores cargaron las sacas en el coche del otro lado de la mediana.

Álex no paraba de decir que tenía que hacer algo, pero no podía competir solo contra esa gente. Únicamente seguirlos, aunque tenía la moto en dirección al atraco.

A pequeños pasitos y evitando las púas, giró el vehículo y siguió la escena por el retrovisor.

Su corazón latía como el motor de la Ducati que tenía entre las piernas. Sabía que en un segundo podía pasar de todo y que comenzaría una persecución.

Pero era la primera vez que estaba en el momento oportuno y en el sitio adecuado. Tenía los atracadores al alcance de la mano.

Karla, en cambio, se giraba para ver qué pasaba ya con su pistola en la mano.

Había GEI en el suelo heridos y otros protegidos de las balas que volaban por todos sitios.

Esa vez, no habían podido dejar su huella en el furgón: «Hoy, dinero; mañana, caos».

De hecho, el caos ya no era cosa del mañana, sino que era un acontecimiento del hoy.

Pero cuando todo se veía oscuro y estaba a punto de acabar, todo tomó un giro inesperado.

Apareció otro vehículo y aparcó al lado del coche que había cargado el dinero. Álex pensó que sería el que necesitaba el resto de la banda.

Entonces, cuando los encapuchados del lado del furgón quisieron saltar la mediana, uno del mismo comando disparó a sus propios compañeros.

Cayeron al suelo como moscas, atacados a traición por uno que iba vestido igual. En pocos segundos, cayeron todos y otro disparó al conductor que llegó con el segundo coche.

Álex no podía creerlo. Se habían cargado a su comando. Eso solo tenía una explicación, era el último atraco.

Pero el coche salió derrapando y Álex se bajó la visera.

—Agárrate, Karla, vamos a por ellos.

43

El coche de los atracadores pasó al lado de Álex y Karla.

El que conducía ni se dio cuenta de su presencia, pero el Cazador sí.

La mirada de Álex se cruzó con la helada del Cazador.

En cuanto pasó, Álex aceleró y enseguida se metió detrás del coche, pasando al otro lado de la mediana, por un lugar donde había solo unos conos verdes.

—Aquí Cortés —dijo, apretando el botón de la radio—. ¿Tienes al BMW familiar que sube por la Ronda del Mig?

La moto intentaba seguir al coche que corría enloquecido por la carretera vacía. Seguramente, habrían interrumpido el tráfico mucho más atrás con un vehículo o creando un tapón con púas.

—Te tengo, Cortés, os estoy siguiendo. —Se escuchó en la radio.

El BMW subió por la rampa hacia la Avenida Diagonal y haciendo la rotonda delante del centro comercial del triángulo verde por el sentido contrario, provocando choques entre otros vehículos. Los clientes que en ese momento salían del centro comercial se metieron todos en el edificio, asustados.

Álex sorteó los accidentes y se volvió a meter en la estela del coche que recorría la Avenida Diagonal dirección hacia las afueras.

—Preparad un poste de bloqueo en la Avenida Diagonal —gritó Álex.

Del otro lado de la radio hubo interferencias.

—Lo están organizando a la altura de Sant Joan Desvern.

—Eso está muy lejos, no sé si llegaremos —replicó Álex mientras adelantaba a un bus; enseguida se metió en el carril para no chocar con un coche que venía del lado contrario.

El BMW aún no había disparado hacia ellos, quizá no lo consideraban una amenaza. Pero el comportamiento de un atracador es tan errático e imprevisible como prever la trayectoria de un globo que se ha escapado de las manos de un niño.

En efecto, el coche, después de varios amagos por despistar a la moto, se metió por la Ronda de Dalt, alejándose de la zona de bloqueo.

—Mierda —gritó Karla.

—Se nos está escapando —confirmó Álex.

El coche recorrió el acceso a la Ronda y aceleró, dejando atrás a la moto.

Álex no fue menos y aceleró hasta que volvió a ver el BMW de los atracadores.

Se mantuvieron a distancia, esperando la oportunidad de disparar o que el coche, sintiéndose amenazado, cometiera un error.

Sin embargo, el conductor demostraba una capacidad sorprendente en las peores circunstancias. Por otra parte, no se podía esperar menos de unos atracadores que habían conseguido escapar de tres atracos anteriores.

—Podemos hacer un bloqueo en la Ronda Litoral, me comunican —dijo el comandante del helicóptero.

Álex no tenía opción, solo podía aceptarlo y seguirlo.

—¿Y si disparo? —preguntó Karla.

—Negativo. Yo también tengo muchas ganas, pero podemos alcanzar a un civil.

—Mierda, tienes razón.

Ya estaban a punto de llegar al desvío con la Ronda Litoral cuando en la radio sonó una voz familiar.

—Álex, soy Alan. ¿Cómo va por allí?

Él, sin perder la concentración, le contestó.

—Aquí, tomando el sol. ¿Y tú?

—Bien, buscando cositas en internet. ¿Qué tal os va?

—¿Te importa que hablemos después? —dijo Álex, algo tajante mientras conducía a casi ciento sesenta kilómetros por hora.

El BMW sorteó a un Nissan Micra y se tiró encima de este. El pequeño utilitario perdió el control y acabó chocando contra otro, y estos dos, contra

un furgón con volquete, el cual volcó sobre el asfalto, dejando por la carretera todo su cargamento de gravilla.

A Álex solo le dio tiempo de apartarse y frenar para que no los arrastrara el accidente.

La carretera quedó obstruida de forma magistral por el conductor de los atracadores. Así, con el paso cerrado, Álex y Karla quedaron atrás.

El BMW giró hacia la salida del aeropuerto. Desapareció en una curva de la vista de los policías, perseguido por el helicóptero.

El coche siguió la carretera B-20 dirección sur, siempre sorteando coches y derramando el miedo por donde pasaban. Antes del aeropuerto, giraron en una carretera secundaria hacia el municipio de El Prat de Llobregat y siguieron bordeando el perímetro.

Condujeron a toda velocidad por el camino que pasaba delante del mirador del aeropuerto y siguieron hasta una playa detrás del mismo.

El helicóptero de los Mossos d'Esquadra pidió en varias ocasiones seguir la persecución y cruzar el espacio aéreo, pero la torre de control del aeropuerto se lo impidió por la continua actividad a esa hora, tanto de despegues como de aterrizajes de los aviones.

El BMW desapareció de la vista de los pilotos y les perdieron las trazas, una vez más.

Todo estaba perdido, o casi todo.

—Mierda —gritó, y dio un manotazo al manillar de la moto—. ¡Maldita sea!

—Cálmate, Álex —dijo Karla, cogiéndole la mano—. Has hecho todo lo que has podido.

El levantó la mirada para ver una vez más el desastre que había en la carretera, obra de la banda del Cazador.

—No puede ser. Mira, es un desastre tras otro.

—Ha matado a sus propios hombres, es una bestia sin corazón. ¿No lo has visto?

—Teníamos que haber hecho más —se reprochó.

—¿Qué más podías haber hecho, Álex? ¡Por el amor de Dios!

Álex quiso llorar de impotencia por el dinero robado, por las víctimas dejadas en su estela, por el caos en el que habían dejado sumida a la ciudad.

Karla lo abrazó fuerte y él apretó sus manos.

—¿Seguís ahí? —preguntó Alan.

—Ahora no, Alan, gracias —respondió Karla por la radio de los cascos.

—Pensaba que os interesaría algo que he encontrado… —dijo, y dejó de hablar, como una pulguita que se suelta sin más.

Karla soltó a Álex.

—¿Qué pasa, Alan? —preguntó, interesado, Álex.

—Pues veréis, llevo aquí no sé cuántas horas en mi puesto de trabajo. Llevo desde no sé cuántas horas y tengo dolor de cabeza, y tengo sed, y tengo el culo cuadrado, y…

—¡Alan! ¿Qué diablos has encontrado? —gritó Álex.

—Bueno, en fin, solo quería explicarte que he trabajado mucho para encontrar lo que os voy a contar, pero creo que puede ser muy interesante, pero como no habíamos acordado ninguna recompensa, estaba pensando que…

—¡¡¡Alan!!! —gritó aún más fuerte Álex.

Del otro lado, el informático forense bufó.

—En fin, ¿te acuerdas del logo de un cortacésped sobre un fondo azul?

—¿Sí?

—Eso que habías visto en una furgoneta que no sé qué… Por cierto, ¿dónde habías dicho que lo habías visto? —preguntó Alan.

Álex no podía desvelar que se lo había dicho el traficante Ettore Moretti, el mismo que le había vendido las municiones.

—Da igual, ¿qué pasa con eso?

—En fin, es una fábrica que ha quebrado. Era una empresa de montaje de piscinas y con servicio de jardinería. Por eso el cortacésped y por eso el azul. No es una mancha azul a secas, sino una piscina —explicó Alan.

Álex pensó que tenía sentido, podía haberse deteriorado el vinilo o que el viejo no lo hubiera visto bien.

—¿Entonces? —preguntó Álex.

—En-ton- ces… ¡la he encontrado! Es una compañía que quebró hace unos años y desde el satélite incluso se ven las furgonetas abandonadas de la empresa. Puede que fuera una de esas la que encontraste.

—Dios, Alan, eres un puto *crack*… —dijo Álex con una sonrisa y una alegría que era incapaz de contener.

—Grande, Alan —añadió Karla—. Te debemos una cena.

—Que sea para dos, para mí y para Laura.

—Lo que sea, Alan. ¿Dónde está?

—Ya tienes las coordenadas a tu móvil.

—Llama a los refuerzos, a lo mejor ellos están llegando allí.

—Ya está hecho.

—Fantástico, gracias.

—Álex… —dijo Alan.

—¿Qué?

—Ve con cuidado, esos tíos son unos bestias y te necesitamos unos años más por aquí.

44

El BMW llegó hasta la playa de El Prat.

Una lancha larga y con cuatro motores los esperaba.

El coche cogió carrerilla para meterse lo más rápido posible en la arena y ganar todos los metros que pudiera.

Se lanzaron a transportar las sacas a la lancha. Cargaron las doce que había. El Cazador y los dos que quedaban de su milicia saltaron en la embarcación. Esta, conducida por otro de la banda, que movió hacia delante la palanca de los motores. La barca se levantó por proa y cogieron rápidamente una velocidad de vértigo.

No intercambiaron ni una palabra en todo el trayecto, ni en el coche ni en la lancha. Ni siquiera se habían quitado el pasamontañas.

Pasaron Gavà y Castelldefels y llegaron al puerto industrial abandonado de Vallcarca. Entraron en el muelle y abandonaron la lancha. Pasaron a una furgoneta todo el dinero y circularon con tranquilidad por las calles empinadas.

Condujeron pocos centenares de metros hasta las instalaciones abandonadas de la ya extinguida empresa mercantil Abarca de Jardines y Piscinas S. A., donde aparcaron la furgoneta en el garaje.

Entonces, solo entonces, el Cazador se quitó el pasamontañas.

Era un hombre demacrado, con barba casi toda blanca, de unos cincuenta años y nariz algo chafada. En su rostro, cicatrices de peleas y de guerra surcaban un aspecto que podía haber sido un modelo de trajes de lujo. Sus ojos eran tan azules que parecía que por la noche los guardase en un congelador.

—Llevad las sacas detrás, al jardín. Las de las otras veces también —ordenó el Cazador sin soltar su escopeta de calibre 12 en ningún momento.

—No, quietos. No estáis pensando hacer… eso, ¿verdad? —dijo un compañero.

El Cazador le dedicó su mirada helada.

—Seguid con el plan, haced lo que os he dicho.

El compañero lo cogió del brazo y lo detuvo.

—Debería volarte los sesos por lo que has hecho —le espetó el Cazador.

—Ya tenemos bastante, ¿no crees? Ya basta de idealismos, tenemos que dejarlo o nos matarán.

—Claro, si no, total, para que los maten ellos, los has matado tú a todos los nuestros, ¿verdad? ¿Es que te has vuelto loco, Pascual? —gritó, ahogado, el Cazador.

—Te has vuelto loco del todo, Diego. ¿Es que no tienes bastante con los veinte y pico millones que hemos conseguido?

—Acuérdate que, desde el minuto uno, no lo hemos hecho por dinero, sino por un ideal, por una venganza, por un sueño.

—¿Un sueño? Una utopía, una locura tuya —dijo, y solo entonces soltó al Cazador.

—No es verdad. Te has alistado en esto por un ideal, pensaba que lo tenías arraigado tú también, pero veo que te has dejado corromper por el dios dinero como los demás. No tenías que haber venido a esta misión, no tenía que haberte dejado entrar.

El Cazador le dio la espalda.

—Sin mí, no hubieras llegado hasta aquí, no te equivoques —dijo Pascual, y cargó el fusil AK-103.

Entonces, el Cazador se detuvo y habló sin girarse.

—¿En serio vas a matarme después de todo lo que hemos logrado?

Esperó que el compañero bajara el fusil.

—Me lo imaginaba.

El Cazador siguió caminando hasta el patio. Sus hombres habían preparado todo tal y como ordenó, como lo habían organizado. Lo que quería era hacer una montaña, una auténtica montaña de dinero, y hacer un vídeo.

La montaña multicolor de fajos de distinto valor de billetes de euros estaba hecha. Resaltaba el púrpura de los de quinientos, luego, los amarillos de

doscientos y los verdes de cien. De los naranjas y los azules había menos. Predominaban los de corte más grande.

El trípode estaba montado. La cámara de alta definición colocada y lista para grabar.

El Cazador se apresuró a ponerse delante del objetivo.

Cuando se sintió preparado, hizo un gesto y el compañero apretó el botón para grabar.

Se aclaró la voz y dejó pasar unos segundos.

—Soy el capitán Diego Valcárcel, de las legiones de infantería desplegadas por el ejército en varias misiones no oficiales, como en Europa del Este. Mis hombres y yo somos los responsables de los atracos de estos días en Barcelona. No hemos robado el dinero para nuestro uso ni para lucrarnos, sino para mandar un mensaje: el gobierno y el maldito dinero son una lacra y el pueblo tiene que saberlo. Nos abandonaron en una misión no oficial y nos dejaron morir como perros. Ahora, le hemos devuelto al gobierno un mensaje y al ejército, esa banda de chapuceros de Madrid, el tal general López Espinoza, también. Para que vean que esto va en serio, hemos preparado este vídeo —dijo, y entonces hizo una señal a un compañero que también iba ya sin pasamontañas.

Este cogió una garrafa de gasolina y la fue vertiendo encima de la montaña de billetes.

—Aquí está todo el dinero que hemos robado. Que quede constancia de que no estamos aquí por él, sino para dar un mensaje.

Al concluir, el militar que lucía un tatuaje en la mano se retiró. Pascual, que se había quedado detrás, cargó el AK-103 y abrió fuego contra todos. El compañero que estaba grabando y el resto cayeron al suelo.

Entonces avanzó. Diego Valcárcel se quedó sin aliento.

—¿Te has vuelto absolutamente loco, Pascual? —gritó el Cazador.

—¿En serio quieres quemar veinte millones de euros? ¿En serio?

—Pues claro. Es nuestra misión.

Pascual, que seguía apuntando al Cazador, se guardó un segundo de silencio, pensando.

Apretó los labios y repitió.

—Por última vez, Diego, ¿quieres quemarlos?

El Cazador dio un paso adelante.

—Hemos venido por el caos, no por el dinero.

Pascual le disparó una ráfaga de balas. Algunas de ellas le atravesaron el chaleco antibalas.

El Cazador dio un paso hacia atrás por la fuerza del impacto y por la traición. Cayó encima de su montaña de dinero.

Pascual se acercó y miró por última vez sus ojos de hielo antes de acabar lo que había empezado.

45

El GPS indicaba que ya estaban llegando.

La pierna de Karla, con un movimiento cada vez más nervioso en el estribo, estaba poniendo histérico a Álex.

Habían corrido por la autovía de la costa a todo lo que daba la moto. Álex, en el fondo, se lo pasaba bien, su atracción por las motos y la velocidad casaba a la perfección con cuando todo estaba perdido y había que jugarse el todo por el todo.

Giraron en una curva en forma de codo, directos hacia el mar.

Siguieron por la única carretera asfaltada que había, de un gris pálido, viejo, machacado por el sol y por el paso del tiempo. Continuaron con precaución, porque no sabían a quién encontrarían o qué los estaría esperando.

Karla consiguió sacar la pistola. A pesar de que habían llegado antes que nadie, no esperaron a los GEI, no había tiempo. Querían actuar lo antes posible. La escena del comando matando a sus propios compañeros fue la chispa que detonó esa incursión improvisada. ¿Cómo habían llegado los atracadores hasta ese límite? Y los policías sabían que eso era el principio del final.

Se encontraron una fábrica al lado izquierdo. Encima de la entrada, un cartel desteñido y torcido. En él, aún se leía un texto: Abarca de Jardines y Piscinas. Al lado, un logo, el famoso cortacésped sobre un fondo azul.

La verja estaba abierta.

Entraron con la moto hasta que encontraron una furgoneta aparcada. Apagó la Ducati y bajaron. Álex sacó la pistola y se acercó al vehículo. Estaba vacío y presentaba el logo de la empresa quebrada.

—El motor está caliente —susurró Álex—. ¿Cómo habrán llegado hasta aquí?

—La única manera que se me ocurre es con una barca… —dijo Karla.

Ella tenía razón, podía ser, pensó Álex. Por eso perdían las trazas, porque Alan los buscaba por tierra en las cámaras de tráfico, pero ellos se escapaban por mar.

—Cúbreme —pidió Álex.

Siguieron avanzando, todo estaba abandonado. Pasaron por una pequeña oficina que parecía la del acceso a esa infraestructura enorme. El cristal polvoriento y el ambiente dejado y lleno de ruinas daba la bienvenida a ese lugar tétrico.

Pasado ese espacio cubierto, escucharon una voz que provenía del patio.

La voz de un hombre con un tono duro, casi solemne, que no parecía que recibiera respuesta.

Karla se acercó a Álex y se puso a su lado. Señaló al otro extremo del patio. Las instalaciones abandonadas tenían un patio interno lleno de ruinas, viejos muebles abandonados y vegetación espontánea. Mucha vegetación. En ese lugar era donde hacían y almacenaban las piscinas de plástico prefabricadas. Aún se podía ver alguna, rota, que dejaron cuando abandonaron la fábrica.

—Está grabando un vídeo —dijo Karla.

En ese momento, una ráfaga de disparos que provenían del lugar de las voces la detuvieron. Los dos policías se agazaparon. Pero los gritos posteriores los hicieron correr agachados hacia el epicentro de los disparos.

Un hombre estaba apuntando a otro. Estaba de espaldas, apretó el gatillo y una segunda ronda de disparos fueron hacia el que tenía enfrente.

—¡Quieto, policía! —gritó Álex.

El hombre, vestido de soldado, se giró y, antes de que pudiera abrir fuego de nuevo, Álex y Karla le dispararon, abatiéndolo.

Enseguida, Karla fue hacia él. Le puso la pistola en la cara. Las heridas en el cuello hacían que la sangre de la aorta saliera como en una fuente.

—Karla, ven —dijo Álex un metro más hacia el fondo del patio.

Fue cuando vieron la montaña colosal de fajos de dinero que olía a gasolina y un hombre herido encima.

—Tenemos que llamar a una ambulancia —dijo ella.

El hombre negó y agarró la mano de Álex.

—Hemos fallado en nuestra misión —balbuceó el hombre herido.

Álex lo reconoció por el intenso color de sus ojos.

—Eres el Cazador —murmuró.

Este no pudo entender el mote porque era un nombre que le había puesto la policía sin que él pudiera saberlo. Por su escopeta calibre 12, por su violencia, por las víctimas que había dejado a su paso.

—Mi equipo ha caído en la trampa del dinero —susurró el Cazador.

Karla, invadida por la furia de saber cómo ese hombre había matado a personas inocentes, sobre todo, a la mujer del concejal, le dijo:

—Te mereces esta muerte, bestia inhumana.

—Lo hemos hecho por una causa superior.

—Qué superior ni qué hostias. Has matado a un montón de civiles.

—Daños colaterales…

Karla hizo amago de darle un puñetazo en la cara, pero Álex la cogió y la apartó.

Se habría convertido en una fiera desbocada. La vida de la mujer y de las otras personas le pasaban por delante de sus ojos como un carrusel de la muerte.

Álex la sujetó mirándola a los ojos.

—Cálmate. Está muriendo, no puedes hacer nada. Y todo lo que hagas te arrepentirás para siempre, es el momento de entender, no de vengar —dijo Álex, y escuchó un ruido extraño a sus espaldas.

El Cazador, fiel a sus ideas y a sus actos, había sacado de su pantalón un mechero Zippo. Levantó la tapa y lo sostuvo en la mano.

—Policías, conservad el vídeo —ordenó con autoridad, casi como si fueran soldados de su milicia—. ¡No, quietos, no hagáis nada! Hay algo que tenéis que saber. El general López Espinoza conoce nuestra misión encubierta, que nos abandonaron. Todo esto es por algunos generalitos como él y por servicios secretos. Encontraréis en la base de Zaragoza todo el caso que lleva mi nombre: Diego Valcárcel, por si queréis divulgarlo a la población. Ya sabéis, flujos de dinero, comisiones, ovnis o misiones secretas, son documentos clasificados o directamente destruidos. En fin. Hoy, dinero; mañana, caos.

Simple, que la gente siga con nuestro legado —concluyó, y prendió fuego a la gasolina.

Las llamas invadieron de repente todo el amasijo de dinero y al cuerpo del Cazador.

Álex apartó a Karla dando un salto para que no la alcanzara el fuego.

Karla retrocedió y salvó de las llamas el trípode y la cámara, que seguía grabando.

El Cazador dio su último aliento mientras era flagelado por el último e invisible enemigo contra el que ya no podía luchar.

Los policías no pudieron hacer nada más que quedarse mirando cómo los casi veinte millones ardían. Esos fajos habían creado el caos en la ciudad de Barcelona, a la que le costaría volver a la normalidad.

El fuego purifica y sana. Esa hoguera era el primer eslabón para volver a la normalidad en una ciudad sitiada por un ejército y por unos atracadores despiadados.

La carne del Cazador, que por primera vez se había convertido en la presa, chispeaba y crepitaba entre las flamas. El terrible olor de la piel humana quemada se mezclaba con el de los productos químicos y los colores de esa montaña de dinero.

Cuando llegaron los refuerzos, no quedaba ni una persona en vida de la milicia del Cazador. Todo se había acabado, solo quedaba la esperanza de entender por qué un grupo de hombres había realizado ese acto tan extremo y no había disfrutado de tal cantidad de dinero, sino que lo había quemado.

Karla y Álex solo tenían ganas de regresar a la comisaría para revisar qué demonios había en esa cámara. Para entender.

46

Comisaría de Travessera de les Corts, Barcelona.

Dos días después.

La humanidad lo supera todo.

Así decía un pensador clásico de la vieja Grecia.

Habían pasado dos días desde que el Cazador se había quemado con su botín. Los militares estaban desmontando el campamento o base militar que habían implantado en la plaza de Catalunya. En consecuencia, se estaban borrando las imágenes de días anteriores, cuando la ciudad había sido tomada por el ejército y metida en una tenaza de restricciones.

Mientras Barcelona recomenzaba a vivir, en la comisaría de Travessera de les Corts, el mismo mayor Aragonés había acudido para un evento importante: una rueda de prensa que se había organizado para tranquilizar a la población.

Había arrancado a hablar Aragonés. Como siempre, las autoridades debían ponerse las oportunas medallas y hablar con palabras grandilocuentes.

Después, fue el turno de Ferrer, el subinspector jefe, que no había participado en nada, pero también tuvo su momento de gloria.

La sala estaba completamente llena de periodistas acreditados. No cabía nadie más. Solo cuando se hicieron las ruedas de prensa sobre Néstor había tantos periodistas.

En la mesa de los policías, estaban: en el centro, el mayor; luego, a su derecha, Ferrer y Ana Cortés; a su izquierda, Álex y Karla.

Álex, cuando fue su momento de hablar, no pudo explicar todo lo que había pasado. Ciertos informadores y viajes oscuros a la Barcelona ilegal y traficante. Eso no se podía decir. Esos ases en la manga no debían desvelarse.

Solo se podía, oficialmente, dar las gracias al ejemplar y modélico trabajo del equipo de Álex: Iván, Víctor, Laura, Alan y los demás.

Karla, el otro componente de la brigada de investigación, no añadió mucho más, solo reafirmar las palabras de Álex.

A pesar de que el sargento Antoni Puigverd quería estar allí, en esa rueda de prensa, y llevarse una medalla o salir en la foto, el mayor Aragonés no se lo permitió.

Por último, pero no menos importante, habló Ana Cortés. A diferencia de los otros policías, a ella, una consultora externa, se le hicieron más fotografías que a todos los otros juntos.

Ana era la criminóloga más renombrada y codiciada de la ciudad.

—A pesar de que todos nosotros solo podemos tachar como infames y horribles las actuaciones de los atracadores, hay un pero importante. Diego Valcárcel creía estar en lo cierto. No había mal en su mente. Creemos que para un extremista como él solo cabía una misión: liberar a la población de la tiranía del poder. Como han informado mis compañeros, en el vídeo que grabó y que los Mossos d'Esquadra quieren hacer público, se verá que un narcisista y con tendencias a espectro psicopático, en su mundo, en su realidad, está haciendo algo justo, algo real, algo que está bien. Algo, en definitiva, que vale la pena para mejorar el mundo —dijo Ana, sujetando una pluma negra de una marca cara mientras, sin querer, jugueteaba con ella—. Podemos decir que el vídeo que os pasaremos explica qué hizo para llegar a usar su milicia, para llegar a lanzar un mensaje. No cabe duda de que lo que un hombre de honor, y perdonad el término por respeto a las víctimas que, recordamos, fueron casi cuarenta, puede llegar a sufrir en guerra por injusticias, solo puede alimentar algo tan fuerte como robar tantos furgones blindados. Así que esta es mi consideración y la comisión de investigación se encargará de esclarecer lo que llegaron a hacer a Diego Valcárcel y a su equipo. Eso es lo que os puedo decir por mi parte —concluyó.

Entonces el mayor indicó que era el momento de las preguntas.

Señaló a una periodista y esta se levantó.

—Jessica Torres, de Radio Catalunya. Pregunta para la doctora Cortés. Después de haber conocido de cerca la mente de Diego Valcárcel, ¿cree que la

sociedad pudo haberlo evitado? Y luego otra para Álex Cortés. ¿Cree que la ciudad está a salvo ahora?

La periodista se sentó y esperó la respuesta con el portátil abierto para escucharla.

Álex y Ana se miraron. Él hizo un gesto para que contestara antes ella.

—Quizá no a Diego…, él fue una bala perdida desde su misión en Europa del Este. Bueno, esto es lo creemos —dijo, mirando al mayor Aragonés—. Pero tal vez al niño que fue. La violencia rara vez nace de la nada. El problema es que nos fijamos en las deflagraciones de las bombas, no cuando se preparan en silencio. Creo firmemente que hay que seguir con la prevención y el acompañamiento de los niños y adolescentes con problemas. Ahí radica el problema.

Cuando acabó, se apartó del micrófono y bebió un trago de agua.

Álex se acercó.

—Bueno, respecto a nuestra ciudad, Barcelona hoy está a salvo, sí. Ha sobrevivido a este cataclismo y saldrá más fuerte que antes. Pero no nos engañemos, esto no ha terminado. La violencia no empieza en las calles, empieza en las mentes de las personas. Así que suscribo lo que ha dicho la doctora Cortés, en la prevención está la solución —contestó, y se echó hacia atrás, pero le vino a la mente un segundo tema y, antes de que Aragonés diera paso a la siguiente pregunta, concluyó—. Gracias a la interpretación brillante de la doctora Cortés, también ha sido posible terminar con este caso. Así que la incorporación de criminólogos tan competentes como ella nos permite adelantarnos a los criminales, por una buena lectura de sus conductas, y así poder capturarlos antes.

Ana no pudo contener la sonrisa.

Después de esas, vinieron más y más. Todos querían hacer preguntas, hasta que el mayor tuvo que concluir la rueda de prensa y los policías junto a Ana Cortés salieron dejando atrás la sala repleta de periodistas. Se fueron al despacho del inspector de la comisaría y siguieron hablando.

Ana y Karla empezaron a hablar de temas mundanos, de sus vidas privadas y de cuánto hacía que no iban a cenar ellas solas con Alba Guevara, la forense.

Las interrumpió el mayor. Cogió de un brazo a Ana y la separó del resto.

—Gracias por ayudarnos.

Ella bajó la mirada y sonrió.

—No he hecho nada.

—Sabe que no es así. El sargento Cortés confía mucho en usted y le consulta muchas veces…, digamos de forma extraoficial.

Esa frase la puso un poco a la defensiva, casi quitándole la sonrisa.

—Me gustaría que eso no continuara —dijo, barriendo todo tipo de residuo de sonrisa que quedó en el rostro de Ana—. Por eso quiero que esto sea oficial. ¿Qué le parece entrar en nuestro Cuerpo? Un despacho en Sabadell. Un sueldo, pocos días al mes y con la libertad de teletrabajo. Un ayudante externo de su calibre nos ayudaría en nuestros casos más complicados.

Ella se quedó con la boca abierta. Parpadeó como una colegial ante el primer cortejo. No porque no hubiera tenido ofertas más interesantes o mejor remuneradas, sino por haberla cogido desprevenida.

Sin palabras. No pudo decir una palabra.

—Doctora Cortés —insistió el mayor Aragonés—, ¿qué me dice? ¿Le apetece entrar en nuestro equipo de forma oficial?

47

Casa de los Cortés, Tarragona.

Unas semanas más tarde.

Había llegado el calor y los días se alargaban.

Por un día, la familia se había sentado a la misma mesa.

Ana acudió a la comida del sábado con Javier y sus dos hijos.

Álex acudió con Karla.

La madre, al volver a ver Karla, se alegró igual o, según Álex, casi más que al ver a su propio hijo.

Las discusiones y el problema de la imposibilidad de Karla de tener hijos parecían una niebla abandonada en el oscuro invierno.

El padre de Álex preparó la paella en un rincón del extenso jardín. Se bebió un par de cervezas con Álex, hablando de la vida y filosofando sobre las cosas más variopintas. Hablaron de fútbol y de la salud de su madre. Álex, mientras hablaba con su padre, recordaba aventuras infinitas en ese espacio verde donde había piratas y caballeros, astronautas o doncellas. Recordó el día que hicieron la casa en el árbol y cuando, en verano, montaban una piscina hinchable grande como una bañera, que para ellos era de tamaño olímpica.

Había flores y aroma a campo, casi olvidados por Álex, que vivía siempre en la comisaría.

Mientras tanto, Ana, Karla y la madre preparaban en la cocina ensaladas, complementos como tomates con ajos tiernos y caballa. Javier, como buen invitado en su estreno, cuidaba a los niños de Ana.

La comida pasó tan rápida como duró la paella en medio de la mesa.

—Karla, me alegro mucho de que hayas vuelto a formar parte de su vida —dijo la madre mientras le tiraba de una oreja—. Dile que coma más, que está en

los huesos.

—Deja de hacerme esto, que me molesta desde que era un crío. Además, no estoy delgado, estoy fibrado. ¡Díselo, Karla!

Ella sonrió, pero no se quiso meter en una discusión entre madre e hijo.

Entonces el padre levantó el vaso y pidió un brindis para Javier y el retorno de Karla.

Bebieron y siguieron comiendo.

—Por cierto —dijo el padre—, el otro día tomamos una decisión muy importante —añadió mientras cogía la mano de su mujer—. Hemos cambiado de compañía para los planes de pensiones y nuestros ahorros.

Todos se extrañaron, sin entender bien la noticia.

—¿Ah, sí? Y… ¿qué cambio habéis hecho? —preguntó Ana con un tono entre la curiosidad y la sorpresa.

—Vino nuestro director de banco a casa y nos presentó a una persona muy importante.

—¿Quién? —preguntó Álex.

—¿Cómo se llamaba, cariño?

—No sé qué Deulofeu —respondió el padre.

—Eso.

—Napoleón Deulofeu —aclaró el padre.

Al escuchar el nombre, Álex se quedó sin aliento, pero no dijo nada al respecto. Su expresión patidifusa se quedó casi camuflada entre la casi indiferencia de la noticia.

Cuando pudo recuperarse, Álex realizó una pregunta:

—¿Cómo se llama la empresa?

—Global Next, acaba de salir a bolsa. Es una empresa solvente y nos ha asegurado el banco unos intereses muy jugosos y con una mejor jubilación. ¿Qué os parece?

Álex bebió todo el vino que le quedaba en la copa de un solo trago. Tenía presente los ojos de ese individuo en la gala y en la televisión de cuando la empresa salió a bolsa.

No quiso decir nada, no podía ni quería estropear la comida y menos la ilusión de sus padres por un presentimiento, por una corazonada.

Tragó el vino y la información, metiéndola en un cajón de su cerebro porque quería averiguar más cosas sobre ese individuo, ese tal Napoleón. Saber qué demonios estaba haciendo en Barcelona con los ahorros de la gente y de qué agujero negro había salido.

—¿Sabéis qué pasó el otro día? —cambió de tema la madre de Álex—. Me he enterado de que la prima Mónica… —dijo, y se quedó mirando a los hijos—. Os acordáis, ¿verdad? Mónica, la hija de vuestra tía, la hermana de vuestro padre… ¿sí? Bueno, pues han celebrado la comunión y no nos han invitado. Lo encuentro de tan mal gusto… Esto marcará un antes y un después en nuestra familia. Os lo digo aquí.

Álex miró a Ana y ella le devolvió la misma expresión fruto del mismo pensamiento.

—No sé a ti, hermanita, pero la tía Mónica me ha hecho un favor al no llamar.

—¡Álex Cortés! No seas grosero.

Karla no pudo aguantar la risa y el padre de Álex también. Ana los imitó.

—¿Pero esto qué es? ¿Os habéis aliado contra mí? ¿Es que soy la única que quería ir a la comunión? Además, es tu hermana, no la mía —concluyó, casi molesta mientras le tiraba su servilleta a su marido.

—Menudo rollo ir a esa comunión. Los chicos tienen razón, ¿desde cuándo no nos llaman? Esto es como una crónica de una separación familiar anunciada.

Los Cortés siguieron con temas de familia varios. Como, por ejemplo, la madre, siempre en cada comida, intentaba que los hijos volvieran a Tarragona para tenerlos más cerca de casa.

De repente, la madre, aprovechando el tema de los hijos de Ana y sus insistentes e incombustibles ganas de que volvieran, soltó la pregunta.

—Y vosotros, ya que habéis vuelto a vivir juntos, ¿no pensáis en tener un hijo? —dijo la madre, mirando a Karla y a Álex.

Se creó un silencio en la mesa. Solo se escucharon los pájaros. Hasta que Karla se quitó la servilleta del regazo y la dejó al lado del plato. Se levantó y fue caminando hacia el jardín.

—Gracias, mamá —espetó Álex mientras se levantaba.

Él fue directo hacia su compañera.

—¿Qué he dicho de malo? —preguntó la madre, confusa.

—Mamáááá… —dijo Ana con una clara vergüenza ajena en su rostro.

Cuando Álex alcanzó a Karla, se dio cuenta de que estaba llorando.

Solo pudo abrazarla fuerte contra su pecho.

Se quedaron en medio del jardín, entre flores y abejas que revoloteaban por el aire.

Cuando él sintió que había acabado de llorar, le cogió la mano y le pidió que lo acompañara.

Fueron hasta el álamo que sujetaba a pocos metros de altura una casa de madera.

Subieron por unos peldaños enganchados en el tronco. Arriba, la casa sucia y llena de moho, estaba en un estado dejado y de abandono. Pero, a pesar de todo, aún se veía sólida y resistente, comprobación de que, cuando fue construida, muchos años atrás, fue a conciencia.

—Aquí venía para refugiarme del mundo cuando se enfadaban conmigo y te aseguro que he pasado largos periodos aquí —dijo, y ella rio.

Luego, se acercó a un cofre similar al de un tesoro, también de madera, lleno de moho, y lo abrió.

Salieron arañas, bichos bola y ciempiés. Entre las arañas, se habían salvado, cómics, alguna revista de misterio y un libro, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Verne.

Después de mirar con cierta curiosidad los tesoros que contenía el baúl, él le cogió la mano y la miró a los ojos.

—Quiero que sepas, una vez más, que te quiero así como eres, nada más. Solo estar contigo —dijo con un cariño tremendo y una delicadeza que hacía mucho tiempo que Karla no escuchaba.

Ella bajó la mirada y se mordió el labio de lado.

—Por eso te quiero pedir hoy, aquí, una cosa.

Ella arrugó el ceño.

—¿Quieres casarte conmigo, Karla? ¿Quieres convertirte en mi esposa? —preguntó con un tono ilusionado.

Ella se sorprendió y luego bajó la vista de nuevo.

Álex buscó que sus ojos se cruzaran.

—Me pone algo nervioso, Karla. No se lo he preguntado a nadie antes. ¿Qué me dices? ¿Quieres casarte conmigo? —dijo de nuevo Álex.

Ella suspiró y, después de unos inquietantes segundos, levantó la cara y, con determinación, le contestó.

—No.

48

Querido lector,

Si has llegado hasta quí, es porque te ha gustado este libro y la serie de Álex Cortés. Muchas gracias.

Como te comentaba al principio, tengo algo increible para explicarte del universo Álex Cortés, pero aún no es el momento…

NO te lo pierdas…

Te dejo los últimos capítulos del libro y luego viene una sorpresa.

Nos vemos de nuevo en unas páginas.

II

Parte dos, Napoleón.

"Lo que busco por encima de todo es la grandeza: lo que es grande es siempre bello".

Napoleón Bonaparte.

1

«Eso tiene otra pinta», pensó Napoleón Deulofeu mientras miraba la planta número veintitrés.

Había seguido a Inma, su secretaria, mano derecha, amante y cómplice en lo que estaban montando en esa planta.

El rascacielos de la sede central de Barcelona de la sociedad Global Next tenía una nueva actividad en ese lugar.

Napoleón había puesto los brazos en jarra, complacido por lo que estaba viendo.

En ese momento, una decena de empleados de confianza extrema estaban trabajando en esos nuevos puestos.

Primero, habían desalojado todo lo que había en ese lugar cuando Napoleón llegó a ser el director general de la empresa. Luego, aislaron la planta de todo tipo de conexiones wifi y blindaron el acceso con un sistema de seguridad mayor. Hasta un hombre de seguridad custodiaba la puerta.

Acto seguido, compraron escritorios y ordenadores. Pero estos no eran de última tecnología. No, Inma recorrió toda Barcelona, entre tienda y tienda, para comprar viejos IBM y Apple que funcionaran sin internet. Crearon una red interna donde todos estarían conectados, pero estrictamente separados de todo tipo de comunicación externa a esa planta.

Llamaban a la planta la caverna, por la inexistencia de comunicación externa y por la tecnología más arcaica posible.

Las impresoras, del mismo modo, eran las de matrices, que emitían un sonido casi insoportable. Estas, cuando entró Napoleón, estaban funcionando a pleno ritmo. Ese ruido agridulce para Napoleón, en parte molesto y en parte placentero, le encantaba, porque sabía que con cada línea escrita por esas máquinas la compañía estaba ganando dinero.

Levantó los brazos en signo de victoria.

—Inma, hemos creado el paraíso.

Ella le devolvió la mirada mordiéndose un labio, con una expresión excitada por ese hombre.

Se acercó a su oreja y le dijo:

—Te voy a hacer más rica de lo que nunca te has imaginado.

Los trabajadores que estaban allí seguían sin levantar cabeza por la mole de trabajo que tenían. El ruido de ese lugar recordaba los viejos despachos que aún se podían ver en películas de VHS de los años noventa.

—Hoy tenemos diez personas, mañana tendremos veinte y en un año, habrá tanta gente aquí que necesitaremos otra planta para todos los negocios que vamos a llevar —dijo Néstor con una sonrisa malévola.

Ella le dijo algo a la oreja y regresaron a su planta. A pesar de que era solo un piso de diferencia, cogieron el ascensor.

Él sabía lo que ella quería, no hacerlo en un lugar normal, ni apartado; el morbo nacía en que los pudieran escuchar.

Apretó el botón de *stop* en medio de dos pisos y le subió la falda; empezaron a follar en ese espacio diminuto. Los gritos de ella recorrieron los huecos de los ascensores, pero a él no le importó, al fin y al cabo, era el mandamás después del presidente.

2

—Cada día es más peligroso ir por ahí con efectivo —comentó Napoleón.

Dicho eso, el camarero le vertió en su copa el Vega Sicilia que había pedido.

El restaurante no estaba del todo lleno. Solo en algunas mesas había hombres elegantes con americana y corbata y mujeres con vestidos distinguidos y de extrema finura y educación.

Los camareros, con uniformes impolutos y, las mesas, con impecables manteles de doble hilo de algodón egipcio.

El manual del perfecto caballero retratado en esa fotografía.

—He estado a punto de no venir —dijo el hombre sentado al otro lado de la mesa con un cerrado acento inglés—. Si de verdad no fuera importante, Napoleón, no habría venido.

El anfitrión levantó la copa de vino e invitó a brindar.

El inglés primero olió el líquido de un color vivo, similar a un zumo de cerezas. Luego, lo movió en su copa y buscó nuevos matices que aflorasen del vino. Por último, sorbió el contenido. La impresión se dibujó en su rostro.

—Sublime, excelente. Cuánto echaba de menos este vino.

—¿A Londres no llega?

—Sí, se puede conseguir, pero no sabe igual. Supongo que envían algo diferente.

—La verdad es que no lo creo. He hablado personalmente con los bodegueros y no me parece que hagan trampas. Pero sí, te aseguro que aquí sabe muy bien —dijo Napoleón mientras seguía oxigenando el vino volteándolo en la copa—. Y te diré más. Con lo que te voy a proponer, el Vega Sicilia lo tomarás las veces que quieras.

Los dos rieron y bebieron un poco más.

Sirvieron los platos, exquisiteces del menú con tres estrellas Michelin. El inglés quedó impresionado por el plato y por el trato recibido.

—Me alegro de que hayas venido a pesar de lo que se lee en las noticias —dijo Napoleón.

—El gobierno inglés desaconseja viajar a Barcelona en estos días por los atracos.

—No es para tanto. Ya has visto que todo está bien.

—Sí, pero, ¿sabes?, una bolsita de té es perfecta hasta cuando deja de serlo y entonces te lo arruina —dijo el inglés.

Napoleón sonrió de forma cínica. El hombre que tenía delante era una bolsa de oportunidades inmensa y tenía que esforzarse por reírse de sus bromas, buenas o malas.

La comida avanzó y fueron sacando platos y platitos. Comida y degustaciones, hasta que acabaron la segunda botella de Vega Sicilia y llegaron a los postres.

—Bueno —dijo el inglés, que vestía un traje de alguna sastrería inglesa renombrada de la zona de Mayfair. Un chaleco y un pantalón de cuadros, corbata y pañuelo con colores que combinaban con el resto del traje, y unos *church* brillantes—. ¿Cuál es tu propuesta, Napoleón?

Era su momento, el que había esperado todos esos días hasta que había conseguido arrastrarlo a Barcelona. Un pez gordo de las finanzas que visitaba a domicilio. Las probabilidades eran las mismas que las que toque la bonoloto sin boleto. Es decir, nulas. Sin embargo, allí estaba, lo tenía delante. Había ido y había dicho las palabras mágicas, es decir, que él quería que le explicara qué se llevaba entre manos Napoleón. Eso era señal de que el cincuenta por ciento del trato estaba conquistado.

—Tengo los mejores brókeres del mundo y hemos conseguido el mejor programa que repite las operaciones de nuestros analistas. Estamos comenzando con los primeros inversores en España. Jubilaciones, fondos privados, fondos residuales de la banca y otros inversores institucionales. Los resultados son extraordinarios —explicó Napoleón, dio un pequeño mordisco a la galleta y se ajustó el tupé.

—Interesante, ¿y cómo son estos resultados?

—Siéntate y agárrate fuerte. Estamos devolviendo un dos por ciento mensual fijo.

El inglés abrió los ojos sin creérselo.

—¿Cómo?

—Sí, has entendido bien.

—¿Un interés del veintiséis por ciento anual? —preguntó, y cerró los ojos mientras calculaba.

—Veintiséis coma ochenta y dos, exactamente —respondió Napoleón.

—¿Cómo lo hacéis?

—Bueno, como diría un compatriota tuyo, James Bond: si te lo explicara, tendría que matarte.

Al inglés le hizo gracia, pero quería saber más, quería saciar su sed de curiosidad.

—En serio, ¿cómo lo hacéis?

—Tecnología y seguridad. Es lo único que te puedo decir. Por eso creo que los fondos de tus clientes en Londres podrían disfrutar de este sistema y estas rentabilidades.

—Alucinante. Y esto, me imagino —dijo, echándose hacia atrás en el respaldo de la silla y levantando las manos—, con total garantía, ¿verdad?

—Por descontado. Es más, te propongo lo siguiente. Si quieres empezar, no hace falta que traigas mucho capital de inversores, sino poco a poco. Cuando veas que somos una empresa seria, además, recién salida a bolsa en España, que eso no es fácil porque no entran todos, irás ampliando tu exposición con nosotros. —Suspiró, levantando la copa, y dio un sorbo, luego finalizó—. ¿Qué te parece?

El inglés se lo pensó.

—Napoleón, gente muy importante te ha recomendado, a ti y a tu proyecto. Tengo mucho capital a mi disposición. Como sabrás, represento a empresarios, nobles, industriales, artistas y, por supuesto, deportistas. Todos confían en mí sus patrimonios y sus jubilaciones. Si esto funciona, Napoleón, esto puede ser algo muy grande. Puedes ganar mucho dinero, amigo mío —confirmó, y levantó la copa cerrando el trato.

—No —contestó Napoleón, seco—. Ganaremos, los dos, mucho dinero —confirmó mientras levantaba las cejas.

Entonces tintinearon las copas y bebieron. El trato estaba sellado.

3

La limusina se detuvo delante de la sucursal del banco.

Napoleón bajó del coche levantando curiosidad entre las personas que pasaban.

Se sentía muy bien con ese traje y con la vida que se había creado. Iba a un lugar que había planificado desde hacía tiempo. Un pez muy pequeño, no, un pez extremadamente pequeño pero a la vez muy significativo. Una persona que lo conociera muy bien se preguntaría qué hacía allí y en esa situación, pero él lo sabía con creces. La venganza se sirve en un plato frío, además, si es posible, que no sea directo, sino indirecto, y hacia las personas que tu enemigo quiere. Así duele aún más.

Entró y el director de la sucursal del banco de Barcelona lo esperaba en su despacho. Todos los empleados de la entidad lo vieron entrar como si fuera una celebridad. Recientemente, habiendo salido a bolsa la empresa que gestionaba, había sido catapultado. Desde entonces, los mejores restaurantes tenían mesa para él, las mejores habitaciones de hotel, y así en todas partes.

En la sala de reuniones de la sucursal de Tarragona estaban el director y los dos clientes con su gestor habitual, Pere. En total, se sentaron alrededor de la mesa cinco personas.

—Gracias por acudir, es un honor que pueda estar en nuestra sucursal y nos explique este producto que está aprobado por la central del banco —dijo el director.

—El placer es mío —replicó, mirando a los ojos a los clientes, en sus miradas veía un aire familiar, pero ellos, en él, no podían verlo porque nunca se habían conocido ni en esta ni en su anterior vida—. Gracias por confiar su tiempo, señores… —dijo, y esperó a que ellos continuasen, como si no supiera sus apellidos.

—Son el matrimonio Cortés —intervino su comercial.

Los dos le tendieron la mano y Napoleón Deulofeu se la estrechó.

—Bien, voy a explicarles por qué deberían confiar en nuestros productos financieros. Nuestro proyecto, avalado por la Comisión de Valores, está dando un veintiséis coma ochenta y dos por ciento anual, es decir, que, como mínimo, cada cuatro años, su capital se doblará. Esta rentabilidad garantizada no se la puede ofrecer ningún otro producto —dijo, y levantó una mano—. Imagínense en un crucero, en una isla griega con una caipiriña o lo que les guste beber, pensando que el día que nos conocimos tomaron la mejor decisión de sus vidas. Además, no solo disfrutarán de una jubilación mejor, sino que podrán dejar un buen capital a sus hijos. Mucho más de lo que hoy tienen —concluyó.

El matrimonio Cortés se quedó en silencio. Ella, boquiabierta y él, perplejo.

—¿Qué les parece? —dijo el director de la entidad bancaria para romper el silencio que se había instaurado en la sala de reuniones.

—Me parece muy interesante —dijo ella, y le dio un codazo a su marido—. ¿Verdad, cariño?

Él no respondió enseguida, pensó bien la pregunta que le iba a hacer.

—Si es tan bueno, ¿por qué no lo hacen con su dinero y sí con el nuestro?

El director iba a contestar, pero lo interrumpió Napoleón.

—Ya lo estamos haciendo con nuestro dinero, solo que queremos ganar con dinero de los demás y que estos, por supuesto, tengan un muy buen beneficio.

El señor Cortes asintió.

—Tengo otra pregunta —dijo, y Napoleón levantó la mano mientras se esforzaba en dibujar una sonrisa—. Me he informado sobre usted y es una persona importante de su empresa y de las finanzas.

—Gracias.

—De nada. Pero lo que quiero saber es esto. Si es tan importante y son tan rentables sus servicios, ¿por qué ha venido usted personalmente a explicárselo a unos comunes ciudadanos? Tampoco somos los mejores clientes de la sucursal.

Napoleón se quedó observando al hombre.

«Porque sois los padres de Álex Cortés y de Ana, mi amor platónico», dijo en sus adentros.

—Porque estamos formando a nuestros mejores embajadores, que son los banqueros. Ellos serán más adelante quienes tendrán que seguir con esta labor. Pero, al principio, tienen que entender cómo funcionamos —explicó.

El señor Cortés asintió y su mujer le dio otro codazo.

—¿Quieren pensárselo? —preguntó el director del banco, y Napoleón le lanzó una mirada que venía a ser: ¿por qué dices esas bobadas?

—¿Te imaginas a nuestros amigos cuando les digamos que nos vamos de crucero? —susurró ella al marido, y luego siguió con voz normal—. Nos han convencido. Meteremos todos nuestros ahorros y el plan de pensiones lo retiraremos y lo meteremos también

—Pero, cariño, eso es muy caro hacerlo en una sola vez. Perderemos casi la mitad.

—Pero no has escuchado al señor, en solo cuatro años lo tendremos de nuevo todo entero. Se duplica cada cuatro.

El señor Cortés suspiró.

—Está bien. Haremos eso —confirmó de mala gana.

—Sé feliz y sonríe —dijo con un codazo—. No seas un cascarrabias como siempre.

El señor Cortés sonrió con su señora.

—En fin, si nos sentimos cómodos, traeremos también a nuestros amigos y parientes.

Napoleón sonrió de forma malvada. Se reclinó en el asiento y apoyó los codos en los reposabrazos. Juntó las manos y sintió que había nacido para eso; lamentó haberlo descubierto tan tarde. Era como robar los caramelos a los niños al salir de la clase.

—Excelente. El director se encargará de todo el papeleo. Confíen en él. Confíen en nosotros —dijo, y le pasó una tarjeta de visita sin número ni correo electrónico, solo aparecía el nombre en oro y en relieve sobre un fondo negro. Era una tarjeta gruesa e imponente, como su ego desmesurado.

Se levantó y tendió la mano a la señora y al señor Cortés. Salió triunfante. Le pareció el mejor día de su vida. Regresó a la limusina para regresar a Barcelona.

Su venganza personal, desde su segunda vida, había comenzado.

¿Te ha gustado?

Descubre “El Sindrome Greenwich”, la siguiente entrega del inspector Álex Cortés.

IR AL LIBRO

Unos cadáveres olvidados y un caso frío.
Un asesino en serie que lleva años matando a sus anchas.

Una caza contra el tiempo antes de que se cobre su próxima víctima.

Álex Cortés se enfrenta a un temible y silencioso villano que tiene en vilo a una ciudad entera.

¿La única pista? Siempre deja una inscripción en la piel de sus víctimas: Tic-Tac.

¿Podrán Álex y su equipo encarcelarlo antes de que vuelva a matar?

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos, llenos de suspense e investigación, no podrás dejar de leer **El Síndrome Greenwich.**

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este

código:

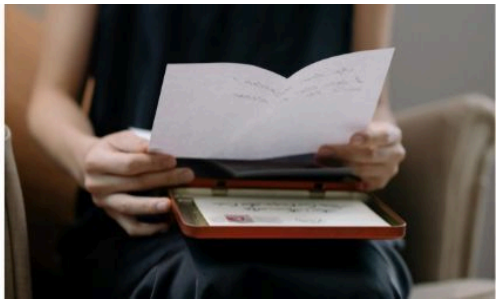


Conviértete en el próximo detective que ayudará a Álex Cortés

¿Alguna vez has soñado con resolver un caso real desde tu propia casa?

Ahora puedes.
Durante **varios meses** recibirás **cartas sobre un caso** en tu buzón. Cartas escritas en **papel**, con pruebas tangibles, documentos policiales, fotografías y pistas que tendrás que analizar como si formaras parte del equipo de investigación.





Y no serán simples cartas.
Son las **Cartas de Karla**, la inspectora que, en ausencia de Álex Cortés, se enfrenta a un caso inquietante y decide escribirle como único confidente.

Tú podrás leer esas cartas en primicia y seguirás el rastro del asesino.

Apúntate a la lista de espera

ENLACE AQUÍ

Dentro de cada sobre encontrarás:

- ✔ Cartas personales de Karla a Álex.
- ✔ Transcripciones de conversaciones clave.
- ✔ Pistas físicas, recortes y documentos oficiales.
- ✔ Fotografías e informes forenses.

✔ Misterios que deberás ir resolviendo, paso a paso.

Un thriller que llega a tu buzón.
Una experiencia inmersiva en el universo de Álex Cortés, independiente de los libros, que puedes vivir o regalar a alguien que adore el misterio.

Las pruebas llegan en tiempo real. Cada carta te acerca o te aleja de la verdad.
¿Serás capaz de resolver el caso antes que nadie?

Apúntate a la lista de espera

ENLACE AQUÍ

Recibirás un **aviso prioritario** cuando las **Cartas de Karla** estén disponibles y accederás a un **descuento exclusivo de lanzamiento**.

El crimen ya ha comenzado. Solo falta que decidas si quieres formar parte de la investigación.

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este

código:



MIS OTRAS NOVELAS

El thriller psicológico más adictivo de Riccardo Braccaioli
Cuatro horas de oxígeno: Un thriller psicológico que te dejará sin aliento

"**Una hija. Una sospecha. Y solo cuatro horas de oxígeno.**"

Rebecca Blackmoor no ha tenido tiempo de asimilarlo.
Hace apenas unos días estaba hablando con su madre. Y ahora… hay flores en la capilla, un nicho cerrado en el mausoleo familiar y un testamento leído a toda prisa. Todo ha sucedido demasiado rápido.
El nuevo esposo de su madre, un hombre encantador, parece tenerlo todo bajo control. Lo tiene todo planificado: la ceremonia, los papeles, las condolencias. Y ahora también tiene la casa y el dinero.
Rebecca, al volver de vivir un año en Londres tras un problema personal, entiende que algunas de las piezas de ese rompecabezas que dejó en su pueblo natal no encajan.

Quedarse algunos días para recomponerse del trágico evento parece una buena idea. Hasta que resulta ser la peor decisión de su vida.





Serie El Forense
RESUMEN DE LA SERIE:

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

La serie de **El Forense**, protagonizada por el médico **Fosco Merrell,** resuelve en cada novela un caso que nace con una autopsia. Junto a la tenaz inspectora **Olivia Wolf,** realizan investigaciones a contrarreloj para resolver enigmas que entrelazan sucesos del pasado y peligrosas luchas entre mafias.
Las investigaciones están ambientadas en **Akeron City**, una ciudad oscura y lluviosa donde la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción.

El Forense es un thriller policíaco que te mantendrá enganchado, página a página.



El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras
Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey

Serie Gildo Falcone
RESUMEN DE LA SERIE:

La vida es incierta; cómete el postre primero.

La serie de **Gildo Falcone**, protagonizada por el inspectro chef **Gildo Falcone,** resuelve en cada thriller culinario un caso que nace con un asesinato relacionado con la cocina o la cultura italianas.
Con los consejos y ayuda de su madre, su mentora en la cocina y en la vida, resuelve los casos con astucia y deducción analítica.
Las investigaciones están ambientadas en **Roma**, la ciudad eterna que Gildo surca con su inseparable Vespa Primavera 125 de color rojo.

Los ingredientes de la serie de Gildo son crímenes, italianidad, humor y cocina.



Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie Bruno Malatesta

RESUMEN DE LA SERIE:

Antes o después, el pasado llama a la puerta… y lo hace con fuerza.

La serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por el famoso mecánico de coches de carreras **Bruno Malatesta**, en cada investigación trata un caso que nace con un asesinato, un robo o un secuestro relacionado con el mundo de los

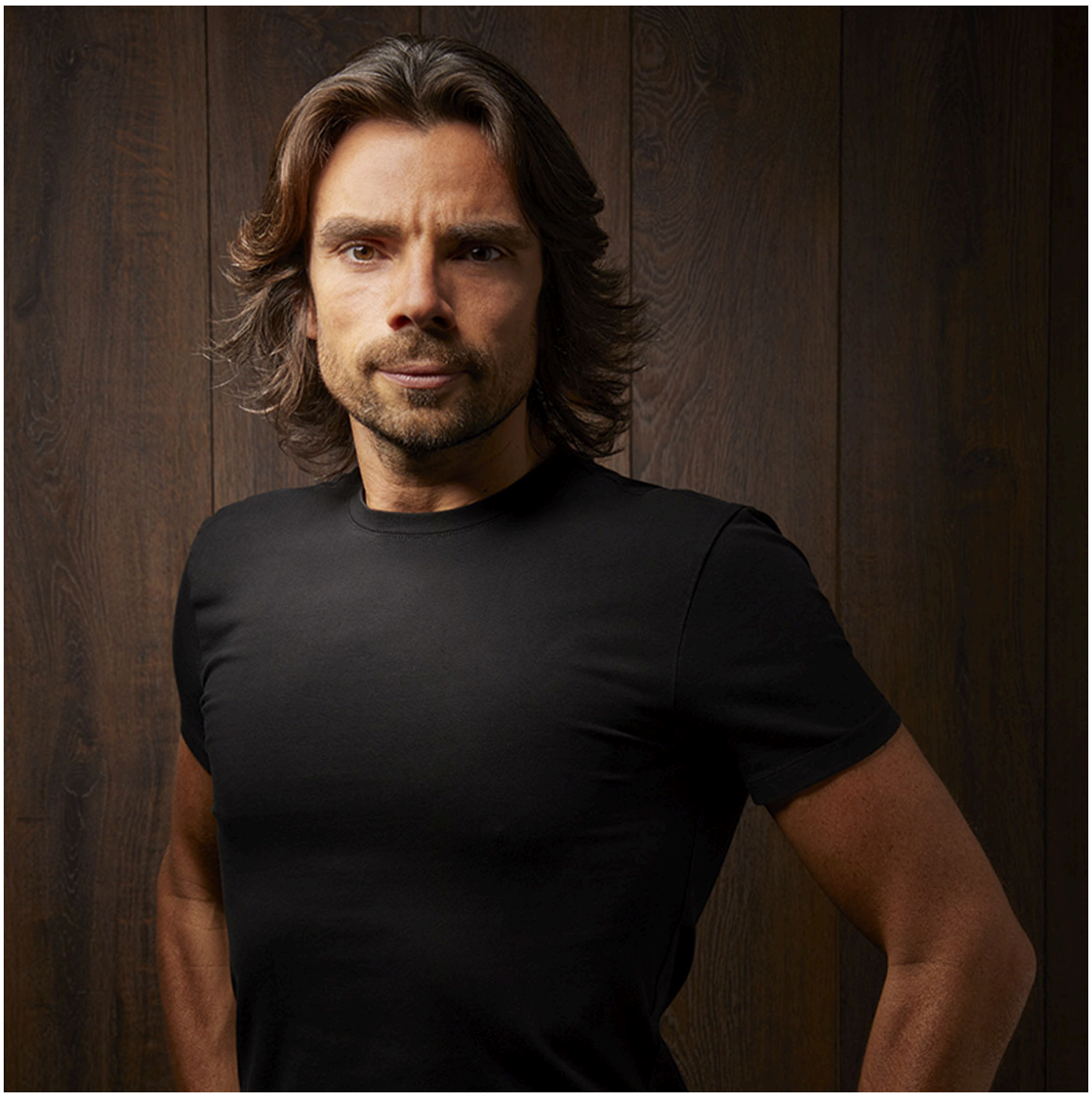
motores. Acompañado por la sorprendente Rita De Angelis, resolverán los casos con astucia, deducción y mucha velocidad.



El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector, me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta
La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone
Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense
El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey





Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis

novedades cuando las publique:

